

MEMORIAS DE CACIQUE

ELSY JOHANA ESPAÑA ENRÍQUEZ

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2014**

MEMORIAS DE CACIQUE

ELSY JOHANA ESPAÑA ENRÍQUEZ

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título
De Licenciada en Filosofía y Letras

Asesor:
Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2014**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado, son responsabilidad exclusiva de su autora.”

Artículo 1 del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del presidente de jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, noviembre de 2014



Universidad de Nariño
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ACUERDO No. 217
(4 DE DICIEMBRE DE 2014)

Por el cual se otorga la distinción de LAUREADA a un Trabajo de Grado.

EL CONSEJO DE FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS DE LA UNIVERSIDAD DE NARIÑO,
En uso de sus atribuciones legales y estatutarias y,

CONSIDERANDO:

Que mediante Acuerdo No. 332 del 1ro. de noviembre de 2005, el Consejo Académico Universitario, reglamentó y unificó los criterios y puntajes de la evaluación de los trabajos de grado de los diferentes programas de la Universidad de Nariño.

Que según el Acuerdo mencionado, es de competencia del Consejo de Facultad otorgar la distinción de LAUREADO o MERITORIO a los trabajos de grado, según corresponda.

Que mediante proposición No. 070 de Diciembre 3 del año en curso, el Comité Curricular y de Investigaciones del Departamento de Humanidades y Filosofía, solicita se otorgue la distinción de LAUREADA al Trabajo de Grado titulado: "MEMORIAS DE CACIQUE" presentado por la estudiante ELSY JOHANA ESPAÑA ENRIQUEZ para optar al título de Licenciada en Filosofía y Letras, quienes obtuvieron una calificación de 100 puntos, según acta de sustentación.

Que el Comité Curricular y de Investigaciones solicitó a los Jurados Evaluadores los conceptos que argumenten y justifiquen la solicitud presentada ante el Consejo de Facultad de Ciencias Humanas.

Que en virtud de lo anterior,

ACUERDA:

ARTICULO PRIMERO: Otorgar la distinción de LAUREADA al Trabajo de Grado titulado: "MEMORIAS DE CACIQUE" presentado por la estudiante ELSY JOHANA ESPAÑA ENRIQUEZ para optar al título de Licenciada en Filosofía y Letras, quienes obtuvieron una calificación de 100 puntos, según acta de sustentación.

ARTICULO SEGUNDO: OCARA, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Humanidades y Filosofía, anotarán lo de su cargo.

COMUNIQUESE Y CUMPLASE.

Dado en San Juan de Pasto, a los 4 días del mes de Diciembre de 2014.


GERMAN BENAVIDES PONCE
Presidente


MAGALY ZARAMA ORDOÑEZ
Secretaria



*A la sabiduría popular que entregó Cacique:
en sus voces y memorias profundamente
confiadas al calor de la palabra que, hoy, se
devuelve en forma escrita.*

AGRADECIMIENTOS

Un profundo agradecimiento a Bernardo Enríquez, quien supo avivar el fuego con sus relatos; gracias a las palabras que llegaron a las tulpas y a los infinitos caminos en los que sigue narrando.

A la familia, por el apoyo brindado en cada orientación de la vida.

Al magister Gonzalo Jiménez Mahecha, por su entrega a la academia, su amor a la literatura, su acompañamiento y enseñanzas a lo largo de la universidad y, en especial, por sus consejos y aportes en el Trabajo de Grado; la motivación a realizar este tipo de investigaciones, a valorarlo y ver con otros ojos.

De igual manera, al cuerpo de profesores del Departamento de Humanidades y Filosofía, pues su enseñanza hizo pensar de otro modo la existencia.

A Cacique, por su abrazo, sus gentes de ojos y corazón abiertos, por ser los autores de este viaje de memorias.

Igualmente, a Santa Cruz de Robles, lugar que ha sido tierra de hermandad y diferencia.

A Dayana, Narlly, Camilo, Sebastián, Carlos y Vanesa, por ser cómplices y andariegos en los viajes, en ríos, en montañas, para la escucha y habla con los mayores.

A los amigos, que por fortuna uno elige; a ellos, quienes saben y sé de su amistad, en especial a los que vienen a ser dinamita.

A los artistas e investigadores, que hicieron parte y ayudaron a guiar esta ruta de aprendizaje.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	14
1. TEJIDO Y SABER: APERTURA DE LA ORALIDAD EN LOS CAMINOS DE APRENDIZAJE	18
1.1 DEVENIRES DE LA MEMORIA	18
1.2. IMPLICACIONES DE LA PALABRA EN LA EDUCACIÓN	30
2. TRAZOS EN EL TIEMPO	38
2.1 UNA VENTANA HACIA EL PASADO	43
2.2 HUELLAS Y RASTROS DE LOS QUILLACINGAS	48
2.3 LOS “MIL DÍAS” DE LA GUERRA	52
2.4 RUTAS DE EXPERIENCIA	55
2.5 RETRATOS DE VIDA	56
2.6 ENTORNO DE VIDA: LA COSECHA	63
2.7 RITOS Y CREENCIAS	65
2.8 FIESTAS Y ENTEJES	71
2.9 EL DESFILE DE LOS “MONOS” Y LAS MÁSCARAS	74
3. CORAZÓN RELATOR	78
3.1 LOS CONSEJOS	81
3.2 SAN VICENTE	84
3.3 EL CAMINANTE	85
3.4 EL HARAGÁN	87
3.5 LOS COMPADRES	89
3.6 Y, AHORA, LA MUERTE	91

3.7 EL IMAGINARIO DEL DIABLO	96
3.8 RELATOS DEL ORO	112
3.9 DE FÁBULAS Y RELATOS POPULARES	116
3.10. LOS GIGANTES	122
3.11 ESPANTOS E HISTORIAS INOLVIDABLES	135
CONCLUSIONES	151
BIBLIOGRAFÍA	157
BIBLIOGRAFÍA ON-LINE	159

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Panorámica sobre la tierra de Cacique.	39
Figura 2. Mapa de la vereda Cacique, del municipio de la Florida.	40
figura 3. Cueva en la pared, ubicada en Cacique Bajo.	46
Figura 4. Petroglifo ubicado en Cacique Bajo.	51
figura 6. Los “puros” para llevar la chicha a los lugares de cultivo.	61
figura 7. Pizarra, perteneciente a Rosa Fajardo, en la década de los 20.	63
figura 8. Cultivos de café, ubicados en Cacique Bajo.	64
figura 9. Baile de “la cinta”, realizado en la escuela de Cacique Bajo.	73
figura 10. Tradicional recreación de los “monos”.	74
figura 11. Discurso de “los monos”.	76
Figura 12. Grupos de danza y desfile de “los viejos”.	77
figura 13. Memorias de relatos entorno a la tulpa.	78
figura 15. El caminante.	86
figura 16. El diablo y las máscaras.	96
figura 18. Terreno del “palo zumbo”.	100
figura 19. La condena del Hermitaño.	108
figura 20. El puente del diablo.	110
figura 21. La raza de gigantes.	123
figura 22. El carro de la otra vida.	141
figura 23. La llorona.	143
figura 24. La pata sola.	146
figura 25. El perro encadenado.	148

RESUMEN

Este trabajo de investigación se centra en la aproximación al estudio de la oralidad en la vereda Cacique, perteneciente al municipio de La Florida (Nariño), lugar que presenta diversidad de géneros, tradiciones, costumbres y pensamientos; por ende, abre los espacios hacia una ventana de la cultura, esto es, el cultivo del pensamiento, la identidad y la narración, factores que convergen en el relato popular.

El relato es el motor principal dentro de una concepción vital y educativa: en él, el tiempo y el espacio se expresan de un modo diferente, un modo que hace posible crear un orden de ideas literarias, culturales, filosóficas y educativas, que se proyectan como un producto de acción.

Así, esta investigación desea abrir un camino dentro del estudio de la literatura, como apreciación de múltiples historias y relatos de esta localidad, que se puedan justificar como un aporte de estética y sentido, a desarrollarse luego en la escuela y en la vida.

Palabras clave

- Educación
- Memoria
- Oralidad
- Relato popular
- Tradición

ABSTRACT

This research focuses on the approach to the study of orality in Cacique, in the municipality of La Florida (Nariño), place presenting diversity of genres, traditions, customs and thoughts; hence it is opened a window into the spaces of culture, i.e., the culture of thought, identity and narrative, factors that converge on the popular story

The story is the main driving force in a vital and educational concept: so, time and space are expressed in a different way, a way that makes it possible to create an order of literary, cultural, philosophical and educational ideas, which project as an action product.

Thus, this research wants to open a road through the study of literature, as appreciation of multiple histories and stories of this place, which can be justified as a contribution to aesthetics and sense, then developed in school and in life.

KEYWORDS

—Education

— Folk tale

— Memory

— Orality

— Tradition

INTRODUCCIÓN

Hacer reseña de las costumbres, las creencias y las narraciones locales, de algunos de los aspectos literarios que permiten que, con el desarrollo de las diversas culturas, se expresen y manifiesten sus perspectivas, son los pilares que se pretenden abordar en este trabajo, si se tiene en cuenta que el principio de mirada son las grandes y verdes montañas y las frescas corrientes hídricas que fluyen en la vereda Cacique, lugar de la memoria.

Acercarse al estudio de las culturas populares lleva a apreciar las voces sepultadas y olvidadas de esta sabiduría, que en su forma primigenia y antigua ha difundido sus saberes y ha enseñado a sus generaciones lo más importante, lo vital de la existencia, las huellas que se han asentado fuertemente para la conservación de todo un tejido, y que han trascendido la realidad de cada uno de los moradores, de ahí que estas voces se lanzasen con su multiplicidad de sentidos, que se encuentran insertos en los relatos.

La oralidad quizá tiene, en sus comienzos, la época de las preguntas, cuando el ser humano empezó a indagar y hablar sobre su universo, cuando empezaron a surgir y aflorar los argumentos y las explicaciones, poco a poco aceptados y constituyentes de su mentalidad; sin embargo, aún se podría decir que la ciencia moderna no logra satisfacer del todo muchos interrogantes, como el porqué la tierra se ha separado del cielo, porqué la luna acompaña a la noche; estos son algunos de los elementos de la oralidad, pues sin ello no habría un mundo narrado, en el que hasta una simple piedra en la montaña se convierte, para muchos, en objeto animado que incluye también su saber, su memoria y su territorio.

Son muchas las investigaciones que surgen en torno al estudio de la oralidad, la tradición y la memoria de las culturas; por ello, el relato, los mitos, las leyendas y la memoria de los pueblos se convierte en una tema de gran interés, pues su engranaje y sus contenidos atraen a miles de lectores, interesados en conocer parte de la historia, investigar a fondo un lugar, una cultura, escudriñar e imaginar lo maravilloso que tiene el hombre por narrar y descubrir que, en un estudio de las sociedades, se incluye el pensamiento; la palabra que expresan los integrantes de estas culturas los identifican como miembros de un sociedad en movimiento, pues en los relatos se descubren las diferentes cosas que hacen los seres humanos, donde se origina o se pone en relación con muchas otras, se habla de los mismos relatos, por ello se han dado múltiples interpretaciones, sobre las similitudes y las diferencias que, de lugar a lugar, de región a región, de país a país, de continente a continente, de extremo a extremo han pasado a escucharse.

Todas las maravillosas historias narradas, con la fantasía, en el devenir de Cacique, todo lo concerniente a las formas de vida, la concepción de educación, no hubiera sido posible si

no se hubieran recorrido, con sus habitantes, los caminos que ellos trazan en el día a día, porque han sido relatos de cielos azules, rojos y oscuros, también de niebla, o de luz brillante, o los relatos que han compartido los habitantes únicamente alrededor del fuego, o los relatos que han buscado congregarse a los moradores que salieron del lugar más lejano a compartir únicamente un “cuento”, porque un “foráneo” se había interesado en sus historias y ellos habían visto también su importancia y comprendido que lo que sabían era un tesoro del pasado, abocado al presente.

Cabe anotar que algunas de las personas prefirieron guardar sus palabras, optar por el silencio ante los relatos; una de las razones es porque no comprendían el porqué del registrar las historias en la actualidad, pues veían más productiva la investigación en los libros, pero no en sí mismos, ni en su palabra ni tradiciones; jamás salieron del asombro ante el significado y el aporte a la literatura, como imaginarios sociales en potencia de expresión e invención.

El desaliento también llega cuando, “absortos” de escuchar cuando jóvenes los relatos de tantos abuelos que aún viven, remitían a la búsqueda de fulana o fulano, en el momento de llegar a ese encuentro con la memoria, para repetir: “ese viejito sí que se sabe historias, que amanecíamos escuchándolas”; pues ya no hablaron más de ello; han ofrecido, eso sí, una taza de café, como es costumbre, pero su mirada feliz, cansada, decía: “la memoria ya me falla”; entonces, hablaron de la vida en el campo y a algunos las lágrimas les rodaron por las tiernas pliegues de los rostros de quienes esperan el otro ciclo de la vida...

También se logró conocer y llegar a las personas en las fiestas en que, aunque ya no se viven como antes, contaban, con una impetuosa alegría, cómo eran los rituales, la danza, principalmente cuando la luz eléctrica aún no llegaba a su territorio. Entonces, uno a uno fueron entrelazando los instantes que atravesaron con la imaginación y, también, a proveer partes de la construcción de un relato, cuando, uno a uno, conformaron un trozo de invención y otro ha complementado con una canción popular, y así la gente y los niños se han echado a reír y a disfrutar de lo que todavía pervive.

De esta manera, queda casi conformada la inscripción de algunas de las historias de vida, desde las voces que habitan el espacio de la imaginación y el recibimiento que saben darse a sí mismos, como moradores, el estrecharse la mano, al saludar al conocido y al desconocido, porque es un hecho importante el caminar durante horas y encontrarse con el vecino en cualquier retazo de montaña.

La literatura, entonces, resulta válida en los libros y las grandes teorías, pero también en las formas de pensar de las gentes, que están presentes en el diario vivir, porque ellas son libros abiertos, pues la extensa gama de relatos que recorren las calles, los surcos y los caminos angostos es la que conoce el pueblo mismo; Cacique vive y convive a diario con la realidad de sus relatos, que corren como un río y que se han asentado como un árbol que ha hundido

sus raíces en lo hondo de la tierra y en el aire, que lleva y trae año tras año las leyendas, los cuentos, los mitos y las historias que se ofrecen en torno al fuego, a las memorias del fuego.

En este sentido, la metodología empleada ha precisado de andar por los caminos que ellos recorren, transgredir sus espacios, para llegar hasta donde quizá se comience a aportar a la educación de sus hijos, ahí se interpreta el relato como una aproximación a la educación que tiene como garante la preocupación por lo necesario, el reconocimiento de su tierra y del otro, en tanto es el que viene al mundo a traer novedades; es decir, ideas que hilar, mundos que narrar.

La reconstrucción de las historias, como un aporte a los estudios literarios en tanto cimientos para la creación, para el reconocimiento y la expresión de la diferencia y de las formas de concebir el mundo, es tarea que interesa seguir por el amplio camino de los saberes de las pequeñas localidades; son las expresiones desplegadas en el amplio matiz del arte, al transformarse en lecturas de culturas y pueblos que no figuran en los libros, que incluso ni los mapas registran, que existen en esta esfera de vida y que se dan a conocer en el campo, en el camino, en sus actividades diarias, en la siembra, en los entejos, en la fiesta, en el café o a través de las miradas que se ocultan en las hendiduras de las casas de bahareque y desde esas paredes agrietadas saludan con una medrosa sonrisa al foráneo, que quería llevarse, en las palabras, sólo un trozo de su vida.

Desde luego, es importante hablar de lo que ha sido esta búsqueda, de este viaje mágico, en el sentido en que las teorías sobre la cultura, la tradición oral, el relato popular y la educación, han servido sólo para ir encaminado la investigación, para llegar a los moradores y acompañantes luego, porque han sido compañeros de un viaje largo, el que ha abierto a diversas posibilidades una y otra vez y ha dejado tanto de sí, que a ratos parecía que se llegaba a confirmar en carne propia aquello sobre lo que muchos teóricos han hablado al referirse a los conceptos mencionados, y así entender que difícilmente se llega a hablar o a escribir sobre la voz de las comunidades, si no es a partir de la andanza en su territorio, si es posible en el lugar más distante; es decir, con sus gentes, en una constante escucha de esas memorias esquivas y lejanas vivas.

Este viaje *Memorias de Cacique* es una invitación a efectuar un recorrido por los senderos propios de la imaginación, de lugares quizá conocidos y de otros por conocer, o mejor de los que anidan en la memoria después de haber danzado en la narración y estar inmersos en ella, en el contar desde ese mundo hacia otras posibles galaxias narrativas.

En efecto, *Memorias de Cacique* se ha organizado en tres capítulos: en cada uno de ellos, la memoria, la tradición, la narración y la educación han literaturizado la comprensión educativa en la escuela y en la vida; en sus tradiciones está la forma de enseñar al otro valores para la vida, como también, al valerse de las comparaciones, los símiles y las

metáforas, los caminos que son y no son, se trazan en la vida, en la voz de un narrador junto al fuego, la voz de un consejero.

El primer capítulo aborda la oralidad, que es la apertura al devenir de un mundo mágico y enriquecedor de imaginarios, que contextualiza y sostiene lo vivido como experiencia y lo narrado; desde luego, las implicaciones que tiene el estar inmersos y acompañados por la narración, la sensibilidad que se despierta al llevar el relato a la formación de las nuevas generaciones y a ser una presencia en su porvenir; el segundo capítulo se orienta al registro de lo que, al no ser tarea fácil, fue la búsqueda de algunos elementos de la historia de la Vereda de Cacique, tanto como la descripción de sus costumbres, su vida, sus influencias, en últimas el trazo que cada morador ha escrito en el tiempo, para proyectarse, a través de la palabra escrita, a un futuro espacio, desde la memoria de un caciquense. El tercer capítulo hunde sus raíces en la memoria de la palabra; es decir, en el corazón relator que jamás dejará de hacer sentir ese intenso latido.

Si no hay un porqué volver a la tulpá, si no hay un porqué aprender a escuchar y a desaprender hábitos que nunca han dejado resonancias en la vida, estos relatos testimoniales, históricos y de ficción, esperan y dejan la página dispuesta para que estas voces las re-escriban los interesados en ese encuentro con otros saberes y, en los establecimientos educativos del presente, un lugar donde se aúna con la cuna y la formación despliega e impulsa hacia la humanización de la tarea educativa.

Que otros cosechen las semillas que regaron y sembraron los antepasados, en esos imaginarios que constituyen y forjan aquello que hiciera responsables de obrar, de vivir y no de violentar y de destruir, de arrebatar al otro su espacio o su memoria. Las palabras se han creado para abrir caminos, no para cerrarlos, como lo hace la violencia, que sólo se ha inventado para traer el silencio y no para seguir apegados al relato, esa forma de la vida misma.

1. TEJIDO Y SABER: APERTURA DE LA ORALIDAD EN LOS CAMINOS DE APRENDIZAJE

Y aunque hoy el «saber consejo» nos suene pasado de moda, eso se debe a la circunstancia de una menguante comunicabilidad de la experiencia.

Walter Benjamin

En un instante en que terminan las funciones y obligaciones que el tiempo impone, desaceleré el ritmo para dejar el afán y re-pensar de nuevo, me senté junto a un abuelo que contaba historias y ni sabía lo que contaba — o eso fue lo que creí, que se contaba por contar— abrí una libreta y comencé a tomar nota de las palabras y sucesos; una libreta en principio blanca y sin nada que leer, comenzó a llenarse de saberes y también preocupaciones —¿será que este registro cobrará sentido?, decían los adentros embrollados y enmarañados. Él rompió el silencio interior con una frase como ésta:

— Hoy corren tiempos difíciles para las generaciones de ustedes, ya nadie cree en nada; de tanto que se han burlado de la ingenuidad de la gente, nadie quiere escuchar, nadie quiere que le digan cómo está su vida, andan embelesados y preocupados y, pues claro, si nuestros gobiernos nos dejan cada vez más pobres, pero ¿qué cuentos? Mejor contemos unos cuentos, hay mucho cuento del que ya me hay olvidado, pero tanto tiempo que me los sé que no se me han olvidado, los tengo vivitos en la memoria, y póngase a rezar un Padrenuestro o el Credo, no se le queda nada... — Me asombraba la importancia de seguir contando historias en tiempos de olvido, de des-humanización, por lo que él, con esa mirada fijamente convencida de sus palabras, en que no sólo contaban sentido, sino vida:

— Bonito era seguir contando estas historias... y en familia, porque uno no sabe los consejos que pueden llegar a tener. — Asentí y, a su vez, la polifonía de voces, que abren paso a la niebla del presente, danzaban e hicieron que se bifurcara un gran camino de escuchar y ser escuchados, en días en los que corroe el mal humor.

1.1 DEVENIRES DE LA MEMORIA

“Y así contaban los mayores...” es la expresión que sirve como preámbulo a las historias que se cuentan al borde de un pasado, narraciones que, en sus voces y tradiciones, abisman la presencia de los unos y los otros y, en ese reconocer, en las miradas que arden al imaginar un mundo, un espacio que ha venido a construirse en las sonoridades de las voces de los vivos y las resonancias de las voces de los ausentes, está, en gran medida, la esencia, el corazón de las profundidades arraigadas en relatos que los abuelos contaban, y aún cuentan, y, así, con su palabra, encantan la vida...

Como si alguien hubiera dejado prescrito, en el ayer, que las historias que se han contado viajarían en un solo tejido, palabra a palabra, con la importancia de narrarse y, a pesar de su tendencia a desaparecer, reaparecen debido a la inmortalidad de las voces recobradas, a la sacralidad de la palabra, de una fuente primordial del porqué las historias, del porqué de las costumbres, del porqué de los testimonios y de las vidas de carne y hueso que se

consumen en la intensidad del fuego. Al ser el hombre, el universo y la vida tan unidos en una sola existencia, que se entrelaza una y otra vez en las generaciones, en una repetición constante de los ciclos naturales y también de sus costumbres diarias, al recordar, el ser humano reactualiza los modos de existir en el mundo: “En otros términos: se aprende no sólo cómo las cosas han llegado a la existencia, sino también dónde encontrarlas y cómo hacerlas reaparecer cuando desaparecen.”¹

Al plantear la repetición, en el sentido en que las cosas se viven y emergen una y otra vez, como si fueran los ciclos de múltiples vidas, se remite a pensar sobre el “origen” o los “comienzos”, cuando se ha visto que se despliega el ser humano en la sociedad. Tan necesario y tan presente es hablar sobre la oralidad, desde el simple hecho de que el hombre es palabra que se difunde al nacer y al morir.

La oralidad presente en las culturas y sociedades ha sido la base para la construcción de su concepción de vida; así, los pueblos antiguos explicaban su origen, así entendían la vida y así constituyeron su forma de existir, con una conciencia colectiva, de un solo pensar-sentir, vivir y actuar, más allá de estos saberes, en una experiencia-aprendizaje.

La humanidad, desde tiempos remotos, ha contado con la facultad de expresar y comunicar sentimientos, en un sentido tal de comprensión que relaciona al hombre, las cosas y el universo; estaba en los labios el proferir las alegrías y las penas mediante la palabra y, cuando la humanidad labró su existencia comenzaron las preguntas; querían saber el porqué de esto, el porqué de aquello, y de ahí han surgido las explicaciones que, en cada cultura, en cada sociedad o colectivo se han entretejido, para hilar miles de “respuestas” o verdades tan familiares o ajenas, como podría parecer la palabra misma. Cada fragmento o idea sobre el universo, el ser en sí o las denominaciones surgieron al preguntar por qué tuvo su existencia la noche, o tuvo su nombre el día, o porqué la luna está tan alta en el cielo; son muchas las preguntas que surgieron antes de comenzar a referir los relatos y, a partir de allí, se ha convertido en una pasión que en su inicio, muy anterior a la escritura que los fija en el papel, como hoy se conoce, comenzó a crear historias, leyendas, relatos y mitos, que se han difundido a través de la oralidad.

Al ser la oralidad una expresión social que no conoce las fronteras de la razón, a fin de comunicar se difunden experiencias de vida, conocimientos, prácticas ancestrales, de manera que la palabra oral es espíritu frente a todo aquello que emana vida, porque está en su poder visualizar lo “inexistente”, lo invisible se hace visible.

En la palabra, se palpan las voces que dona un corazón, en una entrega a la magia de sentir las alegrías y también las tristezas hechas relato, hechas una y otra vez una memoria. La oralidad presenta, para muchos pueblos indígenas y campesinos, otras formas de leer el

¹Mircea Eliade. *Mito y realidad*. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1973, p. 20.

mundo; por lo tanto, se habla de historias escritas en el cuerpo de sus habitantes, trazadas en sus costumbres, en sus tradiciones, en sus creencias y en la memoria que carga cada uno de los elementos del entorno en que viven, como cada una de las palabras que se hallan inscritas en la memoria viva.

La fuente oral se ha proyectado en las múltiples actividades de la vida del ser humano, es palabra que ha sabido manifestarse en los espejos de la vida; en especial, en los entornos donde el ser humano es, a su vez, otro, porque es oralidad presente en el rito, en cada piedra, en cada río y en cada palabra puesta en la boca y en el gesto de quienes han hecho posibles las aproximaciones no sólo del ser humano, sino del entorno, de su contexto, que no representa otra cosa más que el respeto por el lugar que se habita y la magia que de allí se desprende.

La oralidad presenta dos facetas: el rostro y la vida, expresados, tatuados, un acto esencialmente comunicativo en su forma, que refiere las consecuencias vivenciales de los hechos que, a veces, se revelan en el rostro de una persona; las expresiones orales tiñen de magia la vida; las generaciones han recibido esa herencia de palabras que legaron sus abuelos, cada año se reinventan las historias; en este sentido, se está hablando de una colectividad en un ir y venir, de siempre innovar y recrear la vida.

La oralidad está presente en la vida humana y en todas sus manifestaciones, que expresan la presencia como un cuerpo animado; ejemplo de ello es la formación de un niño: cuando una madre habla, expresa. Por ello, Walter Ong, al entrar a plantear la oralidad, en su forma primaria, la sitúa en su esencia, una oralidad de voz y presencia, y también de los sonidos que significan, en cuyos códigos se ha empezado a formar un mundo: “parecería ineludiblemente obvio que el lenguaje es un fenómeno oral. Los seres humanos se comunican de innumerables maneras, valiéndose de todos los sentidos: el tacto, el gusto, el gusto, el olfato y particularmente la vista, además del oído.”² La oralidad también mora en el sonido que producen los arroyos, en el agua que nace día a día, así como el sonido, tan propio de la naturaleza, las plantas y sus animales, hace pensar en la comunicación casi perfecta del entorno.

Así como los símbolos o lenguajes eran formas de comunicarse unos a otros en las antiguas civilizaciones, se han concebido como parte fundamental de las interrelaciones del hombre en el mundo, de interactuar y hacerse comprender en su entorno y sociabilidad; todo lo vivo y también inanimado tiene razón de existencia, razón por la que pareciera es una memoria que habla en sus lenguajes, símbolos y códigos imperceptibles.

Las palabras se extienden en polifonías de sonidos y semanticidades, en una expresión que refiere al hecho de contar historias; una pasión tan antigua, como su nombre lo indica. Se

² Walter J. Ong. *Oralidad y escritura*. México: Fondo de cultura económica, 1987, p. 16.

podría decir que el contar historias era un ritual mágico, celebrado alrededor de una tulpa; no por una vana costumbre o porque se amparaba del frío, las noches tenían como principal motor narrar junto al fuego, narrar la vida y jugar con las palabras, hacer que las voces y los gestos cobrasen vida propia en la imaginación.

Las narraciones que se daban era gracias a la genialidad de los narradores: sus labios hilaban palabras para contar historias de maravillosa creación, en las que han tejido y destejido el manto de la eterna creación; si las palabras que se desprendían de la imaginación eran tan importantes y merecían contarlas, así el lugar donde se habitaba cobraba un sentido y cada piedra y sitio guardaba la memoria del territorio en el que surgían. Y un lugar es porque está “escrito” en la memoria, porque se ha referido hace mucho tiempo; es decir: “al dar vida al mundo mediante la canción, añadió los antepasados habían sido poetas en el sentido original de poiesis, que significa “creación”. Ningún aborigen podía concebir que el mundo creado fuera de algún modo imperfecto. Su vida religiosa tenía un solo objetivo: conservar la tierra tal y como era y como debía ser”.³

Y, así, se ve que las tardes hienden el corazón de las palabras que profesan los que cuentan, en su forma, los testimonios de una vida. De igual manera, los temores, cavernosas alegrías y tristezas más profundas del ser humano, han tomado una forma que sabe a consejo, e hicieron hender el paraíso que las personas llevaban dentro.

El pasado llega, con las voces que difunden historias, voces que son experiencia, de quien narra algo, da un consejo o se sumerge en el asombro de contar lo que otros le han contado; esto es, un camino de recorrer, como lo han recorrido las generaciones con las mismas historias, las figuraciones que, en los labios de presentes y ausentes relatores, narran un mundo mejor; así, hacen que las historias lleguen a las tulpas y los hogares, para acoger costumbres con valores cimentados en cada cultura y recrear imaginarios; es palpar un territorio con *memoria y tradición*.

De la oralidad, se pueden evidenciar los “narradores del pasado”, con historias que son propias en el sentido de que sus narradores las toman como suyas, pero son también de otros narradores que, al llegar, trajeron más imaginación para entrelazar. Por ello Chatwin, al hablar del recorrido del hombre en la memoria de sus lugares y narraciones, en una creación de algo fundado una y otra vez, llega a expresar: “El hombre se convertía en creador, en “andariego”, hacía un viaje ritual. Seguía las huellas de su antepasado. Entonaba las estrofas de su antepasado sin modificar una palabra, ni una nota... y así recreaba la creación.”⁴

³ Bruce Chatwin. *Los trazos de la canción*. Barcelona: Muchnik Editores, 1994, p. 26.

⁴ *Ibid.*, p. 26.

Al hacer que se mereciera un sitio primordial y sagrado en los entornos de un hogar, como lo es el que corresponde al fuego, y lograr esa reunión, era la intención que los abuelos tenían, sin saber de su importancia, sólo se buscaban lugares propicios para narrar; abarcar las historias, en tanto remiten a un pasado y hacer caer en cuenta al espectador u oyente respecto a que: “así hacíamos antes” era mediar la palabra en un fuego que abrazaba. Entonces, aparece el narrador, con la magia, el encanto y el poder, porque ha sido el cimiento de una generación de viva voz, de oídos y piel atentos; llegan a la boca de dicho narrador y, en esta comunicabilidad relator-escucha, atrapados por el encanto de reunirse, en tiempos modernos la reunión humana pasaría a ser el instante invisible, de poca importancia.

Se aviva el fuego, al contar historias que llegan a la boca de un narrador; al que escucha lo atrapa el silencio del presente, y esa relación narrador-escucha es, por así decir, una apertura del despojo de un tiempo y una realidad, como afirmaría Mircea Eliade: realidad profana que se convierte en un espacio “sagrado”, en el sentido de que es de importancia y requiere la atención, como si fuera en la participación de un ritual en el que se entra en contacto con el fuego.

El entorno del fuego se consideraba un espacio dedicado a contar; un descanso cuyo placer se proyectaba en la oralidad; el fuego es el pretexto de la unión; algunas voces han dicho que el fuego les ayuda a “recordar”; al respecto, Mircea Eliade, respecto al fuego y la importancia que tenía a la hora de narrar, como lugar propicio, anota: “El fuego se declaraba como un medio de hacer las cosas “más pronto”, pero también servía para hacer algo distinto de lo que existía en la naturaleza, y era, por consiguiente, la manifestación de una fuerza mágico-religiosa con que se podía modificar el mundo y, por tanto, no pertenecer a éste.”⁵

Se atiza el fuego y las historias danzan en la boca de un narrador; en esa experiencia, se anuncia el silencio del escucha, atrapado por una imaginación que la hace suya, para poder hacer del tiempo un devenir distinto al tiempo racional, lineal.

Si hemos de aprender del futuro es el aprecio de escribir el pasado y, entonces, inventar no es un mero acopio de ocurrencias, sino el venir a dar algo.

Paul Ricoeur

Una de las razones por las que se daba la narración, año tras año, era con el fin de contar historias que corresponden a un pasado y que se cultivan en la memoria, y es que, desde hace mucho tiempo atrás, la palabra no era una simple expresión de comunicación, era ante todo un hálito sagrado. El contar las historias era un espacio de sortilegio, pues su palabra

⁵MirceaEliade. *Herreros y alquimistas*. Madrid: Alianza Editorial, 2001, p. 73.

producía un hechizo a quienes, alrededor de un narrador, oían el generoso don de la palabra.

De esta manera, surgen los narradores de la noche; así, se puede inferir que las historias que se contaban tenían el carácter del misterio y la magia; las noches largas y casi eternas, con la cerrada oscuridad que entraba apenas por las ventanas con su nocturno espíritu, eran un ingrediente capaz de dormir a la razón y despertar el miedo o los temores del día, que han buscado la soledad de una noche, como afirma Miguel Díez, “porque, como decía una vieja narradora quechua: «Los cuentos se contaban – sobretodo – para dormir el miedo».”⁶

Ante todo, el narrador es siempre un consejero que ha tomado los relatos, alrededor del fuego, como para tener un consejo para brindar a alguien; muchas de las historias traen experiencias de vida, con refranes que plasman las acciones y las virtudes humanas; una historia que lleva consigo un consejo antes, durante o después del relato, es el complemento para llevar el sentido de contar, en una palabra, el resumen de un acontecimiento, de una vida o de una experiencia de vida, que vivida la difunde. Las historias tienen la característica de ser más que una narración; son humanas, se tiñen de sabiduría; por ello, “Una verdad se demuestra en una narración, una narración desemboca en una sabiduría. El narrador es siempre uno que tiene consejo que dar.”⁷

Los narradores han enriquecido maravillosamente la imaginación de quienes escuchan su palabra; dejan tanto de sí, que un trozo de su vida se vuelve el desenlace de toda una historia; se empezó, de esta manera, a narrar una vida en su entereza; Benjamin toma el arte de narrar como un don: “Su don es poder narrar su vida, poder narrar toda su vida. El narrador tal es el hombre que podría dejar que la suave llama de su narración consuma por completo el pabito de su vida.”⁸

Narrar consistía, en los tiempos de esta escucha común, en dos facultades: la de olvidar el mundo de afuera y para pasar las horas en la construcción de una invención, una dualidad que el espectador vive y se deleita al adentrarse en otro calor humano, y el narrador recuerda y no olvida, porque resuenan en su memoria las historias; de esta manera, se plantea un panorama similar a la función que tiene la literatura; es decir, el lenguaje seduce, su sonoridad hace que la palabra se vuelva un encanto, y son muchos los espacios en que el conjuro, a través de la palabra, o de la curación, por ejemplo, es similar: mientras el narrador cuenta una historia para el olvido de sí, los que en su arte tienen la magia de curar a través de la medicina tradicional encantan con su canto para volver en sí. El poder de la palabra, contenido en la narración y también en la vida, en su fuente.

⁶ Miguel Díez R. *Los viejos – y siempre nuevos – cuentos populares* [en: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/diez01.htm>].

⁷ Walter Benjamin. *El narrador*. Santiago de Chile: Metales pesados, 2008, p. 133.

⁸ *Ibid.*, p. 96.

La voz del narrador es la voz que se hace inolvidable. Mediante la palabra hablada y los testimonios de vida, generación tras generación se han difundido las historias referentes a las hazañas, las desventuras, las historias fuentes de inspiración que, en su matiz y color, revelan arquetipos y símbolos de toda una raíz cultural.

La fuente del narrar, desde tiempos inmemoriales, se considera la memoria que anda; son las historias que caminan, por ello los narradores, no sólo cuentan historias de lejanas tierras, también están ellos con sus testimonios finamente recreados; igual lo está, en boca de los narradores, la vida de los otros, porque siempre se cuentan los rastros y las huellas de los que constituyeron una fuente de inspiración para narrar; así, Benjamín expresa cómo pareciera que se consumen en instantes los años eternos de una vida: “El narrador toma lo que narra de la experiencia; [de] la suya o la referida. Y la convierte a su vez en experiencia de aquellos que escuchan su historia.”⁹ Así entendida, la oralidad es la experiencia e interacción que se da con el otro, a la hora de intercambiar diálogos; cuando alguien cuenta un relato, lo hace en términos de un narrador que difunde lo que le contaron sus abuelos y así se entretajan las palabras y, a su vez, las reinenciones de la narración.

Casi siempre, por esa curiosidad de preferir los relatos contados en voz alta, se hacía a los oyentes partícipes de la narrativa, se convertía en cómplices y herederos de un tesoro primordial a quienes compartían estos entornos dedicados al oficio de contar y recrear imaginarios; de esta manera, aprendían el valioso aporte de tener en los labios de las personas algo que contar, pero, a la vez, preservar este legado era otra de las implicaciones que hacía que la oralidad no tuviera su fin, ni desapareciera como una simple forma de recordar cómo las historias, los mitos y los relatos se difundían oralmente.

Por tanto, el arte de narrar atraviesa a todos, pues toca a profundidad la razón y las consignas de la verdad, para con ello aligerarse un poco y dar credibilidad a un arte que no sólo soporta la sabiduría de los abuelos, sino los efectos que provocaban; son los llamados representantes arcaicos, ancestrales, capaces de hacer que se lograra una bifurcación en tanto la trascendencia de las cosas y de los actos. Cuando un narrador se disponía a buscar espacios de palabra, también lo hacía con las actividades diarias, cuando contaban sus relatos y así les llegaba al recuerdo lo que sabían en la vida y en la memoria. Al narrador se lo consideraba como un libro abierto, en cuyas páginas moraban los consejos y las voces que hacían parte de la realidad, que en el presente se hace llamar historia; dicho de otro modo, los consejos de los abuelos se ven proyectados en el espejo de la vida, por lo que se viene al pensamiento la afirmación de que las historias hilvanadas son la base de construcción de un pensamiento a partir de la experiencia de vida de las personas, lo que convierte al relato o a la historia en un conjunto de narraciones fundacionales.

⁹*Ibid.*, p. 65.

Las historias que refieren los seres humanos versan sobre un tiempo pasado. De tales historias emerge un sin fin de figuras, donde la oralidad se expresa y se afirma, como en el relato popular, los cantos, los mitos, las leyendas, los consejos, etc., que se narraban a través de la palabra oral y, como se sabe, el motor principal de la oralidad es la memoria o *Mnemosyne*, que los griegos veían como la capacidad de aprendizaje, que no dista de cualquier tipo de aprendizaje; por ello, recordar ese tiempo, el tiempo pasado es inmortalizar no sólo la experiencia, sino el tiempo vivido que, a pesar de la lejanía y de la distancia, se hace presente cuando se lo trae a la memoria al evocar noches recargadas de infinitas palabras danzantes en el fuego y en la imaginación.

La tradición oral no entiende por memoria la capacidad solo retentiva y repetitiva, o mnemotecnia, de un sujeto que recita ya sea un poema, una trova o un relato; ante todo, la memoria se percibe como un cúmulo de experiencias, todas ellas trasmisibles, ya sea porque el relato revela esas vivencias o porque se concibe como un don el narrar y la capacidad de saber crear en el recuerdo.

La memoria, como todo proferir narrativo, guarda en esencia lo digno de contar, sobre un pasado, pero traído al presente, lo que así figura una anticipación a lo que vendría a pasar en un futuro, y pareciera, entonces, que los relatos contados en el presente, o los consejos, más bien, eran tan precisos en su pasado como útiles en el presente. La memoria, en palabras de Marcel Detienne, se comprende como: “la palabra mágica religiosa [que] es pronunciada en presente que, como la memoria, engloba lo “que ha sido, lo que es, lo que será”.¹⁰ La memoria, en este sentido, pareciera “adivinar” o cruzar un más allá, que permite *ver* de otro modo la experiencia heredada del hombre pasado al moderno. Detienne afirma que la memoria, en tanto videncia, se concibe como percibir lo invisible, y lo invisible es captar lo esencial de las experiencias y convertirlas en historias que fundan y son memoria, que se guardan en lugares tan profundos del ser humano que pueden hacer que el narrador vea más allá, o perciba lo que pueden ser las cosas, invisibles para muchos.

Ese algo es venir a dar una palabra, porque memoria y creación son un solo acto de dar y darse a los otros. Dado que la memoria ha adquirido el adjetivo de recuerdo, el conservar las historias tiene el sentido de memorizar algo. En la tradición oral, no se aprecia el contar por contar; así, “de la memoria que “conserva” o del recuerdo que “permanece”, pasamos a la memoria que “evoca”, al recuerdo que “vuelve” a hacerse presente.”¹¹ Las memorias que evocan un pasado también hablan de un presente, y en esas memorias duermen los nidos de historias, porque viven su pasado, lo viven y existen en su monte, en las montañas, o donde se alcance a ver una morada; ahí las memorias emergen y nacen, ahí las memorias son vida narrada desde la vida misma.

¹⁰ Marcel Detienne. *Los maestros de verdad en la Grecia Arcaica*. México: Sexto piso editorial, 2004, p. 112.

¹¹ Paul Ricoeur. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999, p. 57.

Los imaginarios, entonces, son la máscara en que un pasado se presenta, y la memoria es el sustento de lo que se preserva y que es pasado y presente a la vez, y futuro, cuando la memoria traspasa los lindes de la imaginación.

Entendimos por cultura la creación de cualquier espacio de encuentro entre los hombres, y eran cultura, para nosotros, todos los símbolos de identidad y la memoria colectivas: los testimonios de lo que somos, las profecías de la imaginación, las denuncias de lo que nos impide ser.

Eduardo Galeano

Las memorias colectivas, porque no se pueden denominar de otra manera, más que en sentido plural, son el conjunto y el espíritu de un pueblo, porque se gestan en la *tradición oral*, incluyen las costumbres de un pueblo o territorio, aquellas que se encargan de conservar y preservar lo que de sus antepasados aprendieron; muchos teóricos afirman que para acercarse a las formas de vida de cada lugar, son necesarios los caminos que se andan, hablar y escuchar con los otros, pues el morador del terruño conoce de su territorio, porque ha vivido, ha aprendido y sobre todo ha trabajado por su tierra, se trata de esas gentes que saben de sus lugares, de espacios que fluyen, como los ríos en su denso sonar recuerdan las venas que conforman la tierra.

Los viajes son siempre la búsqueda de un camino que lleva a circunstancias de encuentros donde se conjuga el ir tras relatos o palabras y el volver, entonces, en variantes o círculos de profundos ahondamientos y de memorias, amaneceres y anocheceres inolvidables, con su magia y rayo que ilumina las horas entregadas a compartir, a dialogar y a escuchar con y en las personas amantes del arte de narrar.

Se dice que cada lugar tiene sus historias y, por lo tanto, gracias a la tradición se convence más de que precisamente esas historias marcan el devenir de cada lugar, y a eso se lo entiende por creación de una cultura, porque al darle ese principio la gente adquiere su propia identidad, en el sentido de su ser y su actuar; por ello, Héctor Rodríguez afirma: “El concepto de cultura, entonces, podemos entenderlo como la construcción de sentido de vida mediante tejido de imágenes y símbolos que envuelven la diversidad de prácticas sociales y le dan identidad a la vida social de los pueblos en su devenir histórico.”¹²

En lo cultural, desde el comienzo el ser humano viene al mundo y coexiste en la sociedad para recibir un magma de significaciones e imaginarios sociales, como también el lenguaje y todo un código implícito en la sangre de quien viene a hacer historia dada y contada: la experiencia que se transmite de uno a otro.

¹²Héctor Rodríguez. *Ciencias Sociales y etnoliteratura: Introducción a la teoría de los imaginarios sociales*. Pasto: Universidad de Nariño, 2001, p. 51.

Toda esta urdimbre, o tejido, se relaciona con los imaginarios y las representaciones socioculturales, que son instancias que se han dado por un acuerdo, por identidad y gozo; por ello se acoge lo que se tiene como propio y permanecer en este estado es encontrarse con la alteridad: es decir, con la atención que confiere el reconocimiento del otro, ocuparse del otro, atender a ese otro, al foráneo; la cultura se encuentra, se dinamiza, aparecen los fenómenos dentro de un espacio que es suyo, emerge la memoria como patentización presente atrapada en el pasado; por lo tanto, viene a ser pura existencia, estética de la vida; se entraña el deseo de la reunión, sea en el festival o junto a la “tulpa”, lugar cómplice para compartir la magia de la narración, sólo que en la primera se da por la imagen, y en la segunda en la palabra.

En el conocimiento gradual de la cultura y de la conciencia colectiva, y al entrar en contacto el ser humano en la vida del relato, la historia de la conciencia deja de ser lineal, para producir un dinamismo y una reiteración; la cultura no parece ser inerte, de ahí que, y en sentido escrito, la propuesta de Mircea Eliade es pertinente al plantear que los arquetipos y el mito están en completo retorno, en constante repetición, que constituye, así, el desarrollo de la cultura y el devenir histórico.

Desde un enfoque literario, la historia de un pueblo depende de la riqueza de su cultura, como parte de su identidad, y de los relatos que moran en lugares que tienen nombres y, de alguna manera, han quedado como lugares sagrados y memorables; se puede afirmar que la narrativa se encontraba en otros lenguajes, otras formas de retener lo narrado; en principio se había dicho la memoria, su uso prodigioso y también de otras formas de leer la sociedad y la cultura; ejemplo de ello está en sus variadas representaciones, que pueden ser las inscripciones de petroglifos, o la lectura de la fiesta y el ritual, una forma diferente de leer a una sociedad.

En este sentido, las tradiciones orales surgen y existen porque presentan divergencia de perspectivas y preocupaciones sobre el presente, por ello las tradiciones vienen del pasado, pero viven en el presente como prácticas y saberes tradicionales. La oralidad se ha manifestado con diferentes expresiones; una de ellas obedece a otras formas de aquellas como los antepasados concebían su vida; ejemplo vivo de ello son las escrituras alternas; es decir, las inscripciones en piedra, en las que se observa una escritura de símbolos que significan y re-significan un territorio.

La tradición oral, en su médula social y de difusión, será siempre el tejido de significación; de eso se sustenta en todas las formas de concebir tanto su entorno como la existencia; Campbell asemeja el sentido de cultura al cambio que se produce en la serpiente en relación directa con la vida: “Sobre la piel que renueva la serpiente, se desprende de su piel para volver a nacer, la luna de su sombra para renacer también símbolos equivalentes. (Entonces la serpiente) es una imagen de la vida. La vida se desprende de una generación a otra, para

volver a nacer.”¹³ Por ello, las gentes que, por tradición viven en su creación de símbolos e imaginarios, construyen sentidos de vida en sus carnavales, en sus cultivos, se llaman devenir, porque renuevan sus ciclos vitales.

Los imaginarios son siempre recorridos en los que se hace esa búsqueda de la identidad en relación con la raíces de un pueblo; acorde a esto, Clara Luz Zúñiga, en cuanto a la importancia de estos espacio-tiempos, señala: “Crónica que recoge los textos que no han podido destruir el viento, ni el fuego, ni el recuerdo, porque tejen la historia que se mira en el espejo de la palabra, del mito, del canto, de la piedra, del gesto, de la danza y del rito.”¹⁴

Los tejidos de saberes sociales abren una brecha a las relaciones con el uno y con el otro, de manera conjunta buscan la construcción de este tejido trenzado y trazado hace milenios, un camino para fortalecer las diferencias y lo que los une como grupo social, donde se sabe instaurar el juego de la fantasía y la realidad, entendida como se hizo, como se vive y se piensa. Dicha participación vital permanece y es la base de las culturas en comunidad y etnias indígenas, en las cuales se dimensiona y bordea la parte oral y su literatura visualizada en las palabras, en los ritos y en las fiestas, porque sencillamente son entornos que tienen cosas por decir, se expresan en oscilaciones que van de la literatura oral al texto y la otra literatura, hasta el cuerpo como fuente de recepción de emociones y pensamientos que confluyen en los campos de saber, conocer y volver a crear en la pluralidad de significados y sentires.

De hecho, las antiguas poblaciones nunca comprendieron lo estático, lo inmóvil, en la forma de vivir, porque su vida y pensar mostraban el movimiento, el sentir de la tierra y el territorio, en una transformación de respeto profundo hacia el otro y al cuidado y preservación de las costumbres, cuyas raíces más profundas, en muchos casos, ni el foráneo, con costumbres ajenas, ni la violencia que padecen muchos territorios han podido arrancar.

Los saberes populares son del pueblo, pertenecen a él, dígase una comunidad o gremio, porque el saber incluido en la oralidad no les pertenece sólo a algunos; por el contrario, es de un conjunto, respecto al que, individualmente, el narrador que relata, ya se convierte en un ser social.

Las sociedades actuales parecen moverse entre lo propio y lo ajeno; por ello, al entender la raíz de una cultura, que es palpable como la forma única de vivir en los pueblos, de una u otra forma lleva a observar cómo las costumbres de afuera, las que no pertenecen a la cuna de un pueblo, no han desplazado a las costumbres y tradiciones propias; se han instaurado nuevas miradas y palabras, pero no se ha borrado la esencia primigenia.

¹³ Joseph Campbell. *El poder del mito*. Barcelona: Emecé Editores, 1991, p. 79.

¹⁴ Clara Luz Zúñiga Ortega. El espacio de la etnoliteratura. *Revista Mopa-Mopa*. San Juan de Pasto: IADAP. No. 21, 2012, p. 157.

En muchas culturas, la lucha de resistencia por la permanencia de sus costumbres y cosmovisión es de fuerza que rechace lo ajeno, porque así enseñaron a vivir los abuelos y mayores, en una lucha permanente, en el arraigo en su forma de ser. Se habla de preservar en el sentido de que cada sociedad se conforma de acuerdo a sus propias leyes, normas, convenios; es decir, es la conformación de una sociedad para vivir en armonía. De esta manera se llega al trasfondo de perdurabilidad que se intenta registrar y hablar en la memoria; de lo contrario, la violencia y todo tipo de trasgresiones a las comunidades, que lastimosamente los padecen, terminan por arrebatar un territorio, una vida.

Las narraciones, y sus relatos, se han gestado en los pueblos, les pertenecen, han sido el germen y sustento de una cultura, se fundan y construyen un hilo social en un entramado cultural, porque no son creación de un solo individuo; se trata principalmente de una creación colectiva que, voz a voz, crea una estructura propia; este es el caso del canto popular o de la canción popular: se comparte un imaginario y su invención es la voluntad de componer, proseguir un tejido de verso o de narrativa.

Si tradición es conservación de una memoria y, a su vez, la inclusión del sentir humano en todas las actividades, ¿porqué pensar en estas tradiciones en su sentido escasamente folclórico y popular? Algunos de los testimonios orales son relatos históricos; por lo tanto, son valiosos; las tradiciones son carnaval y rito; en estos espacios, el ser humano adquiere un sentido de pertenencia y validez, la reciprocidad con el otro; por ello, es importante el estudio de comunidades, que son arcaicas por el origen y significativas por lo que representan, de sus tradiciones como resultado de lo colectivo, aunque no fuesen populosas, en el sentido de conformar una gran masa de personas.

Las voces de las comunidades jamás llegarán al precipicio de su olvido; su magia, origen y latido está en cada una de las partes de un lugar que se camina; en ese andar se revive el pensamiento, porque se despliega en su contexto, en su regularidad de vida, en las acciones y el sentido delo propio que cada comunidad entrama y teje, porque no es más que una vida en contexto, una palabra de viva voz, un imaginario desprendido de su vida y con su propia sonoridad.

En cada lugar, en sus geografías cercanas o distantes, los seres humanos ven la forma de acercarse a ser parte de algo; por legado o herencia cultural, los seres humanos buscan dejar su individualidad y ser entes sociales que buscan el buen vivir y, más allá de eso, llevar a cuanto lugar sea posible la posibilidad de referir esas historias de vida desde sus hechos, desde sus perspectivas, desde el sentir humano; a fin de cuentas, se trata es de eso, de ser cada vez más humanos.

El punto de apoyo que mueve a cada cultura depende, entonces, de la experiencia demarcada en cada territorio; de los testimonios, parte fundamental de una ventana abierta hacia el conocimiento de lo desconocido e ignorado de alguna manera; de ahí parte la idea

de que generación tras generación se renueve el pensar y el actuar, en lo que radica la importancia de ser un pueblo.

Así, tradición es todo lo que identifica a una colectividad, el puente entre memoria y cultura; las narraciones y su memoria siempre emergen; la memoria viva pervive y surge en cada acto de reiteración, porque es digna de conmemorarse; las gentes hacen que cada acto que conforma una columna vertebral de la tradición, y aquello que se vive en ella, renazca y viva; de esta forma, los actos que en un lugar se conmemoran llegan a convertirse en rituales que arraigan en sus costumbres, en una eventualidad que trasciende la cotidianidad y pasa a ser actos “sagrados”, porque en los antepasados descansa la memoria que en su presente se reactualiza.

1.2. IMPLICACIONES DE LA PALABRA EN LA EDUCACIÓN

Hemos visto que no hay vida humana sin acción y sin discurso. Con la palabra y la acción nos insertamos en la existencia humana
Bárcena y Mèlich

¿De qué rincón del espíritu surge la idea de registrar testimonios de vida? Pudo ser porque la soledad y el olvido eran tales, que se entregaron a los lugares prodigiosos de la memoria.

Entrar a plantear la sabiduría popular, o más exactamente el relato popular y sus devenires, es reunir las fuentes primordiales sobre las que se habló anteriormente; es decir, oralidad, tradición, memoria; en fin, estos caminos llevan a pensar y actuar de la manera como las culturas lo hacen; se habla de vivir en relación con la tierra y la vida, se tiene como finalidad mantener y preservar los relatos populares, de ahí que brote la vida, se den a conocer los saberes del pasado que aún laten en el presente o, en otra razón, se llegase a narrar porque cada abuelo siente la necesidad de contar algo, la necesidad de dar un consejo.

Si las tradiciones se repiten cíclicamente cada año, el referir los relatos populares, de una u otra forma también se hace, pervive en el imaginario y a través de eso mora, como los seres humanos, en un espacio, por ello los relatos andan, en las trochas, en los caminos, en las cercanías del fuego, en las orillas o los cauces de los ríos, o abren paso a la niebla.

En los relatos, se refieren las hazañas, los acontecimientos y las luchas de mujeres y hombres; así, la historia la cuentan los hombres; por ende, es la historia en la que creen sus habitantes; esa historia referida y difundida a través de las generaciones se torna verdadera, o si no aceptable. En efecto, todo acto del pasado lleva a un aprendizaje, que ha transformado, porque las historias referidas en los relatos no sólo hablan de héroes, hablan de las pasiones humanas, algunas desenfrenadas de la política, en las que se expresan los

azares, las desventuras del ser humano frente a la vida, la brecha entre los pobres y los ricos y, hasta en el sentido más picaresco, la doble moral religiosa; por lo tanto, ¿qué es el relato, si no es la búsqueda de superación del ser, cada día, ante los injustos hechos sociales, o la formación de grandes hombres y mujeres que no se han silenciado ante las imposiciones sociales, la exclusión y, en muchos casos, la opresión de los pueblos?

Los consejos, en los relatos, hablan principalmente de la conciencia y la acción humana, capaz de superarse; en este sentido, tantos ejemplos se ha introducido en el papel de los narradores, en lugares comunes, o en similares geografías. Por ello, es tan importante la escucha, con la mirada fija intensamente sostenida, en un acto de íntima confesión. De modo que la oralidad se dimensiona en perspectivas de todo tipo, en especial de lo humano, preocupado por la necesidad del presente, y lo más próximo al presente es la educación para el porvenir de las nuevas generaciones.

La capacidad creativa, en los pueblos, guarda una infinidad de posibilidades que duermen, crecen y se transforman en los imaginarios; es interminable la capacidad de perfilar y de pensar tantos relatos como fuese posible. Se dice, en muchas teorías, que el relato popular es anónimo; en algunas comunidades y territorios, cuando se refiere, ese autor o narrador es desconocido; los relatos no se difunden y mencionan un autor tal o cual; como corresponden a un solo tejido social, se identifican por los habitantes que los refieren como narrador, por el “que sabe contar”, por “el que sabe muchos cuentos”, y son los testimonios de su propia voz sobre lo que han visto y por eso cuentan, lo que han escuchado y por eso hablan, para configurar los testimonios orales y hablar, a veces, de relaciones oculares con los hechos.

Dentro del narrar, más que un acto de comunicación con, consiste en estar dispuesto a contar porque a otros se les da la experiencia y la oportunidad de intercambiar saberes y, de ahí, lo que se refiere y cómo se lo hace presenta una disposición importante, y quizá la más significativa, porque un narrador siempre introducirá elementos dentro de la narración oral, que llevan todavía a hacer que se sintiera más vivo el relato, con los gestos, con los silencios, con las diversas entonaciones; es decir, el relato popular no es una historia que se cuenta al azar, siempre va ligada y se asocia a otros elementos, que afirman su vitalidad; Ernesto Rodríguez Abad y Benita Prieto señalan que:

Si rastreamos en las costumbres de las antiguas civilizaciones, encontraremos el hábito de narrar en todos los continentes. Eso sí, tenemos que analizar esta práctica social y tribal relacionada con los ritos. Hay que pensar que, si la narración va asociada a los ritos y ésta se transmite por la voz y el cuerpo del narrador, es algo más que un texto literario. Debemos tener en cuenta en su estudio las relaciones que se establecen entre la palabra y los gestos entre la palabra y la voz hablada.¹⁵

¹⁵ Ernesto Rodríguez Abad y Benita Prieto. *Aprender a oír para aprender a leer: Animación a la lectura y conocimiento de la narración oral*. Madrid: Catarata, 2007, p. 20.

Cada sociedad, por tradición, siempre tiene historias que referir; si se han creado los relatos, se debe a que las historias se han reinventado una y otra vez, historias encontradas en cada cultura y con todo su sentido; de esta manera, se infiere que en las comunidades y territorios nunca se vive de la misma manera; así como las vidas son diferentes, también lo son los relatos, en sus gamas, formas, coloridos, tonalidades; son relatos de un pasado y un futuro.

Se estima que los relatos orales, en su forma primaria, son fundacionales por atravesar los lindes imaginarios de una cultura, una fuerza perdurable que, así como se funda y se implantan valores, los relatos cumplen la función de que se oyen para educar, en una fusión de horizontes de ficción y del mundo; como proponen Bárcena y Mèlich:

La relación entre la narración y la vida es doble. En primer término, la narración remite a la vida, ya que el proceso de composición se realiza en el lector, en el cual se opera una fusión de horizontes: entre el horizonte de su propio mundo de lector y el del mundo de la ficción. En este sentido, leer es un modo de vivir, contar y leer narraciones es vivirlas en el mundo de lo imaginario, recreándolas en uno.¹⁶

De ahí que muchos abuelos cuenten que las palabras que se daban, al contar las historias, hacían abrir los “espejos del alma”; decían que la vida era eso, espejos, y los relatos son ese reflejo, y que el ver y el escuchar son las funciones principales que el ser humano debe cultivar.

Relatos, mitos o historias se han creado en muchas culturas y tradiciones y se han convertido en elementos indispensables para la fundación de su formas de concebir la vida; muchos de los relatos eran el motor, la base de iniciación; incluso muchos se debían narrar en rituales en que se tenía en cuenta el tiempo, el espacio y la edad de la persona que iba a disponer su corazón para escuchar, una palabra que pareciera no tener mayor precisión a la hora de decir “escuche”; su significado es tan importante, como vital es la disposición de estar ante el otro; es decir, apreciar y ser parte de las narraciones enunciadas con el mayor de los sentidos y con la abrazadora hospitalidad.

Desde luego, los relatos siempre se han ligado a la oralidad; es decir, a narrarse: hacen parte de una memoria y es necesario que se alberguen allí. Está también el manejo de la palabra, que se difunde con una finalidad útil: una multiplicidad de significados y la elaboración de sentidos, que cumplen un gran papel en el imaginario colectivo: crear las bases de una forma indirecta de educar a través de la palabra y la construcción misma del mundo o del entorno que, por necesidad, primero pasó por el pensamiento y luego vino a materializarse a través de la palabra hablada, para el avivamiento de la imaginación y el asombro por parte de quienes se habían implicado en la escucha.

¹⁶ Fernando Bárcena y Joan-Carles Mèlich. *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona: Paidós, 2002, p. 109.

Los relatos orales son la escritura de la voz imaginada de quienes refirieron para vivir la historia de un universo en perspectiva, son el susurro de la palabra que apunta hacia la elevación del conjunto de imaginarios, la actividad creadora de hacer que surjan las historias. Finalmente, los relatos incluyen el pensamiento del ser humano contenido en las formas en que se han elaborado, expresiones alusivas en el contexto de Cacique, como: “a mí me dijeron”, “yo lo sé así”, “alguna vez contaban”, “éste sí fue verídico”, son la antesala de una narración que lleva el sello de su importancia; se hace, en primer lugar, mención a lo percibido por el oído, además del uso prodigioso de la memoria. La mayor parte de la sociedad crea su propia historia; de una u otra forma, las personas tejen la versión, tejen su historia, sin decir que los relatos proferidos fuesen ajenos a la realidad, pues en muchos de ellos se ven reflejadas expresiones de la vida diaria.

Por ello el sentido de las cosas, del mundo, del entorno, como afirman Rodríguez Abad y Benita Prieto, hacen percibir lo infinito; las historias que se contaban no sólo hacen parte del cotidiano vivir; también han marcado el devenir de la comunidad y de sus gentes; por ello, el tejido y la trama de las historias entrelazan la memoria y también la vida de los narradores, la acumulación de relatos en la memoria de las palabras orales y en la oralidad; Rodríguez Abad y Prieto, al respecto, dicen:

Esos contadores son conocidos de lo vivido y por eso comienzan a relatar. La palabra tiene la fuerza de quien realmente sabe, pues guarda en la memoria todo lo que vio, vivió y sintió... Historias cargadas de sabiduría que ayudan a los seres humanos a entender el enigma que somos, criaturas finitas y, no obstante, somos capaces de percibir lo infinito.¹⁷

En la mágica trama del relato, existe una suerte de sentido en tanto se conjuga la memoria histórica, el relato en la huella y la llegada del otro; de este modo se vive intensamente, en totalidades, la fina textura literaria de la narración; tan necesario es pensar en este aspecto, que la intencionalidad narrativa no se da sobre los hechos, no por encima se narra la historia; Juan Duchesne Winter propone que la narrativa no pretende hablar sobre algo, sino a partir de un hecho han venido a constituirse los acontecimientos; por ello: “Es su forma de narrar desde los hechos, demostrando su tránsito a través de diferentes memorias y enunciados individuales, pues eso es lo que busca, el hecho en tanto enunciado de experiencia”¹⁸, razón por la cual la narración despliega la mirada hacia el otro, la experiencia que difunde, al contarse a sí mismo y a los otros, y en el recibimiento de ese otro se narra aquello que se percibe y lo perciben como narrador o escucha.

La idea de relacionar oralidad y memoria obedece a un fundamento mayor, al simple hecho de recordar o memorizar en sentido mnemotécnico; la capacidad de narrar cumple la

¹⁷ Rodríguez Abad y Prieto, *Op. cit.*, p. 157-158.

¹⁸ Juan Duchesne Winter. *Narraciones de testimonio en América Latina: Cinco estudios*. Río Piedras (Puerto Rico): Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992, p. 15.

función creativa, inventiva, la de referir, porque existe un sentido y una profundidad; de esta forma, la palabra no es una acción desgastada, es una palabra de múltiples voces y de un amplio panorama imaginativo.

La oralidad, fundada en diversas comunidades, ha dado a pensar en el relato como el viajero que lleva en su interior las historias y regresa con otras nuevas, debido a las múltiples creaciones, en que el relato se convierte en un eje migratorio que comunica y difunde nuevas y cada vez más maravillosas historias, puesto que no hay un narrador, nunca es el mismo, no sólo por el hecho de la voz que cambia, mientras tanto el narrador renueva; en este sentido, se podría decir que el narrador no es un simple orador, de la simple y llana repetición; el narrador es un creador y, con él, florece todo acto de genialidad.

El relato vive gracias a las transformaciones, porque así las generaciones llevan y traen sus historias; en su infinita sabiduría, eterniza, lo convierte en una historia que, de uno a otro, inmortaliza las palabras, por sus trazos, que son la imagen de los narradores y los tejidos de las literaturas orales, en textos situados en otro contexto; en la medida en que las generaciones avanzan, también lo hacen sus relatos; en este devenir, toman otro cuerpo y es la misma historia, contada otra vez, ubicada en su propio contexto, el contexto del relato.

Ha habido formas en que la oralidad ha desplegado su amplio matiz revelador de mundos solitarios, cobijados por el poder de las palabras, para avivar las noches y abrigar los sueños; de ahí que el poder de los relatos, en los entornos educativos, presenta una alternativa de ver la creación literaria; contribuye a modificar y dar apertura a las nuevas formas de ver y estudiar el mundo.

Los relatos, al referirse desde su realidad material y humana, enmarcan las historias de la vida, los acontecimientos que abordan no sólo las historias de héroes que dan la vida por la patria; los relatos se nutren de nacimientos donde el ser humano se enfrenta a diversos caminos, que son las luchas por enfrentar, los miedos que vencer, la sabiduría de la vida.

Las historias orales son fuentes que producen una literatura que es de uno para los otros, que se inscribe en sí mismo, al ser dada su experiencia y que se vivencia en la comunidad. Así, estos relatos son creación de la memoria viva; en su cerrar de ojos, las palabras se abren a oídos que desean escucharlas, quizá con un rostro desfavorido que jamás vio un horizonte igual a aquél que se abría en una noche de “encanto”. La escucha viene a darse con la misma pasión y fuerza con la que se habla; por lo general, estos discursos y las palabras gozan únicamente de placer y sentido cuando se encuentran y confabulan con la expresión unánime de la sonoridad y el disfrute; es decir, lo que emana del espejo de las entrañas, de lo eternamente sabio.

Los acontecimientos narrados en el interior del relato, lo inabarcable de la relación del narrador-escucha, se entrelaza un diálogo entre la presencia y la ausencia de sí mismo, de desplegar los horizontes de la palabra. El relato evoca la palabra que el narrador calla y se vuelve, por lo tanto, silencio, quizá olvido, para regenerarse y volver a narrarse en un nuevo mundo.

El relato, sin saber o caer en cuenta de su importancia y principio motor, más allá de ser fundacional en cada comunidad, busca en gran medida hablar por medio de metáforas sobre las experiencias humanas en contexto, sobre el recorrido en la vida que cada ser humano hace en el mundo; el hablar de espejos es una gran enseñanza, porque así viven y así se formaron las generaciones.

Las aproximaciones que se dan en la educación, tanto en la vida como en la enseñanza, refieren a la intensión que pretende la trama narrativa del relato; escuchar lleva a plasmar la vida de un mundo imaginado, reescrito en un nuevo cuerpo, de modo que el aporte, con el relato, a un conjunto de nuevas posibilidades para la acción educativa es tarea que se le atribuye a la narración, a tejer y destejer los valores del ser humano; de este modo: “a través de los relatos podemos vislumbrar, junto con nuestros estudiantes, nuevas posibilidades para la acción y el sentimiento humano, nuevos horizontes de conocimiento y comprensión, nuevos paisajes de compromiso y hasta de encantamiento.”¹⁹

Esta forma de conocimiento mora entre los bordes de la oralidad y la escritura, confluencia dada por la necesidad de difundir la información, ya que al narrar se evidencia el hecho de que el hombre está en una constante función creativa; entonces: “En la educación se trasmite un mundo simbólico a través de los relatos y las narraciones, un mundo atravesado de ficción que es necesario para que el ser humano pueda configurar su identidad.”²⁰ La acción es educativa; entre otras cosas, es una búsqueda de un origen porque, en la educación, el ser humano debe responder a la pregunta ¿quién soy?, cuando construye el relato de una vida.

En este orden de ideas, la vida, narrada o referida a través del relato, es un aporte desde la “natalidad” (término que, desde Bárcena y Mèlich, se expresa como el nacimiento, la novedad, la sorpresa, un nuevo comienzo, en el sentido de la muerte-nacimiento, y ese nacer es el comienzo de algo novedoso; la educación se podría interpretar, en esa medida, como el nacer de un mundo mejor narrado, del ser humano, cada vez más humano, de ese interpretar y reinterpretar la pluralidad y la diversidad del mundo, de la cultura y del pensar mismo); es acción educativa en el desbordamiento que imparte pensar desde el uso de la memoria, por lo tanto, el fortalecimiento de la imaginación, como lo expresan los autores

¹⁹KieranEgan. *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998, p. 74.

²⁰ Bárcena y Mèlich, *Op.cit.*, p. 101.

antes mencionados, un nuevo despertar, un surgimiento de lo infinitamente imprevisible y de ese enseñar-aprender en la formación del ser humano; entonces: “La educación como acontecimiento ético surge finalmente como una educación de la natalidad, de la aparición del otro como la radical novedad. Es una educación que sostiene que la configuración de la identidad es narrativa, y que la relación con el otro es un acto de hospitalidad, de acogida y de recibimiento”²¹; es decir, la responsabilidad de la presencia del otro, que llega a narrar, a conformar un territorio y a re-significar una memoria.

Por otro lado, la oralidad no sólo es para aquellos que no escriben; es, también, para escritores que se inspiran en ella, es una reciprocidad mediada por el poder de la palabra, ya sea una palabra de viva voz o una palabra escrita en la voz de un narrador, cristalizado en la memoria, y la voz del texto que habla en la escritura y su tiempo de hacerla presente. El texto no es únicamente existente en su forma de texto escrito; también se puede referir a un relato oral, en la narración, en la canción popular, etc., en su texto y también en su textura, que expresan el sentido de algo.

La vitalidad y grandeza de la oralidad enriquece de manera tal a la literatura, la oralidad ha inspirado a la escritura, que es el resultado de la tradición; oralidad y relatos tienen su dinamismo, sus cambios y devenires culturales, que alteran o renuevan la palabra oral.

Las relaciones tan vivas y avivadoras son las de la oralidad en la escritura, dos formas de narrar: mientras la una lo hace en voz alta, la otra lo efectúa en una soledad infranqueable en la que el narrador habla para sus adentros y con el corazón. La permanencia de las palabras mora en la memoria de un narrador y en las letras que conforman la escritura.

Es pertinente señalar la transformación a través de la palabra y, a la vez, del que escribe; si bien en la una era la voz que se escucha, en la otra cuenta con la soledad de quien escribe en silencio; sin embargo, ambas cumplen una función irremplazable: jamás se vuelve a ser el mismo, se es otro, diferente, con oídos más finos, con un amplio panorama y, en todo caso, son los dos más humanos.

Hacer un recorrido por los márgenes de la oralidad es re-acentuar su importancia en tiempos de desapego del calor de la palabra, más allá de encontrar en el medio masivo el principal factor de tal aislamiento; por ello, las narrativas locales, las pequeñas, son una invitación a impulsar el placer de narrar, porque, en palabras de Ana Pelegrín, es cierto que: “estos tiempos, son otros tiempos; la vida se ha atomizado, las estructuras sociales-familiares han cambiado, no hay por qué reunirse, no hay fuego donde congregarse.”²²

²¹ *Ibid.*, p. 193.

²² Ana Pelegrín. *La aventura de oír: cuentos y memorias de tradición oral*. Madrid: Editorial Cincel, 1982, p. 19.

El olvido de imaginar y crear, a través de la invención, estriba en la indiferencia ante la palabra individual; sólo se escuchan los medios masivos, ya no se interrelaciona: “otros son los que poseen la palabra, controlan, manipulan. Su poder no es ya creer en el viento, sino dominar o afincarse en los dominios preciosos de la tecnología. Sin embargo, la palabra antigua, conocimientos tan primarios, ¿no significan nada para las nuevas generaciones de esta galaxia cultural?”²³

Finalmente, las historias no existieran si alguien no las hubiera inventado; o, mejor, si alguien no las hubiera hecho existir; por eso, los consejos de carácter oral han cumplido y cumplen la función de aportar a la construcción de un pueblo con valores y enseñanzas; la educación, en sentido de lo propio, se ha cimentado desde la casa y, con ello, los valores y los aprendizajes que se han ido ramificando en la imaginación, en los libros abiertos que son la memoria de los abuelos.

Considerar a las culturas populares y su narrativa en términos de su fin, o ubicadas ante un precipicio, es tarea que le compete desmitificar a la educación; las etnias, las comunidades, los territorios no van a desaparecer porque en la modernidad no se aprecie su valor del pasado, sino porque la falta de creatividad y el olvido se han ensañado con lo propio, parecerán atractivas las raíces ajenas, de lugares lejanos y no las raíces en que se viene y se deviene; lo lejano debe venir para nutrir lo propio con más conocimientos, pero no para desplazar, y lo propio puede aportar a lo extraño, a lo ajeno, que no es menos ni más que otra cultura; a fin de cuentas, las palabras difieren, pero esas fronteras no apartan del espíritu de un pueblo.

²³*Ibid.*, p. 19.

2. TRAZOS EN EL TIEMPO

“... que sí existieron y continuaban existiendo en los rincones porfiados de la memoria, en los mismos donde se embosca el tábano de la soledad.”

Luis Sepúlveda

Se abre camino para conocer, descubrir y re-descubrir un territorio que ha trazado su historia hace mucho tiempo; hoy sus ecos resuenan en el viento, en las rocas, en cada una de las voces y los rostros de los moradores, descendientes de abuelos valientes, aguerridos y nobles; esos caminos recorridos y por recorrer traen hasta el presente la memoria de un pueblo con origen, con historia, que en cada una de sus partes conforma un lugar caracterizado por sus mágicos paisajes, sus colinas ondeantes y sus suaves llanos que dibujan un entorno de lomas largas y cortas, acompañadas de cultivos, de surcos y pendientes y, así mismo, la amplia vegetación que, como toda tierra rural, se presta para el disfrute de la vista de quien desee quedar atrapado un instante por su belleza, su armonía y calidez; es verde vida la que transpira esta tierra, olor a hierba fresca, con árboles de diversos tamaños, de pinos, de eucaliptos y cipreses, que constituyen quizá una pequeña parte de lo que identifica a la vereda de Cacique.

Se ha precisado no solo el hecho de observar y estudiar la vereda, sino de conversar y compartir en su entorno, de platicar y mostrar interés por lo que cuentan sus pobladores, algo que ahora es muy necesario, dado que, en sus palabras, muchos de ellos dicen:

¿Para qué le voy a contar cómo vivíamos antes, si ahora en la Internet está todo lo que v'ustedes quieren saber?

Con expresiones como éstas se da respuesta a una percepción equívoca de que todo “saber”, todo “conocimiento” lo tienen las redes; en cambio, surge la inquietud de conocer o reconocer algunas de las experiencias de vida, en su contexto de vida, en las huellas, en los rastros y las voces que traen al presente algunos de los saberes tradicionales, como las narraciones orales y su cultura, considerados como espacio del reconocimiento de su identidad, de manera que, mientras abuelas y abuelos llevan la mirada y su memoria hacia el pasado, terminan por decir:

¿Quién iba a pensar que esto les iba a servir hoy en día a v'ustedes?

El legado de sus costumbres, de sus creencias, de sus virtudes y concepciones constituye una memoria inmersa en la oralidad, que se ha enriquecido con los tiempos, que se preserva y se renueva con ese ir hacia el pasado para efectuar un recorrido través de varias de sus generaciones; los vientos han llevado a caminar por diversas rutas que podrían permitir el aprender y des-aprender en esos caminos que se amplían en inesperadas bifurcaciones de esta gama de sutilezas y experiencias ya vividas y por vivir, en esta pequeña vena de la tierra.



Figura 1. Panorámica sobre la tierra de Cacique.

Así se llega a La vereda Cacique, bajo un cielo de nubes densas que cobijan este territorio que, por fortuna, goza de pertenecer a los Andes septentrionales de Suramérica, pero suroccidentales de Colombia; de ahí que el volcán Galeras, que los quillacingas llamaron antiguamente “Urcunina”: la montaña de fuego, sea el protector que cuida a sus espaldas a esta vereda, ubicada en el municipio de La Florida y que, a su vez, forma parte del corregimiento de Las Plazuelas; esta vereda limita al norte con el municipio de El Tambo, al sur con las veredas Barranquito y sector Oriental, al oriente con Las Plazuelas y al occidente con la vereda Cacique Bajo.

Con una población aproximada de 525 habitantes en la parte alta y baja de Cacique, estas mujeres y estos hombres han logrado conformar una vereda poco a poco, pues han ido entretejiendo y dando forma a una tierra con memoria y a una vida que crece con el paso de los años; las familias constituidas viven en grupos aislados una del otro por terrenos grandes o pequeños, pero este relativo aislamiento no les ha impedido que sus lazos filiales

El hombre caciqueño comenzó a surtir de semillas para sembrar y labrar la tierra, las que esparce para que den frutos y alimento a las demás comunidades y a los foráneos, con el trabajo de unas manos laboriosas de campesinos apasionados, que con palas y azadones han llenado de surcos los terrenos para crear un lugar, generoso en productos para garantizar la continuidad de la vida a las generaciones venideras. Por ello, día a día, a las 5 de la mañana toman un tinto y se dirigen a las actividades agrícolas, ya sea en La Ladera, La piedra o El Pedregal. En el camino se pueden observar los cultivos alrededor, así como el trabajo de la cabuya; al descender, la tierra rojiza le da mayor presencia a las paredes que sostienen Cacique Alto; también los cultivos en forma de zigzag, de modo que, por tratarse de lugares de trabajo que quedan a cuatro o cinco horas de las viviendas, los habitantes llevan la comida, o “merienda”, como la llaman, y, lo que no puede faltar, llevan el café en botellas de aguardiente; algunos cuentan que antes llevaban la comida en una sola hoja de achira; así, envolvían el arroz, el mote, el choclo, las yucas, los nabos, el ají y, todo empacado en una tela, se la cruzaban al hombro y, al llegar la hora de comer, la tendían y se servían todos de ahí.

Los lugares que mañana a mañana han trabajado arduamente, para cultivar las tierras gruesas y fértiles, han sido El Pedregal, La piedra y La Ladera, terrenos ubicados en Cacique Bajo, tierras que les han dado en abundancia para poder alimentar a todo un territorio y para ofrecer a veredas, corregimientos y municipios lo que proporciona el campo; así cuenta un habitante de Cacique Alto que, orgulloso de haber trabajado toda su vida en la tierra, ha sabido plantar las semillas para que esta tierra produzca vida:

Yo soy un campesino al que mi Dios le ha dado vida y manos fuertes para trabajar la tierra; desde chiquito mi mamá nos inculcó el deber de trabajar y ser responsable, y cuando me casé con la Susana y vinieron mis siete hijos, pues ¿qué más responsabilidad que esa?: con el sudor en la frente y ganándome la vida honradamente, yo sembré plátano, café, yuca, frijol, tomate de árbol, naranjilla, chirimoya, naranja, maíz, nabos, guineo, piña y arracacha.

Eso sí, fue bendito ese Pedregal; era una tierra productiva que me dio pa' comer, pa' vender, y eso eran ¡qué materones de arracacha!; ahí me ayudó a criar la familia, me ayudó a cultivar esa tierra y verla todos los días tupidita de lo que le cuento: ¡qué gusto que me daba verla: se cogía por manotadas el frijol, por abundancia la piña; sabían salir esas bestias bramando de p' arriba de lo cansadas; pobres machos les chorreaba el sudor subiendo de p' arriba, a Cacique Alto; nosotros cargábamos en botellas de aguardiente el cafecito para que nos quite la sed, y nos llene de energías; eran todos los días las jigras terciadas al hombro, las palas, los azadones y que en el nombre del Padre y nuestra Virgen santísima, nos ayude a cultivar nuestra tierra.*

Estos productos los transportan a la ciudad de Pasto, y a Nariño, donde los venden. Todas las familias se dedican a las labores agrícolas con un sistema rudimentario de cultivos; las terceras partes de estas tierras tienen como propiedad una parcela para cultivar, teniendo en

*Bernardo Enríquez, 79 años, Cacique Alto.

cuenta que los pobladores son minifundistas, cuyas propiedades no pasan de 20 hectáreas, los más pudientes, y los otros, que lo son menos, tienen entre 3 y 6 hectáreas cada uno.

Cabe resaltar que, en Cacique, una de las principales fuentes de trabajo es el cultivo del fique, pues era una de las principales veredas que enviaba este producto a la ciudad de Medellín, ya que en ese tiempo venían unas cooperativas a comprarlo. En Cacique bajo, se oye cómo funcionan las máquinas desfibradoras de la cabuya, se ve como extienden la fibra sobre palos; es muy común ver en cada casa una máquina de hilar cabuya y, como el producto se da en abundancia, lo han utilizado para hacer ruanas, costales y algunos tejidos, en un trabajo que les competía principalmente a las mujeres caciquenses, quienes empiezan con esmeril en mano a hilar en pleno borde de la carretera y, como resultado del trabajo, se hacen ovillos para la venta.

Desde luego, la región montañosa cuenta con pequeñas corrientes hidrográficas, que bañan la superficie de la tierra, que son un verdadero encanto y un motivo de misterio, y han acompañado con el fluir de sus aguas frías a sus pobladores, con aguas que descienden de las alturas del volcán Galeras; la quebrada Burroguaco, localizada en la parte de Cacique Alto, es un lugar atrayente, en la que, en esos tiempos cuando se carecía de acueducto, se lavaba la ropa; algunos de los moradores cuentan que no podían quedarse por mucho tiempo junto a sus aguas, pues la presencia del duende asustaba a quienes frecuentaban el lugar. En Cacique Bajo, están las quebradas de Pucaurco, la Palma y la quebrada de San Pablo, más conocida como la quebrada del diablo, pues, según un relato tradicional, allí llegó a beber agua la mula negra de este personaje mítico en la región.

En las mañanas, con la presencia de la brisa fresca que se esparce sobre la hierba que brilla con el sol, a pie limpio caminan las mujeres hacia la labor del ordeño, acompañadas por las tonadas matutinas que cantan los pájaros cerca de las seis de la mañana, pues en Cacique la mayor parte de su tierra se utiliza para la crianza de ganado, para la obtención de leche y queso, ya que es una zona que abastece con estos productos a las demás localidades; las mujeres, en compañía de sus hijos, tienen como actividad principal el ordeño; mientras ellas hacen su labor, los perros cuidan del ganado y los niños, envueltos en una chalina, aguardan mientras la mujer termina de ordeñar las vacas, una tarea que requiere de destreza; de la leche obtenida, es poca la cantidad que queda para el consumo propio, debido a que litro a litro lo venden para La Florida, las demás veredas y los corregimientos, lo que ha hecho que la reconociesen como un área altamente lechera.

Además, las mujeres obtienen un exiguo ingreso con la actividad de crianza de animales, como las gallinas, los cuyes, las ovejas y los cerdos, que alimentan, engordan y posteriormente venden.

Las vías de acceso para llegar a este sitio no siempre han representado las facilidades con las que ahora se cuenta para poder desplazarse; antes se transitaba por los llamados caminos

de herradura, porque a caballo, o muchas veces a pie, era la forma de movilizarse en el diario vivir; eran caminos de tierra por donde se circulaba habitualmente, hechos con palas y la ayuda de mulas, de ahí que se vieran, en las faldas de las montañas, estrechos caminos, llamados “angosturas”, vías de difícil curso, tal como lo recuerdan Don Bernardo Enríquez, y algunos otros de los pobladores, que dicen haber dejado pedazos de piel curtidos por la ausencia del calzado.

Para luego añadir que:

Más antes eran caminos de angostura; el camino antiguo era un camino viejo, que llamaban el Palo Zumbo; los caminos tenían sus formas: algunos son rectos, otros parecieran hechos en círculos.

Verbigracia, salíamos de Yambinoy, Guáytara, Chiturco; salía al pantano; de ahí bajaban por la loma de El Ingenio, Chagacguaico; de ahí los “antiguos” bajaban por la loma de El Rodeo, de ahí bajaba al Pedregal y salían por Cacique, Las Plazuelas y El Tambo. Esas fueron las rutas que nosotros trazábamos en la mente, por eso para nosotros las principales carreteras eran la del Tambo y la de Sandoná, luego ya fueron abriendo caminos de la Florida a Robles Las Plazuelas y Pasto.

De ahí salían con sus cargas, con productos para la venta; desafiaban el barro y la lluvia, que hacían tambalear los caballos; y a ellos también los entumecían, cuando eran días de fuertes aguaceros; y, cuando eran el tiempo de verano, iban con sombrero y goteando el sudor, que eran los acaecimientos diarios, prolongados y de ímpetu.

Cabe anotar que, con la facilidad que ahora se tiene para trasportarse de un lugar a otro, a caballo sólo se va a las cosechas; por un camino pedregoso y en carro, con un recorrido vía a Nariño, El Motilón; y por la carretera de El Tambo, hacia Las Plazuelas, se desvía a Cacique Alto y continúa el recorrido hasta El Partidero que, como su nombre lo dice, señala que de allí parte el camino a Cacique bajo, Barranquito y La Florida: así se recorre el contorno geográfico de la vereda Cacique.

2.1 UNA VENTANA HACIA EL PASADO

Por los caminos, los senderos, las quebradas y corrientes de agua, las montañas, las casas y, en general, en todo este amplio entorno andino, se refiere el nombre de Cacique a un “indio cacique”, pues esta idea se la ha ido construyendo a partir de la mirada de los que habitaron y habitan en este territorio; son varias las razones que fortalecen la presencia que ha tenido como origen de raíz indígena, como se señala ahora:

Todo lo que era Cacique, antes era una sola vereda; no habían esas divisiones que ’ora existen; de todo esto era dueño un indio riquísimo, pero tuvo que enterrarse con todo lo que tenía, porque decían que ya llegaban los españoles a robar toditico lo que encontraban. Por eso, fue puesto el nombre a Cacique, por un rey cacique que dizque vivía aquí.*

* Rosa Fajardo, 89 años, Cacique Bajo.

En el imaginario colectivo de la vereda, se ha establecido la idea de que se le dio el nombre de Cacique, por el indio que dicen habitaba en esta región; pero a esto se añade la explicación del topónimo, originado en lengua indígena, según lo plantea Muñoz David en su libro: “q. (Veredas, alto y bajo), del quechua *cuasykay*= tranquilidad, paz, sosiego”.¹

La vereda Cacique Alto, que desde antes de 1740, hasta 1850, fue propiedad de Don Francisco Merchancano, hermano de Estanislao Merchancano, compañero de armas del Coronel Agustín Agualongo, abarcaba desde el sector denominado El Molino hasta la parte oriental de la vereda Yunguilla; al respecto, se sabe que “de igual manera, Estanislao Merchancano criollo, familiar de Francisco Merchancano: propietario de la hacienda Mombuco, fue uno de los más ilustres luchadores a favor de la corona española”.²

El origen de Cacique, en datos e información histórica, no es muy preciso respecto a la fecha cuando habría sido establecida como vereda; sin embargo, el mismo nombre ha llevado a dar por sentado entre sus habitantes que su nombre se debe a la presencia magna de un indio cacique, nombre que, al parecer, nunca se ha cambiado, aunque existe un testimonio que cuenta que, tras subvaloraciones, muy seguramente traídas en épocas de colonización, ha quedado inmerso en la mentalidad de muchas personas el hacer ver a la familia indígena como una población por la que se debía sentir vergüenza, motivo de ofensa, sinónimo de atraso, por lo que, en estos términos, para muchos no era digna de ser señalada como tierra de un cacique indígena; sin embargo, hubo habitantes que, por el contrario, han visto el nombre de la vereda como un verdadero asunto de orgullo, por lo que ser indígena o tener un pasado indígena ha llegado a significar tener poder, sabiduría y satisfacción, por lo que había que respetarlo y dejarlo, conservarlo, para seguir viviendo conforme a las costumbres y a los valores que han caracterizado a esta zona. De modo que el nombre de esta localidad nunca se lo ha cambiado, como se menciona a continuación:

El nombre de “Cacique” le habían puesto porque dizque hay un indio cacique y, por eso, don José Gustín, que ya falleció, quiso respetar el nombre de Cacique y diciendo:
— Mmm, ¡carajo!, don Marcialito, no hay que cambiarle el nombre de Cacique, porque esas son cosas que vienen de lo alto; hay por aquí, lo que no se sabe ’ónde, un indio cacique enterrado con oro; y parece que sí, porque en Cacique Bajo hay unas cuevas de piedra, y eso es bien empedradito para abajo; para asegurarnos de ver qué había, sabíamos echar unas piedras en esos huecos y sólo se escuchaba las piedras bramando de p’ abajo”*

Una de las primeras partes que se colonizó fue Cacique, hacia el año de 1920; esa paz y sosiego, sobre la que habla Aurelio Muñoz al referirse a Cacique, quizá fue la razón para que españoles y fuereños vinieran a estas tierras, que les proporcionaban no solamente la estada temporal, sino la riqueza de los suelos; de ahí que la colonización se haya perpetrado y se haya extendido en gran parte del territorio floridense.

¹Néstor Aurelio Muñoz David. *La Florida: Ayer Moxombuco*. Pasto: Edinar, 2012, p 35.

²*Ibid.*, p. 54.

* Marcial Enríquez, 73 años, Cacique Alto.

Así, al ir hacia atrás en la historia, se sabe que durante la colonización participaron los llamados doctrineros, los encomenderos y otros tributarios, con múltiples funciones, entre ellas la de cristianizar a la población indígena, con la imposición de su fe en un Dios, que ella desconocía, puesto que la consideraban formada por individuos “faltos de entendimiento”, y que había que cambiar sus malas costumbres, consideradas impropias, como las de emborracharse con chicha, ser politeístas zoólatras, andar desnudos, lo que consideraban propio de la barbarie y de la idolatría.

Además de enseñar la fe cristiana, también llegaron tributarios que se encargaban de supervisar el pago, condición que trajo consigo que los doctrineros tuvieran más poder incluso que los encomenderos, al recibir tributos en especie, como el maíz, los cereales, la papa y los animales, que también dividían con los encomenderos y los caciques.

Los doctrineros y encomenderos eran de origen español; ellos tomaban esta tierra como un lugar de explotación y de descanso y, entre todos los lugares de los alrededores, eligieron el denominado de Las Plazuelas, y por esa razón hubo mezcla; hacia la parte de Robles vinieron los primeros encomenderos; luego, Juan de Dios Burbano se asentó en Cacique Alto, y trajo consigo la práctica de la crianza de ovejas, para producir la lana, tanto así que hasta ahora se ubica en estas tierras a Lucila Enríquez, que es la hilandera, la tejedora de ruanas.

También se tiene como testimonio algunos apartes de la historia de la independencia de las colonias españolas de América, en la que se cuenta, de este modo, con la intervención de algunos Estados europeos, que decidieron colaborar en la independencia siguiendo sus propios intereses; en esta ayuda y contribución a la causa independentista, se sumaron a la batalla de Bomboná, en la que se enfrentó Bolívar al coronel Basilio García; sobre esto:

Se dice que en 1822, cuando pasó Bolívar rumbo a la Campaña del sur, y hubo la batalla de Bomboná, en la que se sumaron soldados ingleses, andaluces y la legión francesa, hasta eran casi 2000 soldados, pasaron y, como hubo esa matanza de 1822 en Bomboná, llegaron enfermos, heridos, que se radicaron en Las Plazuelas, que era el lugar, como epicentro; por ejemplo, cuando se venían de Popayán hasta Quito, habían estaciones donde conseguían alimentos, se bañaban, descansaban; entonces, la legión francesa, estuvieron con Simón Bolívar por un tiempo prolongado, ya que era gente, soldados que venían a apoyar la independencia, puesto que Francia estaba en conflicto con España.*

Para la época de 1720, llegó un grupo de españoles, dirigidos por Bárbara Ñañez, quien colonizó al noroccidente de La Florida; por esta razón, algunas de las familias actuales llevan como apellidos: Castillo, Enríquez, Díaz, Santacruz, España, Oviedo, Ortega, etc.

Queda así una cultura en los extremos del municipio de La Florida, la parte de veredas, que conforman un mundo genuino y, en su autenticidad, con el mestizaje que vivió esa vereda,

* Aurelio Muñoz, 46 años, La Florida.

se convirtió en una de las primeras veredas de La Florida que se colonizó, para constituir así un mestizaje entre el indio y el español, evidencia que se presenta en los rasgos de las personas, sus costumbres, sus leyendas y sus relatos, etc.; ahora, por sus caminos, transitan, en su mayoría, caciquenses de cabellos rubios, de ojos azules, delgados y altos, en conjunto con personas de estatura mediana, de pelo y de tez oscuros, con rasgos indígenas, que en su minoría hacen dar cuenta de que en Cacique se produjo una hibridación cultural, entre lo indígena y lo europeo.

Según Aurelio Muñoz, en 1535, pasó por aquí la primera expedición de Quito, la de Pedro Cieza de León, con emisarios que venían a ver si había algo de riqueza; los cráneos que encontraron los pusieron en unos postes para burlarse, pero ellos afirmaban que, fuera de ello, no había nada; seguramente pensaron que iban a encontrar grandes cantidades de oro y, por ello, se encontraron con las cuevas de infieles, debido a los entierros que aseguran están en Cacique Bajo, con tumbas en formas de cuevas, que se cavaron en una montaña, con unos huecos de bastante profundidad.

Así se refiere Aurelio Muñoz, al respecto:

Por la parte de la escuela de Cacique Bajo, se forma un triángulo, que conduce a las tumbas; la leyenda y mito del rey de oro, el rey de oro permanece con unas naranjas de oro, historias que se remiten a lo precolombino. Se ha mencionado haber encontrado oro enterrado, infieles que pertenecían a un rey cacique, restos de infieles, vasijas, jarrones, narigueras, etc.



Figura 3.Cueva en la pared, ubicada en Cacique Bajo, sector de El Pedregal, en el terreno del Señor Juan Pazos.

El lugar Cacique Bajo, desde ahí, se ha convertido en un lugar de respeto, pues se entiende que las huacas encontradas, los entierros ubicados en este sitio, en época de existencia de indígenas, eran parte de un transitar hacia lo bajo y montañoso, donde encontraban su corazón sagrado, que era su manera de tener creencias que distaban de la imposición de la fe católica; por tanto, eran llamados infieles aquellos que había que cristianizar, bautizar según el régimen de la doctrina de la Iglesia cristiana, traída en épocas de colonización.

Por otro lado, además de haber encontrado utensilios de barro, algunas vasijas que utilizaban como adorno, y otras al parecer para sus ritos y cultos, se han encontrado petroglifos, donde las antiguas culturas grabaron su pensamiento, lo dejaron inscrito sobre una superficie pétreo, con formas de espirales, que se dice se relacionan con la vida y con la cosecha. Esa inscripción, en el medio ecológico delimitado, se halla demarcada por una regulación ancestral, que el relato tradicional expone, testifica respecto a los lugares en que tuvieron su origen, en que la vida ha permanecido.

En cuanto a Cacique, al ser una sola vereda en un principio, en 1974, pasaron a dividirla, la separaron en Cacique Alto, Cacique Bajo y Barranquito, cada una con su respectiva escuela. A Cacique la dividieron, y le dieron a cada parte su propio establecimiento educativo; así se cuentan algunos de los aspectos de sus inicios históricos:

Antes de 1949, la profesora enseñaba a los niños en una única casa particular; la escuela de Cacique Bajo fue fundada en el año de 1949, por iniciativa del padre Bernardo Arévalo, párroco de la Florida; recaudaron 480 pesos para la construcción.

Los señores José María Pazos y Rufino Fajardo donaron los lotes para la construcción que fue levantada en muros de ladrillo, techos de madera y teja, piso en baldosa, con recursos de la comunidad y mingas programadas por un Comité de trabajo encabezado por el padre Bernardo Arévalo y el señor Gustín Lara; la escuela adquiere el nombre de “Escuela rural mixta de Cacique bajo.”

A pesar de ser una vereda dedicada a las actividades de la ganadería y el agro, la necesidad de crear instituciones educativas evidencia la exigencia de tener una facilidad de acceso para dirigirse hacia los planteles educativos, pues antes de la existencia de la escuela en Cacique bajo, se dirigían a la escuela de Las Plazuelas.

La “escuela rural mixta de Cacique Alto” fue fundada en Septiembre de 1980, y don Marcial Enríquez, morador de Cacique Alto fue uno de los impulsores de este proyecto:

Mi persona y don Cruz fundamos la escuela de Cacique Alto; la escuela empezó en tierra, unos ladrillos y unas tablitas, y así dictaba clases la primera profesora, que fue Odila Barco; sufrieron, hasta que fuimos buscando baldosa y hacerla acomodar poco a poco; mientras tanto, les tocaba en construcciones de varenga y madera; así mismo eran las casas, construidas en madera, tierra, varenga y, cuando era el terminado, hacíamos lo que llamaba la minga, que era

* Bernardo Enríquez, 79 años, Cacique Alto.

una fiesta con cuy y gallina, baile, chicha y aguardiente, festejando de alegría porque a los niños, así como a nosotros, les quedara más fácil el camino de ir a estudiar.*

El establecimiento de las escuelas ha hecho que, año tras año, la inclusión escolar aumente, pero, en un bajo porcentaje, surgen contradicciones, como la de aquellos padres que no ven la necesidad de mandar a sus hijos a las escuelas, o niños que sólo ven la comodidad y el gusto por trabajar la tierra y por eso deciden no estudiar, pero, en su mayoría, al ver a la escuela como un espacio de aprendizaje en su contexto académico, cultural, recreativo, encuentran gusto y ansias de superarse.

Así que los lugares en que se dio el asentamiento del pueblo indígena, desde la lucha contra su identidad y humanidad, aparecen tendientes a la aproximación de sus formas de vida a los pensamientos que han hundido sus raíces en estas tierras fértiles, en tierras de capas gruesas, con variados nutrientes, tierras acogedoras de Cacique, lugar de descanso para algunos, lugar de “hombres nobles y esforzados”, en definición de otros, pero, en boca de la mayoría de los pobladores, tierra de un rico indio cacique.

2.2 HUELLAS Y RASTROS DE LOS QUILLACINGAS

El territorio andino, antes de la conquista española, lo ocupaban muchas comunidades indígenas, y, en este territorio, la influencia más grande fue la de los indígenas quillacingas, atraídas por estas tierras del sur de Colombia, que se caracterizan por la fertilidad de sus suelos, altamente ricas para sus cultivos, influjo que llevó al asentamiento de estas comunidades.

Como se sabe, diferentes grupos indígenas han habitado el territorio nariñense; algunos se ubicaron en la periferia de Pasto, con su cultura y los saberes ancestrales, que han marcado de forma profunda a las personas que vivieron en aquellos tiempos; además, se conoce sobre la existencia de los Pastos, los Abades, los Tumacos, los Sindaguas y, en lo que respecta a la zona de Cacique, los indios Quillacingas, que moraron en su mayor parte hacia el occidente nariñense, con lo que ha quedado toda una serie de legados en costumbres, en tradiciones y en formas de vida, algunas ya perdidas y muchas otras que aún permanecen en la tradición, encontradas en las formas de actuar y pensar del ser nariñense y, más puntualmente, del ser caciquense.

Entonces, ha existido una herencia cultural fuerte, que ha matizado de saberes, de prácticas, de creencias, que han quedado impresas en la memoria de los habitantes, de ahí algunas de las costumbres hasta hoy vigentes, un legado importante de toda una tradición. Los quillacingas se asentaron en lugares montañosos, para llevar a cabo sus prácticas agrícolas; se ubicaron y extendieron a lo largo del nor-occidente nariñense, donde se halla Cacique, territorio que hace parte del municipio de La Florida.

* Marcial Enríquez, 76 años, Cacique Alto.

Por ello, se sabe, además, que “las poblaciones quillacingas adoraban los fértiles valles interandinos y laderas al norte de la mesa de Guachucal y al este del Guáitara medio y bajo. Ellos evitaron las alturas extremas y se asentaron en aéreas de tierra media y de ricos suelos volcánicos, donde cultivaron el maíz como base para su sustento.”³

Cabe destacar que en la sabiduría quillacinga existió un conocimiento avanzado de la agricultura; los valles interandinos se llenaron de técnicas ancestrales para labrar la tierra; se ve claramente la habilidad y fortaleza para el desarrollo agrícola, como el cuidado mismo del agro; también tuvieron su propio calendario agrario, que les servía de orientación; cultivaron el maíz como planta sagrada, raíz de su sustento, además de los ullucos, el fríjol, la arracacha, la piña y el fique.

Las huellas y rastros de esta cultura se fundamentan en una narración del cronista Pedro Cieza de León, donde menciona algunos lugares en que los quillacingas tuvieron presencia, si bien esta famililla se extendió en diferentes territorios de las periferias de San Juan de Pasto:

También comarcan con estos pueblos y indios de los pastos otros indios y naciones a quien llaman los quillacingas, y tienen sus pueblos hacia la parte del oriente, muy poblados. Los nombres de los más principales dellos contaré, como tengo de costumbre, y nómbrense Mocondino y Bejendino, Buyzaco, Guajanzagua y Mococonduque*, Guacuanquer y Macaxamata. Y más al oriente está otra provincia algo grande, muy fértil, que tiene por nombre Cibundoy. También hay otro pueblo que se llama Pastoco, y otro que está junto a una laguna que está en la cumbre de la montaña y más alta sierra de aquellas cordilleras, de agua frigidísima porque, con ser tan larga, que tiene más de ocho leguas en largo y más de cuatro en ancho, no se cría ni hay en ella ningún pescado ni aves, ni aun la tierra en aquella parte produce ni da maíz ninguno ni arboledas. Otra laguna hay cerca desta, de su misma natura. Más adelante se parecen grandes montañas, y muy largas, y los españoles no saben lo que hay de la otra parte dellas.⁴

A los quillacingas, según narraciones de cronistas en la conquista española, los describen en gran parte como seres extraños, con cultos relacionados con el demonio, como también señalan, respecto a su forma de vestir, que iban con unas mantas, se tapaban con maures, con los que, en palabras de Cieza de León, se vestían para “cubrir sus vergüenzas”.

Otro investigador señala:

Desde la conquista los cronistas describen a los pueblos indios como gentes sin religión y adoradores del diablo. Ese puesto de idólatras, zoólatras e infieles hizo que las tradiciones acerca de sus ritos y estructuras míticas se perdieran definitivamente, quedando sólo como testimonios imperecederos sus trabajos artísticos y especialmente sus obras rupestres.⁵

³Luis Fernando Calero. *Pastos, Quillacingas y Abades, 1535-1700*. Bogotá: Banco Popular, 1991, p. 48.

*Mococonduque, como variación del nombre Moxombuco, hoy La Florida- Nariño.

⁴Pedro Cieza de León. *La crónica del Perú*. Madrid: Espasa-Calpe, 1922, p.109.

⁵Oswaldo Granda Paz. *Arte rupestre Quillacinga y Pasto*. Pasto, Colombia: Ediciones Sindamanoy, 1985, p.3.

Se conformaban en lugares dispersos, con la característica de tener suelos apisonados; las antiguas viviendas, hechas de bahareque, paja y tierra, se las conocía comúnmente como bohíos, y, en su forma organizativa: “Los quillacingas de los siglos XVI y XVII no poseyeron una estructura fuerte de gobierno familiar, parece que no se realizaron uniones entre las familias de la élite. Los caciques fueron jefes locales que velaron por los derechos de sus sujetos, especialmente en relación con la tierra.”⁶

La muerte era un proceso que veían desde un punto de vista natural; se enterraban porque creían en la vida después de la muerte, con una fuerte convicción de retornar a la vida; enterraban también grandes cantidades de comida; Cieza de León lo justifica así, en *La crónica del Perú*:

Los quillacingas hablan con el demonio; no tienen templo ni creencia. Cuando se mueren hacen las sepulturas grandes y muy hondas; dentro dellas meten su haber, que no es mucho. Y si son señores principales les echan dentro con ellos algunas de sus mujeres⁷.

Igualmente, en la memoria de Bernardo Enríquez está el que, en épocas remotas, los indígenas se enterraba para proteger sus pertenencias y para no dejarse bautizar:

Los antiguas se enterraban con todo lo que tenían para no hacerse bautizar; esos españoles, ladrones como el diablo, se llevaron todo el oro que tenían los antiguas en Cacique, por eso quedaron las razas de los españoles con los indígenas.

Los denominaban borrachos, porque recurrían, para sus celebraciones y ritos, al consumo de la chicha de maíz, considerada una bebida ancestral; por ello, la raíz del significado quillacinga tuvo las siguientes designaciones:

Quilla-singas (Narices de luna), Quillas-Ingas (Señores de Quilla o de luna), y Quilla-Shinga, Borrachos o perezosos.⁸

Quillacingas, que quiere decir “narices de luna”, probablemente por la nariguera que llevaban, en forma de una luna, y como esta comunidad tenía una relación muy arraigada respecto a los cultos lunares, se ha encontrado estas referencias en un tipo de arte rupestre, como las huacas, las cerámicas, las vasijas, las ollas de barro, las narigueras y, en este caso, algunos petroglifos.

Han dejado inscritas, en piedras y cuevas, representaciones que se asemejaban a animales humanizados y figuras geométricas, donde resaltan las espirales; es decir, cada símbolo tiene una significación importante y un sentido trascendental, al dejar inscrito parte de su

⁶Luis Fernando Calero, *Op. cit.*, p. 50.

⁷Pedro Cieza de León, *Op. cit.*, p.111.

⁸Oswaldo Granda Paz, *Op. cit.*, p.5.

pensamiento y gran conocimiento sobre las superficies pétreas, logrado con la ayuda de un cincel.

Muchos tienen su significado particular, pero se deduce que la existencia de estas inscripciones revela la conexión que ellos tenían con la tierra y con la cosecha, la adoración que sentían por la luna, el sol, y un conjunto de relaciones muy ligadas al sentido que tenían del tiempo.

Son varias las espirales que se aprecian en el sector y, para los quillacingas, esta práctica se orientaba a representar el tiempo, concepción que se opone a la visión occidental del tiempo cronológico y lineal; por el contrario, la espiral representa lo que todo transcurre una y otra vez, el tiempo y, al mismo tiempo, la vida que se mueven en círculos, símbolos que guardan una asociación muy fuerte con los elementos de la naturaleza.



Figura 4. Petroglifo ubicado en Cacique Bajo, en terrenos de la señora Victoria Castillo.

Toda esta simbología se expresó en mensajes dejados a la humanidad en una forma críptica y misteriosa; era quizá una forma de manifestarse y querer dejar grabada su vida y su sabiduría, en espirales que tienen que ver con el movimiento, la fertilidad. La figura que más resalta es la de unas tres espirales unidas. Aurelio Muñoz, en su libro *La Florida: Ayer*

Moxombuco, la designa como “la luna y el agua”. Conforme a esta apreciación, las figuras que se pueden ver no fueron grabadas sobre la piedra porque sí, sino que allí los quillacingas incorporaron sentidos para expresar cómo ellos entendían la vida; así mismo, se relacionan con el ciclo natural de las fases lunares y, con respecto a la cosecha, con el proceso natural de darse sus ciclos de siembra en las fechas y los días del año, como también describir e interpretar el ciclo de la vida desde el nacimiento, la reproducción y la muerte.

Para la mayoría de los habitantes de esta región, los petroglifos han sido totalmente desconocidos, puesto que, por alguna razón, han permanecido ocultos bajo el musgo, como también por su ubicación cercana a los ríos y a las pendientes montañosas, o debido al desconocimiento de sus formas y figuras, quizá no les han prestado la atención adecuada, pero, para aquellos que, por algún motivo, los han sorprendido esas formas, esos círculos, los conocen comúnmente como “los caracoles”.



Figura 5. Petroglifos ubicados en Cacique Bajo, sector de “El pedregal”, en terreno del señor Juan Pazos.

2.3 LOS “MIL DÍAS” DE LA GUERRA

Un hecho importante, que se ha dado en la historia de la política colombiana, fue el relacionado con el bipartidismo, que llevó a una guerra entre dos colores; el rojo y el azul, símbolos de dos ideologías que desencadenaron una guerra de los unos contra los otros,

pues mientras los conservadores propendían por el centralismo, donde todas las decisiones estaban a cargo de un solo organismo central, por otro lado el liberalismo buscaba que se reconocieran nuevas personas jurídicas, como también que cada una de las funciones estatales se independizara del poder de la Iglesia, impuesto y apoyado fuertemente por el partido conservador.

En Colombia, esta distinción política ha acarreado miles de muertes; en Cacique, esta oposición se expresaba con claridad al decir, en el caso de los conservadores: *¡Que viva el partido conservador, que viva Cristo!*, mientras que del otro bando, del lado de los liberales, se escuchaba la expresión: *¡Que viva el partido liberal, que viva el putas!*, frase que marcó rotundamente a los liberales, hasta llegar a tildarlos de ateos y de rebeldes, lo que constituía el escándalo, por eso el color rojo, escandaloso, símbolo del liberalismo.

El fanatismo de la época trajo grandes consecuencias; cuenta don Marcial Enríquez que las guerras que se vivieron en aquel entonces eran por pertenecer a uno de los dos bandos, pues se evidenciaba el pertenecer a cada partido por el color rojo, como la sangre, o el azul; las mujeres de ese entonces llevaban en sus trenzas cintas correspondientes al color de su partido; así, los conflictos entre vecinos comenzaron a surgir y, para zanjar las diferencias, el tomar venganza era atacando el ganado del adversario, ofensa que gente de un partido hacía, y las personas del bando contrario respondían con los mismos hechos:

Guerras de guerrilla, nunca; más bien es tranquilo el lugar, pero guerras entre liberales y conservadores sí se daban; decían que, por venganzas, les cortaban las ubres a las vacas, los hocicos a los caballos, representación de burla al encontrar en el ganado una expresión irónica de risa; cada partido se manifestaba de esta forma, del uno al otro partido se hacían eso; si una noche le cortaba así al ganado, al otro día el equipo contrario le respondía.*

El dedo índice era la muestra de cómo se llevaba con orgullo la pasión por el color, de modo que, cuando se votaba, debía untarse ese dedo de tinta, con el color que correspondía a su partido político. Así, también, las mujeres llevaban en sus chimbas cintas, ya fuera con el color rojo o el color azul.

Otro testimonio, de don Bernardo Enríquez, se establece así:

Venganza entre partidos liberales y conservadores: por allá en 1999, en una vuelta de la carretera estaban los “pitivises”, que estaban recogiendo gente para la guerra; iban hasta las casas a someterlos pa’ la guerra; mi mamá traía fajado un “chalecito”, se había hecho un nudo rosa; un pitivise sospechó de ella, pues creía que ella traía alguna razón: la querían indagar y hacerle preguntas; ella salió a correr y el pitivise la cogió y ella soltó el nudo rosa, para que sólo se quedara con el chal; se llevaban las bestias con carga, se robaba el ganado para comérselo.

* Marcial Enríquez, 76 años, Cacique Alto.

El bipartidismo, que se respiraba en aquella época y que a muchos los identificaba; el pertenecer a uno o a otro bando era conocer, en parte, el modo de proceder de una persona, pues las acciones que se cometían marcaban radicalmente el pensamiento conservador, influenciado por las creencias que impartía la Iglesia católica y, en cambio, el partido liberal se entregaba a proponer nuevos rumbos, lo cual desataba controversias y fuertes designios y señalamientos: así se relata cómo eran los días de política.

Algunos indicios muestran que las guerras, por la fiebre política, eran de igual a igual, de modo que se refiere:

El que diga: ¡viva el partido liberal! o ¡viva el putas!, confiésese; y lo mismo con el partido conservador; las peleas era a punta de golpes, nadie sacaba ni cuchillo ni armas de fuego.*

Este era una guerra que dividía a las familias, los lazos amistosos, las regiones; los habitantes de Cacique recuerdan este episodio con asombro y, a la vez, con la sonrisa quizás de la ironía y, al pensarla como una guerra que acarreó, más que fines políticos, muertes y enemistades, cuentan que a Cacique la consideraban una vereda de posición política liberal y, por ello:

En Cacique no se podían ver conservadores con liberales, y en Cacique le tiraban más a los conservadores, no los querían; dizque tenían un charco de agua en La Florida, para tirar a los liberales.

Les mandaban cartas a todos los liberales de Cacique, que se alisten porque iban a saquear las casas: eso llegaban y les quebraban las cositas, porque en La Florida eran más conservadores; los liberales no podían votar; un día uno de los liberales se infiltró el día de las votaciones, y en las de elecciones dizque fue y les botó los papeles de votar y dizque gritó: ¡Que viva el partido liberal, hijueputa!*

En un enfrentamiento que cobró miles de vidas, estuvieron involucrados los ciudadanos de Ipiales, considerados liberales; así, cuenta Aurelio Muñoz cómo el general Reinaldo Santacruz participó y derrotó a los liberales:

Las tropas fieles al partido conservador estuvieron comandadas por el avezado general Gustavo S. Guerrero, participando también el Coronel Reinaldo Santacruz, hijo floridano que un 23 de enero de 1900, a las cuatro y treinta de la tarde, rompió fuego contra el enemigo de las tropas liberales compuestas por 800 soldados, entre Cascajal, Simancas y Colimba, haciendas pertenecientes a Guachucal. Por su valentía y pericia fue ascendido a General de la República, honor que guardó hasta la muerte; por su acción recibió el epónimo de “El león de Cascajal”.⁹

Una parte de una canción popular, dedicada a los liberales, recuerda Vicenta Escobar haber escuchado, porque decía que componían los cantos en épocas de elecciones — entonces ella era muy niña —, que decía así:

* Vicenta Escobar, 46 años, Robles.

* Bernardo Enríquez, 79 años, Cacique Alto.

⁹ Aurelio Muñoz, *Op. cit.*, p. 70-71.

Los liberarles todos murieron,
todos quedaron hecho tendal,
los liberales ya renunciaron,
se retiraron al Ecuador.
Vamos valientes al Cascajal,
todos murieron,
todos quedaron hecho tendal.
Para qué son dichas que se han
de acabar, más valen mis penas
que me han de durar. ¡Carajo!

Los cantos populares, los refranes y las frases políticas no fueron suficientes para la creación y acompañamiento al partido político de preferencia; bien se sabe que a los liberales los consideraban ateos; muchos aseguran que al ir por la delgada línea en contra de los preceptos eclesiásticos, lo único que querían era el poder; un hecho, que ha marcado la historia de caciquenses y del que algunos aún se sienten orgullosos y otros lo ven como algo rechazable, es el que se registra en un testimonio que habla de un baile particular que llamaban “el baile de la culebra”, personificado por los que se declaraban del partido liberal.

En esa época daba miedo esa gente como loca: se escuchaban gritazones en altas horas de la noche anunciando los partidos, pero cuentan que esto fue efectivo; los liberales, que no tenían medida, se inventaron el baile de la culebra, que lo habían venido a bailar en la iglesia los liberales, dizque se ’bían encerrado en la iglesia y habían puesto un Cristo boca abajo, dizque le daban fuetiadas, como el diablo, y bailaban alrededor del Cristo; eso contaban los conservadores que, al final, alguien fue a avisarles a los conservadores y dizque los habían sacado a bala de la iglesia; eso, existen todavía unos viejitos que, en jóvenes, participaron de ese baile del demonio.*

2.4 RUTAS DE EXPERIENCIA

El aprendizaje que cualquiera puede tener, según las palabras sabias de un anciano, es si uno aprende a caminar; lo que en la vida acontece no serán sino palabras que, a través del tiempo, llegarán; no se trata de hacer memoria para acordarse de algo, sino que la memoria se oye, emana vida, la vida del ayer en la memoria de la tierra.

Territorios cercanos y, a la vez, marcados por la distancia; voces que resuenan, ya sea en esta tierra que se habita, ya sea en otra, la que se quiera habitar a través de las voces que vienen a re-significar, a enseñar movimientos del tiempo, en un espacio que nunca es el mismo.

* Vicenta Escobar, 46 años, Robles.

Esta pluralidad de pensamientos hace ver a la vida no como una frontera, sino como un horizonte amplio, que se debe comprender. Al aprender a entender a través del andar y el oír, se podría dar cuenta de que todo tiene una sutil comunicación, pues no hay forma ni lugar que no posean un espíritu.

Todo esto transcurre en las horas avanzadas; el tiempo se simplifica en vientos, en un caminar que lleva a un destino; a lo lejos se alcanzan a ver unos pobladores lejanos que, solitarios, esperan la visita de un extraño; habrá que seguir en una búsqueda quizás inalcanzable por unos caminos pedregosos, o por otros que se funden con el infinito pasto, el olor a hierba en la mañana, cuando amanece el sol, o el naranja de los cielos cuando se va despidiendo el día y, por supuesto, acercarse al abrigo que ofrece una tulpa para contar las historias de los sucesos que pasaron, de los relatos que se han oído, en tanto ofrecen un tinto, de café fuerte, como ese que se da en El Pedregal de Cacique Bajo.

Conocer un lugar, adentrarse en él, compartir las experiencias en meriendas, o en cafés, contar cómo es la gente, cómo han sido esas rutas que ellos siguieron y las experiencias que han construido su vida, es dejar en estas palabras un pedacito de su existencia.

2.5 RETRATOS DE VIDA

¿Cómo vivían las personas en otros tiempos, en aquellos tiempos?, es la pregunta que surge, sustentada en la curiosidad y la importancia de conocer el pasado, para poder re significar el presente y tratar de construir el porvenir; entonces, es posible que de aquí surgiesen las distintas formas de vida de cada pueblo, las formas cómo forjan un territorio y cómo se desenvuelven como sociedad.

Algunos de los recuerdos acumulados a lo largo del tiempo fluyen con facilidad en la investigación realizada con el propósito de registrar y dar a conocer, en un documento escrito, algunas de las vivencias pasadas y actuales que adquieren un matiz de identificación a la hora de hablar de un lugar en especial, por parte de los habitantes de Cacique.

En general, la vida de estas personas transcurre en una relativa tranquilidad; la amabilidad, la nobleza y la apacibilidad de sus habitantes hacen que fuese una región en la que la humanidad y hospitalidad de sus gentes es uno de los pilares fundamentales. De camino a camino, tanto los niños, como los jóvenes y los ancianos tienen el gesto del saludo, ya sea sólo con una sonrisa esbozada, o cuando el campesino se ha quitado el sombrero para hacer un gesto de bienvenida; a veces, desde las ventanitas de sus casas o intentando ocultarse, en especial los niños, alzan su cabeza para saludar; de igual manera ocurre con el extraño o foráneo, para el que el mayor gesto de bienvenida es el saludo, pues con él se le reconoce lo valioso de ese ser humano que, en ese momento, comparte un mismo espacio, por ello

saludan y observan al foráneo que ha pisado el lugar, que es suyo también, así como, con las evidentes diferencias, lo hacen los perros que ladran y mueven la cola en señal de anunciar la presencia de alguien o darle su saludo.

Para muchas de las personas que moran en esta zona, la vida de antes, como algunos la cuentan, resultaba que era fantástica, por las formas de vestir, las costumbres y el respeto que, en el pasado, eran acciones dignas de admiración.

La variedad climática de la región nariñense obliga a vivir con costumbres propias, que influyen en la forma de vestir de las mujeres y los hombres, en especial cuando la tierra es fría, pues lo cierto es que el uso de un vestuario va más allá de una necesidad de protegerse del frío, lo característico es vestirse de acuerdo a una identidad y una tradición, como lo refiere el siguiente comentario:

En su vestimenta diaria, los hombres usaban sombrero, ruana; anteriormente utilizaban alpargatas; los hombres eran con pantalón de lana, eran bota ancha; ruana de lana hechas de borrego; con el tiempo, la lana se fue acabando, porque salió el algodón. La mujer, más antes, era la obligación de tejer ella misma la camisa y el pantalón de lana, tejido en aguanga; lo hacían ellas mismas: hilaban la lana, la tejían, y cosían el pantalón; todas las mujeres que se casaban, era el primer detalle que tenían que tener con su marido.*

En la cultura en la que vive, la mujer se ha sujetado a vestir lo más cubierta posible; de igual forma su cabello, un elemento de deseo para el hombre, establece un reconocimiento que se le daba, pues además de dedicarse a las labores del hogar y a esmerarse en su manera de vestir, estaba el modo cómo llevaba su cabello, que acostumbraban a recogerlo todo el tiempo en forma de trenzas.

Las mujeres se vestían con faldas lisas, blusas anchas con vuelos en las mangas, fajas plegadas bajitas, pañolón, y refajo. Usaban chalinas para cubrir la barriga del frío, usaban alpargatas de cabuya o de llanta, pero lo más bonito era que llevaban el cabello largo, peinado con cintas de colores; más antes se hacían unas chimbas terciadas a los lados; llevar recogido el cabello era sinónimo de ser considerada una mujer de bien, pero si llevaba el pelo suelto, los hombres empezaban a verlas mal, y más si llevaban faldas cortas: eran mujeres que sólo se las conseguían para burlarse.**

Cabe resaltar que, en los vestuarios, las distinciones van ligadas a la costumbre de verse elegantes, modestos y, sobre todo, vestidos de acuerdo a su tradición. Por consiguiente, el vestirse y cubrir sus cuerpos es una necesidad tan prioritaria como la de preparar los alimentos y ver que todos hayan recibido su plato de comida, preocupación que tiene un lindo gesto que rechaza el egoísmo; hasta con su relación con sus crías y animales, pues no hace parte de una actividad mecánica el ofrecerles alimento, suplir sus necesidades básicas, con lo que comprenden que nadie es más ni menos, que todos deben cumplir y cubrir

* Irene Ortega 74 años, Cacique Alto.

** Marcial Enríquez, 76 años, Cacique Alto.

necesidades básicas, como las del vestir y el comer, como lo habían aprendido de sus abuelos y de sus padres.

En tiempos antiguos, la preparación de los alimentos era en ollas de barro, pues antes no había ni sartenes, ni ollas, ni cucharas de aluminio:

La gente de antes, mejor dicho, vivía en regocijo, había todo, todo era natural, todo era unas ollas de barro y como de piedra; las piedras de moler fueron reemplazadas por los molinos; antes eran cucharas de palo, bateas para bañar los niños, canoas de madera para darle sal a las vacas, y unas como bateas también para guardar agua; todo era en madera antes, por eso la gente no se enfermaba tanto.

En la comida, la costumbre establecía que, a las 5 o de la mañana, cuando inicia el día, se tomaba café, con plátanos asados y queso, que es el desayuno; a las 10 de la mañana, se servía la merienda, que consiste en platos grandes de arroz, papa con ají de pepa de calabaza o ají rojo, mote cocinado y, de sobremesa, un tinto; a la 1 de la tarde era el sancocho, con carne, que era el almuerzo y, pasadas las 5 de la tarde, la cena.

Los hogares que se pueden apreciar en Cacique son de una completa humildad; a lo lejos se ve el humo que sube de las chimeneas, de casas que se han construido en bahareque, con boñiga de caballo o vaca, pisada, una forma de construcción que ahora se ha reemplazado por ladrillo y cemento; la casa constaba de una concina grande, una pieza, en la que dormía toda la familia de, generalmente, más de ocho personas; el baño tenía que estar a las afueras; la despensa era contigua a la cocina, donde ponían la papa, el plátano, la cebolla y, debajo del techo, en teja la construcción, del soberado, el lugar preferido de los gatos, se ubicaban las cosas que ya no servían; por el humo que se encierra y el hollín que se impregna, era casi siempre un lugar oscuro, por lo que se le añadía un matiz de tenebrosidad. Cerca de las casas, reservaban una casita para guardar leña, que es otra de las actividades que acostumbran a llevar a cabo; si ha habido robos en Cacique, ha sido por la leña, pues hay gente que por pereza no la corta ni la busca.

La mayoría de las personas que moraban en este lugar andaban generalmente descalzas; ya fuera en la hierba o por los caminos de piedra, transitaban sin mayor problema; se idearon algunas formas de hacer zapatos, empezando por elaborar sandalias de cuero, hechas de la piel de un animal, pero a medida que se ascendía en la escala social y se buscaba la comodidad; así, cuenta don Marcial Enríquez que en:

La vida de antes éramos muy sufridos, andábamos a pie limpio; más después andábamos con alpargatas de llanta, después con alpargatas de cabuya, pero se iban deshilachando facilito, pa' ir a trabajar no servían; luego anduvimos con unas sandalias hechas de cuero de vaca, y ahora es que anduvimos con zapatos, y para ir a trabajar al guaico ya es con botas altas de plástico.

Entre los caminos, hay uno principal que va desde Las Plazuelas, pasa por Caique Alto y luego El Partidero, llamado así porque hay un camino que se desvía para Cacique bajo y La Florida; luego se dirige a las Achupallas y, por último, a Santacruz de Robles, que, al igual

que La Florida y El Tambo, son el epicentro de los puntos de encuentro de reuniones, de juegos, de ir a la misa; por ellos, las mujeres, los hombres y los niños comparten en familia, unos sentados en las plazas, otros reunidos para contar historias, decir coplas y chistes. Resulta algo jocoso ver que algunos de los habitantes de Cacique, al referirse a una persona, hablen de ella e imiten su forma de hablar, sus gestos; es decir, tienden a señalar e identificar a las personas por algunas de sus características, que las hacen únicas:

Eso, la gente de aquí es muy chistosa: uno no puede, como quien dice, “darles papaya”, porque ahí mismo le arremedan, y eso son qué carcajadas entre la gente; por ejemplo, a doña Isabelita, cada vez que se encontraba a alguien, así no sea fin de año, dice:

— Buenos días; feliz año, don Bernardito, feliz año.

Por eso esa gente, cuando saluda, se acuerda de esta humilde mujer y dicen “feliz año” en cualquier mes; lo mismo pasa con don Jacinto: él, como pa’ echar cuentos era:

— ¡Si me da un pan, le echo un cuento! —, era gustosísimo por el pan; por eso lo dejaron de “Jacinto deme pan”, y a las personas que les gusta o exageran les dicen “Jacintos”.

Lo mismo con un señor que acostumbraba a pararse en frente de la gente y no la dejaba ver; por eso, cuando alguien se paraba en frente de alguien, le decían:

— ¡Quitáte, José Castillo, dejá ver!*

De esta manera, la gente se divierte; por eso, salen al encuentro los días domingos y los que corresponden a las fiestas y las celebraciones importantes para la comunidad; sin embargo, también hay gente que vive en el monte, en lugares en los que no conocen ni las plazas de los corregimientos o los municipios; viven alejados; por ello, un hecho, que cuenta don Bernardo Enríquez, da cuenta de que hay gente que nunca ha salido de su propio hogar, quizá porque han tenido sus pequeños cultivos que les han dado para el sustento diario y no vieron la necesidad de salir hasta el pueblo:

No, pues, antes, como los caminos eran de a pie, nadie conocía de caballos, menos de carros, pues; pero, en esos tiempos, el primero que llegó a tener caballo era yo, por eso facilitaba para ir al Pedregal, a Cachaco, a todo lado pues; un día, saliendo de El Pedregal, salió un hombrecito, que había estado escondido en la hierba, y cogió y se arrodilló, con el gesto de respeto y admiración; ¡cómo no sería el asombro de ese hombrecito chilposito!, se notaba que era ermitaño. ¡Ay, la vida es dura: unos sufren de una manera, otros de otra!

Este era el asombro causado por ver a alguien montado a caballo, porque, a lo mejor, había convivido en un ambiente donde todos andaban a pie, por ende la humildad o, en el fondo, una reacción traída de la conquista, cuando los indígenas, que nunca habían visto a gente a caballo y armada. Desde entonces, en las fiestas de los pueblos, se realizaban procesiones a caballo.

En aquellos tiempos, la energía eléctrica era algo que tampoco existía en la mente de las personas; afirma don Bernardo Enríquez que les tocaba alumbrarse en la oscuridad con “hachones”, que eran unas mechas dentro de un frasco de petróleo, pues eran más económicos; si no se usaban las veladoras; cuando llegó la energía eléctrica a Cacique, que

* Zacarías Enríquez, 65 años, Cacique Bajo.

fue por allá en el año 1986, las personas empezaron a dejar en desuso muchas cosas, entre ellas los hachones, que remplazaron por la energía eléctrica, y las tulpas, que las remplazaron por las estufas y los diálogos por la televisión.

Pero mucho antes de que llegara la televisión a los hogares de Cacique, ya existía la radio; los primeros aparatos radiofónicos llegaron, según cuenta don Bernardo, en los años 70, eran de marca “Sutatenza”, y también venían con la frecuencia de una emisora, la Radio Sutatenza, que hacía emisiones radiales desde Sutatenza, un pueblito del Departamento de Boyacá. Con los años, empezaron a sintonizar otras emisoras, una del Ecuador (la Radio Zaracay, de Santo Domingo de los Colorados), y otra de Sandoná, llamada “Ecos del Guáitara”, en la que se difundían noticias de orden cultural, político, fechas y productos de la cosecha, y los fallecimientos.

Cuando llegaron las radios, la gente era pare oído a ver qu’ es que decían; eso era hombres en la cosecha y ahí con sus radios, mujeres en las concinas y ahí con sus radios, o caminando de regreso a las casas, la radio pegada a la oreja.

Eran muchos anuncios los que se daban ahí, y, no ve que antes, ¿cómo uno se enteraba de las cosas?; entonces, ahí uno anunciaba que fulano de tal había fallecido: entonces, la gente ya iba a velorios y el entierro; cuando se hacía entejes o cosechas, o las mismas fiestas, era ahí que se anunciaba.

Yo me acuerdo que cuando un trabajador venía de Pasto a ver el acueducto para Cacique, decía en la radio: se solicita que lleven dos acémilas para ir a recoger a Las Plazuelas al señor fulano, que va de visita a las veredas de Cacique; entonces, ya nos poníamos de acuerdo quién prestaba las mulas.*

De igual manera, había un líder, designado por la Junta de Acción Comunal de Cacique, que andaba notificando, de casa en casa, las fechas importantes, como el inicio de año escolar, o cuando era tiempo de cosecha, afirma don Bernardo Enríquez.

Ahora bien, en el dialecto nariñense, existen muchas palabras de raíz quechua, palabras que aún en el diario vivir han permanecido, como es el caso de una moradora de Cacique que, a raíz de que un nieto pequeño apenas comenzaba a caminar, ella utilizó una expresión como: ¡Achalay, cómo ya camina!; al preguntarle sobre otras palabras de ese estilo, dice que:

La piedra para moler ají se la conoce como churume, y la chiquita, con la que se muele el ají, se llama guagua. Para la chicha, se la llena en puros, quillo mate, o también llamado pilche. Las canastas, donde remojaban el maíz o lo ponían a escurrir, antes de poner a remojar el maíz, lo ponían en bateas y, de ahí, lo echaban a la canasta o el chinde, le decíamos. Para cargar la comida, era en guambias o jigras ralas redondas, sin cuenda; eran así, como una pelota. La mujeres de que no sabían cocinar, le decían la carisina; eso tenía que hacer de todo, jamás estarse quieta; si los trastes estaban lavados, tenían que preparar sea un sancocho, o sarazo, o ir a traer agua en un pilche; lo mismo, si era muy rizado el pelo, les decían a los hombres chirapos, y cuando se les alborotada los churos, llevaban chuta o sombrero.*

* Bernardo Enríquez, 79 años, Cacique Alto.

* Susana Acosta, 74 años, Cacique Alto.



Figura 5. Los “puros” para llevar la chicha a los lugares de cultivo.

En otro contexto, las formas de vida, en el entorno escolar de aquellos tiempos, se contemplaba hasta tercer grado de primaria; cuentan que la forma de enseñanza la impartían con preceptos ecológicos, de la defensa de la tierra y del respeto y los valores, tanto en la casa como en la escuela, el reconocimiento de las relaciones cotidianas, y, a pesar de que, en aquel tiempo, los roles de una mujer eran muy marcados, como la forma tradicional del hombre es para la tierra y la mujer para la cocina, el hecho de que existieran más mujeres que hombres en las escuelas da cuenta de su inclusión, como en el derecho a decidir; les enseñaban el tejido a las mujeres y, mientras lo realizaban, decían oraciones o coplas.

Lo cierto es que antes de dirigirse a las escuelas, tenían que dejar cumpliendo primero las labores que les habían asignado en el hogar, como ir a acarrear agua tres veces desde los nacederos o aljibes, y traer tres viajes de leña o de chamizas.

Así, doña Susana Acosta relata que un solo profesor o profesora enseñaba en un salón a más de 70 niños y niñas, y recibían siete materias; en la escuela, la disciplina la concebían de una forma muy drástica; los profesores tenían el derecho a castigar físicamente, si era el caso, a sus estudiantes.

Cuando nos portábamos mal, o no nos entraban las matemáticas, nos pegaban con unas varas, que las sacaban del morochillo; nos hacían arrodillar en el maíz desgranado y con dos piedras en las manos; esos eran los castigos que se daban en las escuelas; cuando nos olvidábamos la lección, esa profesora bravísima nos pegaba en la cabeza con esa varas, que pegaban durísimo; un día le sacó sangre de la cabeza a una compañerita, que no le entraban los quebrados; al otro día era una oración en latín, que teníamos que rezar, y donde no dijeras bien, tenga tu varazo en las manos; estos castigos también eran en la casa: algunos papases hacían arrodillar en maíz desgranado, y siete fuetiadas, o con manilas.

Cuando se cometía falta de robar o mentir, le hacían raspar la candela con las manos tres veces, para que recuerde que eso, en la otra persona, arde.

En aquella época, los docentes, antes de empezar con la enseñanza de las matemáticas, el español, la geografía, la historia, etc., inculcaban prácticas religiosas, una forma de recordarles su Dios; para ello, recuerda Susana Acosta que le decían:

En cuanto Dios, está en todas partes... Y un niño le dice a su maestra:

— ¿En la candela también?

— No, chichuy, se quema —. ¡Qué risadas en esa escuela!

Volví a repetir, bravísima, que en cuanto Dios, está en todas partes, ¿y en cuanto hombre?

— En cuanto hombre, en dos partes —, tenían que responder los niños, — en la vida y la muerte, y en el Santísimo sacramento del altar.

Los estudiantes llevaban los materiales en talegas o jigras; constaban de unas pizarras y un borrador; la plastilina la sacaban de una tierra roja que se moldeaba fácilmente; contaban con materiales improvisados, como, por ejemplo, el pegante lo reemplazaban por la planta llamada pillo; para escribir, el lápiz, lo improvisaban con un palo, que le decían “el silbador”; el aprendizaje era prácticamente haciendo uso de la memoria, empezando porque en las pizarras se escribía, se memorizaba y se borraba.

Un suceso importante es cómo los caciquenses vieron la necesidad de apoyar a los hijos para que encontraran un lugar, diferente al de la casa y el trabajo, pues debido a las funciones que debían desempeñar, con los hombres dedicados a la tierra y las mujeres a la cocina, debían tener la oportunidad de acceder a una escuela, para lo que habría que crearla, contando con el apoyo de quienes ayudaron en el desarrollo de esta alternativa, que hoy se ha convertido en una necesidad para apoyar el progreso, la mejora de un territorio, la educación y la labor que hacen los profesores por sus estudiantes.



Figura 6. Pizarra, perteneciente a Rosa Fajardo, en la década de los 20.

2.6 ENTORNO DE VIDA: LA COSECHA

Gran parte de las comunidades indígenas campesinas sobreviven gracias a las técnicas de cultivos, porque la actividad del agro es la principal fuente de sustento diario y económico; la cosecha tiene un elemento fundamental, que es la unión. Se preparan desde muy temprano y llevan en sus guambias grandes cantidades de chicha, para calmar la sed, para tener la energía y la fortaleza para estar trabajando todo el día, hasta cerca de las cuatro de la tarde. Si se presentaban cosechas grandes, en lugares alejados de sus hogares, construían casitas de madera o bahareque cerca de los cultivos y se quedaban durmiendo ahí.

Trabajar la tierra, como una labor colectiva de hombres, de mujeres y sus hijos es quizá la primera actividad que les inculcaban desde temprana edad, pues cuando eran pequeños les decían: “venga, hijo; vamos a trabajar juntos la tierra”, una forma de enseñar y de aprender lo más significativo para ellos, que consistía en ganar el sustento diario, en trabajar en la vida y para la vida, aceptando la diversidad como una riqueza, que es una idea muy vinculada con la idea de territorio.

El proceso de la búsqueda de “cogedores”, cosecheros o cosechadores, en el tiempo de la cosecha, en tierras caciquenses, era en el mes de agosto. Este proceso de cosecha tiene otros elementos que hacen la unidad; a las mujeres se las designa para que preparen las grandes

ollas de comida, alisten la chicha, el mote, el ají; la chicha se la pone a fermentar en una olla de barro y luego en un puro.



Figura 7.Cultivos de café, ubicados en Cacique Bajo.

Con las tusas como combustible, las mujeres empiezan a pelar el maíz, que hierve en medio de la ceniza, en la tulpa; luego se lava cuidadosamente en arnés de lata y se pone en agua para seguir el ablandamiento; al día siguiente, el mote queda blanco y suave, y se lo pone a escurrir.

En cuanto a la cosecha, es el espacio donde se compartían las penurias y las alegrías del año; se hablaba de acontecimientos de la vida social, de las familias; es el más importante espacio vital, donde se han surgido los relatos, los cuentos, las leyendas, en este contexto de forma de vida, en una cooperación creativa de unos que comenzaban a halar de los relatos, que otros terminaban.

Existen dos entornos en los que estos imaginarios se empezaron a constituir: el entorno doméstico y el entorno laboral; en el doméstico, de las reuniones en la noche surgían las narraciones, junto fuego de la tulpa; y en las labores, para amenizar el trabajo e ir construyendo, a modo de creación colectiva, de parte en parte, se iban acomodando estos relatos.

En las cosechas, se capta una herencia que procede de los quillacingas, que adquirieron el conocimiento empírico para sembrar, en sistemas que van en ciclos lunares; así, los agricultores han llegado a saber cuándo y cómo van a sembrar, pues el propósito es realizar buenas siembras, lo que va a lograrse si los cultivos crecen y no se ven afectados por los cambios climáticos:

Para sembrar el maíz, en lo frío, era el 21 de septiembre, y, para tierra caliente, el 4 de octubre; para sembrar piña, el 11 de creciente, pa' sembrar cabuya el 11 de creciente; para castrar el ganado el día de la llena; esas fechas tocaba llevarlas, para que el ternero, en la llena, se críe gruesito y, faltando tres días, se crían más largos y altos; el maíz no tocaba en llena, porque se hace capacho, menos en lunes, de lo que toque; la fecha de los antiguas como que era san Mateo.

Para sembrar el maíz, en lo frío, era el 21 de septiembre: eso, era echar maíz como el putas; y, para tierra caliente, el 4 de Octubre; para sembrar piña y cabuya, el 11 de creciente hasta la llena; pa' castrar el ganado, el día de la llena, o faltando tres días, y la luna en la llena, se crían gruesitos; para desgajar el plátano, en creciente. Los días lunes eran prohibidos para la cosecha, porque el maíz se hace capacho.

Pa' cortar la madera es lo mismo: pa' los techos de los entejos, era en luna llena, 5 de menguante, y en luna tierna era malo porque se apolillaba la madera.*

Así, pues, de las buenas cosechas salen los alimentos, y la gastronomía es otro de los fuertes que caracteriza a la zona; cuando se goza de buenos vientos y una buena cosecha, están los platos típicos, como el sancocho de gallina criolla, el cuy, la diversidad de presentaciones que trae la planta sagrada del maíz, como la poliada, las arrancadas, los envueltos, las arepas de maíz, el afrecho, la mazamorra, el mote, etc., y no podían faltar el ñame y la arracacha.

2.7 RITOS Y CREENCIAS

Cada lugar y cada población viven con sus creencias, saberes tradicionales y símbolos, que se vuelven parte de la vida y del comportamiento, como explicaciones a fenómenos naturales, sobrenaturales y “agüeros”, que se han dado, según los habitantes de Cacique, pues creer en estas cosas es aceptar que el mal también existe; muchos de ellos lo afirman, cuando dicen: “así como hay Dios, también hay diablo”.

Entre las creencias, una es que creen en la cruz de mayo, que consiste en que, cada tres de mayo, las huacas arden: para el que desea que la vea, la huaca misma le alumbra; dicen que se ve un amarillo resplandeciente y algunos aseguran que han visto al rey de oro, en las tumbas de Cacique Bajo.

El rito es una norma de la sociedad y un mecanismo para posteriores acciones, que se quiere conociese el grupo social en el que se vive. Un hecho significativo para las comunidades campesinas es la muerte; en muchas culturas, la muerte puede interpretarse y

* Bernardo Enríquez, 79 años, Cacique Alto.

sus consecuencias asumirse de diferente forma; las creencias que surgen, los ritos, los símbolos son propios de cada cultura; en Cacique, la noción de la muerte se encuentra muy ligada a la religión.

Los ritos funerarios son parte esencial de un proceso de preparación para la vida en el más allá; se vinculan con un conjunto de creencias y supersticiones que se han creado para encontrar algunas justificaciones propias y algunas explicaciones de la muerte y su presencia en la vida humana, un conjunto de prácticas que obedece a la participación de todos y a algunas disposiciones desde lo cercano a lo más lejano.

Las creencias y los símbolos en relación con los funerales obedecen a una serie de concepciones que se tiene sobre la muerte; diversas culturas han concebido, en su pensamiento, prácticas respecto a la preparación de sus muertos; un ejemplo de ello se halla en la *Ilíada* de Homero: según el poeta, cuando Aquiles murió, le pusieron sobre los ojos unas monedas, lo que resultaba simbólico, pues era para que, en su camino hacia la otra vida, le pagara al barquero del Hades.

En este contexto, en Cacique, un hecho muy importante consiste en poner un vaso de agua mientras dura el velorio, puesto que existe la creencia de que el difunto tendrá sed y tomará del agua; como también se piensa que el agua es un colector de energía y hará que los demonios y quienes se quieran apoderar del muerto en forma negativa no lleguen hasta su cuerpo, donde todavía reposa el alma, sino que las energías caerán al agua, que va a operar como un objeto protector:

Los velorios: antes, a los muertos los vestían con mortaja y en la cintura les amarraban un cordón en forma de rosario, para que en la otra vida, si no puede rezar el rosario o se encuentra en momento de oscuridad, tenía el cordón para que vaya rezando el rosario, y ahí aprende las diez vueltas, y era de piola; ahí va contando, en cada vueltica, un Ave María. Más antes, en un entierro que estuve yo, ¡qué nos costó llegar al panteón con un difuntito que parecía que no nos dejaba, eso se hizo cada vez más pesado ese ataúd!, y dicen que es porque el muerto sabe que lo van enterrar.*

Las velas también cumplen un papel importante, puesto que si aquel al que velaron no tuvo la suficiente luz, el muerto va a apoderarse del sueño de una persona y le va a pedir, desde el más allá, que le prenda una vela.

En estas ocasiones, la atención a los acompañantes es esencial; para ello, se preparan los cuyes, las gallinas, la carne de res, que va a consumirse durante el velorio, que tiene una duración de tres días, pues así como han ido a las fiestas y a las reuniones, también es fundamental, en Cacique, ir a los velorios, donde le muestran un profundo respeto a un hermano más que ha partido de este mundo.

*Leonor Figueroa, 70 años, El Charco.

Asimismo, en los velorios contrataban a las rezanderas, que eran unas mujeres que tenían que rezar el rosario durante toda la noche; además, es diferente el velorio de los niños al velorio de los adultos, pues si se muere un niño, es prohibido llorar, ya que se cree que, como todavía no se había contaminado con el mundo y no era un pecador, el niño se iba directo al cielo, pero si las personas lo lloraban, al niño no lo dejaban entrar al cielo.

En el caso particular en que el marido muriera, su esposa debía cumplir con unos preceptos morales y con unos parámetros de la conducta humana y, sobre todo, no sólo debía tener en cuenta el año que tenía que “aguardar”, que consistía en que debía llevar el luto, que se veía en su manera de vestir y de actuar; el ejemplo de unos buenos preceptos morales es el “portarse bien”, por lo que, si se cumple bien con el ritual, el difunto va a poder descansar en paz; de lo contrario, algunos aseguran que él va a venir a atormentar todas las noches a la viuda.

Al cabo de un año se realiza una misa, donde se ora por el muerto, se sigue pidiendo por su alma, se reza un rosario y, al terminar las oraciones, si la viuda quiere seguir guardando luto, no hay baile ni ella cambiará su ropa de negro; de lo contrario, ella es quien baila la primera pieza y quien cambia el color de su ropa al rojo, símbolo de que el difunto podrá irse en paz y que el lazo matrimonial ya se rompió, porque, como el padre dice, cuando nos casa: “hasta que la muerte los separe”.*

En los cementerios, o el camposanto, es común ver que hay lápidas alejadas o muy al borde del camino; pues, allí entierran a niños que murieron sin ser bautizados; eran considerados, entonces, niños aucas; “auca” es término para decir demonio, por eso lo entierran en la parte posterior de la pared del cementerio, o en el terreno aledaño al hogar de origen.

También existe lo que llaman “aves de mal agüero”; se habla principalmente del cuscungo, un ave que, con su aparición, es símbolo de muerte, y aparece repentinamente en los caminos solitarios; dicen que ataca sanguinariamente a quienes imitan su chillido, pues sostienen que es un chillido particular y muy atrayente; es un ave que trae consigo el presagio de la muerte.

Otras creencias se basan en el aullido de un perro en las noches; podría pensarse que lo que ve este animal es los pasos que recorre la persona tres días antes de morir; lo mismo ocurre cuando una gallina cacarea en la noche, pues afirman que es porque la muerte le ha llegado al hogar o a quien estuvo más cercano a la casa.

Las creencias y los ritos son muy importantes; la idiosincrasia que los pueblos establecen colectivamente rige su forma de vivir; son muchas las formas de ritos que existen; en el caso de la Semana Santa, a la que se la considera como la Semana Mayor, las personas cumplen con unas normas para llevar a cabo su propio ritual.

* Emma Guerrero, 61 años, Cacique Bajo.

La Semana Santa es una costumbre que aún pervive; Cacique, como las veredas, municipios y corregimientos aledaños, son católicos; se hace llamar la Semana Mayor, semana que se dedican al reposo, a la oración, a las confesiones, bendición de ramos; es muy característico ver las procesiones que se hacían para dirigirse a Robles, El Tambo o La Florida; la gente a pie iba con tal de participar de las prácticas de la Semana Santa.

La Semana Santa era de mucho respeto: no se podía pelear, tener problemas; para recibir la Semana Santa se aprontaba todo, la leña, la hierba, todo, para no más de servirlo, pues era una semana dedicada al rezo; me sabían contar, más antes, que si se cortaba leña, salía sangre, porque brotaban los pecados por la madera, o cuando molían el maíz, choreaba. No se podía decir malas palabras, o responder a los papases, pues las palabras eran sagradas, era una semana de reflexión.*

Una práctica que se tenía en Semana Santa era que, por parte de las familias que tenían mayor fuente de ganado, obsequiaban leche a las personas de escasos recursos; cuentan que sabían llegar familias largas a recibir, de casa en casa, la leche, los quesos, la cuajada, el calostro.

Creencias, como aquella que habla sobre la conversión de las personas en peces si se bañaban dos veces en el día en Semana Santa, eran muy comunes de oír, o que si las personas tenían relaciones sexuales, se quedaban pegadas; estos eran unos preceptos creados y muy seguidos al pie de la letra, porque de otra forma no se podría conciliar la fe a lo largo de la semana. Por último, cuentan de un suceso verídico, sobre el niño enterrado por haber robado cinco centavos en Semana Santa:

Decían de un niño que se había corrido porque lo iban a castigar, por haberse robado cinco centavos; en esas, se burló de la mamá y empezó a correr; dizque la tierra se abrió y se lo tragó, había quedado la manito alzada no más; fue donde un sacerdote y le dijo a la mamá de ese niño que coja una mata de ortiga, le dé en la mano al niño, así podrá irse en paz; así fue y el niño dizque bajó la mano y nadie lo pudo desenterrar; eso, no se podía ser desobediente**.

Las creencias y los conocimientos heredados venían más que asignados por las personas mismas; más que por donar los saberes, los secretos, las oraciones de abuelos expertos en la medicina tradicional, la sabiduría popular de esta medicina es importante si, con el secreto de la palabra y el poder de las manos, la persona encargada de esta labor se ocupa de regular los rituales de acuerdo a sincretismos puestos en práctica en pro del bienestar del enfermo y en relación con la naturaleza, con la facultad de ayudar a las personas con mandatos teórico-prácticos que no tienen otro origen que el de los conocimientos empíricos.

Se habla de otros ritos de la comunidad, que buscaban encontrar un alivio al cuerpo y al alma, como sucede en el caso de los espantos, que representan una condición patológica, que están presentes en muchas regiones del mundo; de igual manera, las diferentes denominaciones obedecen a los patrones culturales e idiomáticos que se dan en cada lado.

* Mariela Alvear, 57 años, Cacique Alto.

** Bernardo Enríquez, 79 años, Cacique Alto.

En este lugar, existen múltiples historias de espantos que enferman a la gente; aquí se retrata cómo utilizan el saber andino para curar a una persona de síntomas, como aquel de estar poseída por algún ser sobrenatural; para ello se empieza con unas oraciones, unos cantos, mientras con sus manos el sabedor bendice las plantas.

En uno de esos caminos se encontró a una ancianita, muy reconocida, a la que llaman “hierbatera”; ella es doña Balbina y así cuenta el procedimiento:

Yo, toda mi vida, he curado de espantos a mucha gente; vienen los niñitos paliditos, decaídos, y caídos el cuajo, por eso yo les hago el secreto, que es con ruda, y hay esas hojitas gediondas, la suchapanga; hay que limpiarlos y se masca tabaco y se los soplaban con el aguardiente; se los cura también con las ramas de la altamisa.*

Para curar de espanto, doña Balbina pone en la tulpá a los niños, les pone la ruda y el romero, y les dice;

— Vení, vení a tu casa, no se vaya al monte, anda a dejar el chuta al duende.
— Ángel Luz Bel, del cielo has bajado, por tu soberbia mi Dios te tiene castigado —, y es para que se corra el duende; a veces les pega espanto del duende, de la Vieja.

Para curar el espanto, tienen que ser tres días; cuando es de espanto, las personas no pueden dormir, les duele la cabeza, y los llegan a jalar en las noches; a los niños que están con espanto, se les cae un piccito; luego se los iguala; se dice que esto es cuando están descuajados:

El cuajo dizque es una cosa que se les cae, les da diarrea, vómito; les acomoda los pieses, y les saca ají, les amarra el ombligo; los piccitos son desiguales cuando están descuajados, se les echa el aguardiente.**

Entonces, al niño lo deja “virnguito” en la cama y le pone los tres ajíes, pero que no les haya cortado el rabo, y le pone uno en la cabeza, otro en el ombligo y otro en la parte baja del vientre y, en forma de cruz, y les dice: “paripari, puja puja”, y para arriba y para abajo tiene que hacerles rodar el ají en forma de cruz.

Los que llegan enfermos de espantos cuentan que es porque han visto cosas, porque han sentido ruidos; la vista de un espantado es decaída, el rostro es pálido.

La oración y el secreto que de ella proviene, según las personas que saben curar con esta medicina tradicional, primeramente vienen a ser enseñados, y no cualquiera puede tener estas facultades y dones; así lo expresa una habitante de Robles* que, en el momento de curar, primero hace su oración en latín:

* Balbina Mera, 84 años, Robles.

** Mariela Alvear, 57 años, Cacique Alto.

* Leonor Figueroa, 70 años, El Charco.

*Magnificat anima mea Dominum,
et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo,
quia respexit humilitatem ancillae suae.
Ecce enim ex hoc beatam me dicent
omnes generationes, quia fecit mihi magna
qui potens est, et sanctum nomen eius,
et misericordia eius
ad progenie in progenies timentibus eum.
Fecit potentiam in brachio suo,
dispersit superbos mente cordis sui,
deposuit potentes de sede,
et exaltavit humiles,
esurientes implevit bonis,
et divites dimisit inanes.
Suscepit Israel puerum suum
recordatus misericordiae suae,
sicut locutus est
ad patres nostros
Abraham et semini eius in saecula.*

Traducida la oración, en palabras de Leonor Figueroa, es:

Magnífica y en grandeza
y mi alma con grande amor,
Señor de cielos y tierra,
mi Dios por ser mi creador
y yo por ser su criatura
el cielo me redimió,
a eso humildes gozos
de mil bienes los llenó,
le doy las gracias al Padre,
Él nos ofrece el perdón,
convirtiéndose en cariño
y en piedad de su rigor.

Esa oración es para las cosas malas; cuando se les aparecen muertos o cualquier mal aire, se ponen los ladrillos en la tulpá y ahí se le echan los remedios para curar de espantos a los niños:

A las horas del Santísimo,
mi Dios que fue mi creador
me libre de todo peligro,
me libre del enemigo
y me lleve a su poder
por ser la gracia divina
del divino redentor,
me acojo a sus santos brazos
y le pido su perdón.

Se igualan los piecitos, se hace el humito y se los llama. Para curar el mal viento, también era con hojas hediondas, yesca, porque de que la mala hora existe, es una realidad que

todos procuran no vivir. La oración para curar este tipo de aires, causados por encuentros con espíritus en horas en las que no se debe andar, es:

Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal,
ten misericordia de nosotros
y del mundo entero,
Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal.

Las creencias y los ritos también se viven en los partos, que se llevaban a cabo según convicciones y habilidades que se requería para ello; en ese entonces, a las mujeres que atendían los partos las llamaban “parteras”; cuando la mujer iba a dar a luz, se arrodillaba y se tenía, colgada de unos lazos amarrados en el techo de la casa; la partera preparaba la venida del nacido; en el cuarto donde se estaba llevando a cabo, sólo podían estar mujeres, ya fueran las madrinas, las cuñadas, las hijas, las hermanas o las suegras; si al nacer un niño varón se le daba aviso inmediatamente al esposo, y él iba a enterrar la placenta de la mujer a la huerta, según creían, el niño iba a ser un buen trabajador; si, por el contrario, daba a luz una hembra, se le daba aviso un poco tarde al esposo y él también iba a enterrar la placenta en la tulpa, pues creían que así iba a ser una buena mujer.

2.8 FIESTAS Y ENTEJES

Para las personas de esta región, la fiesta es un encuentro consigo mismo y con los demás miembros de su comunidad, espacio donde se muestra todo: el valor de la amistad, el respeto por las costumbres establecidas desde hace muchos años, el mantenerse unidos en la tradición y, al ser así, sabían acompañar sus fiestas con juegos, con castillo y vaca loca.

En lo tocante a la fiesta del enteje, consiste en una serie de acciones encadenadas que llevan a una familia a la construcción de una vivienda en un lugar donde puedan vivir y ser aceptados como dignos miembros de la comunidad y, para ello, preparan chicha en gran cantidad; de las personas que llegan a ayudar al enteje, unas traen el cuy, otras la gallina y otras el aguardiente; apenas terminado el trabajo, se dispone la música; entonces, hacían rondas y daban las bendiciones a los que iban a vivir en la casa, para que tuvieran una vida próspera. El enteje es una manifestación de un entramado colectivo, que termina con la colocación de la cruz, para favorecer de todo mal a las personas que allí iban a vivir.

Otro acontecimiento era la unión matrimonial; al respecto, dice don Bernardo Enríquez que se realizaba, en la casa del papá de la novia, un acto de solemnidad en que el padre de la novia se encargaba de hablar con la pareja de novios y les decía lo malo que tiene el matrimonio:

Cuando celebraban los matrimonios, llegaba la pareja a la casa del padre y, con los padrinos, relataban larguísimo, haciéndoles ver todo lo que les iba a pasar; eso era arrodillados, y lloraban de toda la responsabilidad que se les venía, lo bueno y lo malo; era hacer romper con el esquema de un matrimonio feliz, en el que no habrán problemas. También se daba acto al

recibimiento de los padrinos de matrimonio, que son los compadres, puesto que elegir quiénes serían era cuestión de selección, pues son los compadres quienes, en momentos de dificultad de la pareja casada, aconsejan y entran en apoyo en pro de una sana convivencia matrimonial y del no quebrantamiento de este compromiso.

Los novios, cuando llegaban a la casa de los compadres, lo hacían a caballo, era una fiesta de los novios de a caballo, decían que era una especie de caballerías.

Las fiestas son el principal ingrediente de aceptación para que las personas mostraran que eran dignas de pertenecer a una comunidad y participar de ella, un gesto de hospitalidad al compartir con comida y aguardiente, un pretexto para hablar, reír y contar la vida, en compañía de las guitarras, las guarachas y la carrasca.

El baile tiene su razón de ser, pues constituye estrechos vínculos en las comunidades, para ir construyendo y encontrándose con una identidad e ir consolidando el respeto por las diferencias, como base para una cultura. Así, se habla, por ejemplo, de que:

Con una comparsa llamada Los danzantes, quienes portaban cintas de colores, turbantes, capas, en los tobillos chilindrines y en una de sus muñecas colgaban una trenza de fique que, según el tejido, era símbolo de autoridad, el capitán utilizaba un pito para dirigir las diferentes figuras de la danza mientras acompañaban con ritmos entonados por músicos de la región.¹⁰

Se encuentran diversas simbologías en los ritos y las danzas, todo adquiere un conocimiento único de cómo se crea, conocimiento que se ofrenda en una suerte de tejido, que sólo se hace por las rutas que señalan un camino y así se forma la palabra que nace del fervor de un corazón

El baile de la cinta es una distinguida danza que, de tradición en tradición, ha mostrado la importancia de tejer y destejer las cintas, para así representar múltiples significados y sentidos sobre el porqué de este entramado cultural.

Sobre este asunto, Leonor Figueroa relata que:

El baile de la cinta fue traído de Matituy, que era corregimiento que limita con el municipio de El Tambo y el corregimiento de Las Plazuelas; lo bailaron por primera vez el finado Aurelio España, la finada Florinda, don finado Paulino; tocaba tejer y destejer y con todo el sentido del caso, para no equivocarse. El baile de la cinta se lo realizaba el 6 de enero; se la empezaba a tejer de allá arriba y baja y baja, y acórtese y acórtese la cinta, en forma de zigzag; luego la destejía y la volvían a tejer, pero al sentido contrario.

También existían otros bailes tradicionales, que consistían en que ponían en el centro una paila, como una de esas bateas grandotas que servían para hacer comidas para los bailes o para amasar la masa de harina, la llenaban de agua y ahí ponían un calabazo y, eso, cogían

¹⁰ Aurelio Muñoz. *Op. cit.*, p. 156.

unas varas y le daban al calabazo y daban la vuelta y bailaban la música, y a ese son bailaban.



Figura 8.Baile de “La cinta”, realizado en la escuela de Cacique Bajo.

Con música muy relacionada con La guaneña, cuenta Leonor Figueroa que, franela en mano, el follado en la mujer, los hombres con antiguos pantalones de paño, el sombrero y las alpargatas, elementos como el matrimonio y, por ende, los compadres, son costumbres que tienen arraigadas en su forma de concebir los lazos sociales, por ello, respecto a los últimos:

Al recibimiento de los compadres, eso era así, con música; la primera pieza la bailaban el compadre de casa con la comadre de afuera, y viceversa; el finado Asencio era uno de los músicos, el finado Lorenzo era otro; los músicos se acompañaban y la música era al son de maraca y el puro en el agua, y eso, conforme el agua daba la vuelta, la batea subía y pampeaba y eso era una música, pero qué linda, y eso era el preámbulo, hasta que llegaban los otros músicos, que eran los que tocaban música de cuerda, bombo, maraca.

Las mujeres bailaban y, con las chalinas, envolvían a los hombres; después, la mujer se arrodillaba y el hombre le bailaba, con una pañoleta roja que tenía en el cuello.

2.9 EL DESFILE DE LOS “MONOS” Y LAS MÁSCARAS



Figura 9. Tradicional recreación de los “monos”, ilustrada por Fabio Males.

Así llega la procesión de los disfraces, las máscaras y los personajes que bajan de las montañas; la gente se congrega en la plaza y se abre espacio para la burla y el reconocimiento; allí van los monos: unos diablos vestidos de rojo y de costales, van con sus caretas; ¡ruggg, ruggg! braman en los oídos de quienes están despistados, fatigados, aburridos y no gozan con su representación; el duende, con su sombrero y la guitarra en la mano, va componiendo canciones a las muchachas, que se sonrojan; luego aparece la Vieja,

que sale a bailar con sus dientes enormes, torcidos y con su pelo alborotado; grandes gritos pega al aire cuando aparece el diablo y baila con la Vieja p'allá y p' acá; el diablo trae en sus manos la botella de aguardiente y la Vieja la chicha en los puros, toman y parecen emborracharse con desmesura, ¡juazz, juazz!, los fuetes al piso, que parecen vejigazos, hacen sonar los bastones y las palas en el piso, sonidos indescriptibles se difunden por el aire, sacan a bailar a los espectadores, y asimismo La Llorona grita: “¿Dónde está mi hijo?”, en medio de una fusión que, con el bombo, la guitarra y la carrasca, va cantándole al campesino, mientras que los espectadores, sorprendidos, se preguntan de quién es el rostro que esconden las máscaras, pues la gracia está es no verse descubierto, en encubrir la identidad, en tanto la gente, que feliz observa semejante espectáculo, le dice a sus hijos: ahí va el duende; otro dice: ahí va la Vieja, el diablo, los monos, y así van haciendo memoria de sus historias sobre los personajes legendarios que se recrean un 31 de diciembre.

De esta manera, cuentan como recuerdan que se preparaban para dar un espectáculo memorable para todos los habitantes:

Para el 31, se vestían de diablos y las caretas o antifaces era hechos con puro o sacas de costal, de esas sacas de cabuya; a los disfraces se les ponía rabos; más antes, la vejiga de las vacas, que tienen, la secaban en la tulpa y se hincha del calor, quedan pesadas; esas eran el perrero de darle a la gente cuando era hora del baile, y ¡juazz!, a la gente con eso, y a la que no quería salir a bailar le pegaban un vejigazo; ponían a secar cabuya para ponerse de pelo la Vieja colmillona.*

Año tras año, las narraciones, que oralmente se escuchan, se convierten en disfraz, se hacen máscara, convergen en una fiesta sin precedentes; el miedo, la indiferencia, y las frustraciones a lo largo de un año se viven en un momento en que sólo cabe la euforia y la sonrisa de la gente. Algo también característico son las creaciones de letras relacionadas con la tierra, la vida del campesino, el desamor.

Las máscaras son la representación de la vida, de la raíz y lo popular, de las tradiciones que se sintetizan en un personaje festivo, tanto de las culturas indígena como europea, con la finalidad de que se goce la alegoría para que los participantes festejen, ríen. Re significan la memoria, la importancia de representar a los personajes que hacen historia, que viven en las piedras, en los árboles, en las cascadas en noches y días y que perviven en la memoria. Esos rostros hablan de viejos secretos, de la identidad del que se encuentra detrás de los ojos zumbos de madera.

* Vicenta Escobar, 46 años, Robles.



Figura 10.Discurso de “los monos”, en el que manifiestan las injusticias vividas durante el año.

Esta colectividad ha justificado una convivencia que expresa respeto, acogida, realidades, enigmas que se guardan detrás de las máscaras, a la vez que sirven como una apuesta para decir no a la violencia; así, se convive en un tiempo y en espacios para rechazar todo tipo de violencia, para vivir y convivir en el marco de lo que significa *ser parte*, que quiere decir aceptar la diversidad de pensamientos, de creaciones y de creencias.

Con el tiempo, los bailes cambian, se incluyen más atractivos, por eso los grupos de danza ahora van en conjunto con los denominados “los monos y los viejos”. Así, pues, la vereda de Cacique ha ido trazando su historia para vivir en adelante constituyendo diversas rutas de experiencia.



Figura 11. Grupos de danza y desfile de “los viejos”, en Santacruz de Robles. (2008).

3. CORAZÓN RELATOR

“En cada surco de piel que se nace en los rostros de los grandes abuelos se guardan y se viven los dioses nuestros. Es el tiempo de lejos que llega hasta nosotros. Por el tiempo camina la razón de nuestros antepasados. En los viejos más viejos hablan los grandes dioses, nosotros escuchamos.”

Subcomandante Marcos



Figura 12.Memorias de relatos entorno a la tupa. Ilustración de Fabio Males.

Cada día, al terminar las jordanas de trabajo y los oficios en Cacique, no encontraban mejor lugar que el calor y abrigo de una tupa; las reuniones alrededor del fuego abrazaban las noches estrelladas con su silencio y las voces de quienes contaban sus cuentos, historias,

leyendas y relatos; de esta manera se mantenían las tertulias: ¡A echar cuentos! era la frase para que los niños y los jóvenes se reunieran y empezaran a oír y a ver cómo se transformaban las palabras, así como las rocas casi ardían a la vez que se encendía un corazón, tocado por su pasado, pues las historias vienen de lejos, caminan por los años y las palabras se han quedado en boca de algunos, muchos perecen y habrá que viajar por otras memorias, y así la palabra oral, las narraciones orales han encontrado un íntimo lugar, con un fuego pequeño en un corazón que comparte grandes historias, jamás olvidadas.

Muchas de las circunstancias, aventuras, desventuras, consejos, etc., son el trasfondo de las narraciones encontradas en los relatos; si bien se cuentan desde el tapiz de un pasado, no se han quedado en el recuerdo de cartas, o lentes fotográficos, que captaron imágenes en blanco y negro, afín de cuentas son registros memorísticos que han captado un sólo fragmento de vida, sin embargo la memoria de estos relatos revela un diario de vida, un testimonio que ha de quedarse en las palabras que han de inmortalizar su esencia, con un sentido profundo.

Largas o breves historias han encontrado un corazón palpitante, relatos de las experiencias acaso ingenuas y sencillas, aunque se puede ver cómo muchas de esas narraciones han tocado a quienes compartieron unas mágicas palabras de los que se habían identificado en los caminos difíciles, en la carcajada surgida de las aventuras, o en las tiernas lágrimas que engrandecieron un corazón conmovido en la voz quebrada que ya no aguanta el llanto, todas estas experiencias incorporadas en la invención y reinención de relatos, por ello vitales, significativas y verdaderas historias para los habitantes de Cacique.

«Dicen los que saben» exclamaban al contar sus narraciones o para hacer remembranza de alguien que tuvo existencia en esta vida y se marchó llevando su memoria, de aquellos que no llegaron a ser antes, a oír antes, a conversar antes. Muchas de esas palabras surgen de personas que a veces son libros abiertos que aún dicen su historia, y ya otros han cerrado ese libro de la vida y, con su partida, se han llevado un tesoro que desafortunadamente no alcanzó a hallar lugar en la escritura.

Muchos de los acontecimientos en el diario vivir ocurren y tienen algún sentido; paso a paso hombres y mujeres construyen su vida en múltiples formas, de pensamientos y sentires, lo que ha llevado a cosas que día a día suceden, y resuenan en las primeras voces en las que la memoria y un pasado armonizan con una sola sonoridad.

En las voces, generación tras generación, existió y sigue habiendo una enseñanza para seguir un ejemplo, una apuesta contra el olvido y para que, en tiempos difíciles de violencia, cuando la única salida pareciera ser el silencio, se abra una alternativa que en descubrir un corazón y sólo callar y que únicamente una voz sabia se dejase oír para que

comparta y enseñe de otro modo los preceptos de la vida, así como otros la entendían, y que ahora han decidido difundirla como otra forma de enseñar a través de los relatos.

Existe una razón fundamental para emprender una búsqueda de los saberes denominados cuentos, mitos, relatos y leyendas, pues estos elementos se convierten en portadores de un conocimiento que comienza y construye un camino; son un conjunto de saberes que va más allá de unas certezas y se convierte, en cambio, en un inicio con la mayor de las expectativas y los posibles interrogantes. La recopilación de una gran variedad de narraciones, en su expresión primaria, se comparte, en un encuentro con la palabra, de viva voz; confluyen los moradores y los caminantes entre los que, sin saber, algunos tienen una memoria que no ha muerto, se ha eternizado y posiblemente se inmortalice, pues son integrantes de un pueblo que, como todos, tienen una historia, lleva sus días y guarda sus recuerdos, con cada elemento, cada palabra, cada cuento, cada relato, o como se lo quiera llamar.

En las frías noches, se ha oído hablar de espantos y de muchos seres fantásticos, que hacen temblar del miedo a ciertas horas, en los caminos y en los lugares; las personas hablan de los que se aparecen y asustan, de los que hacen perder el rumbo, de aquellos que entran sin permiso y se las llevan y luego aparecen entundadas, en lugares de belleza y “encanto”, donde moran y de pronto aparecen; todo ello constituye un conjunto de lazos de relaciones con respecto a la naturaleza y a la vida, pues los espantos y otro tipo de seres están para proteger, para cuidar los espacios, los territorios hasta donde convidan la fantasía y la “realidad”, por lo que se crea, a partir de estas historias y experiencias que se comparten, un respeto, un profundo respeto por algunos lugares, como a veces también sucede con algunas de las conductas humanas.

En un corazón entrañable se perfilan los márgenes de una vida, cuyas historias atraviesan fronteras con el solo hecho de hablar, en medio de la experiencia de un entorno rural, a partir de una andanza permanente llena de una vital fuerza en búsqueda de un encuentro, en el que se pudiera compartir su palabra, para lo que había que empezar por el principio: andar, recorrer valles, campos, ríos, entrar en las casas para oír esas historias ricas en expresiones, el juego con las palabras que hacen de su enseñanza un texto único, comprensible, que incorpora explicaciones sobre la vida en una polifonía de voces, con una musicalidad que tiene como facultad captar la esencia de las palabras en su contenido figurado y simbólico. Cuando las personas hablan y refieren éstos relatos lo hacen para evocar las palabras y las enseñanzas de antiguos sabios, por lo que ahora va a ser necesario callar y abrir el corazón para escuchar las palabras que arden en la memoria.

3.1 LOS CONSEJOS

Alrededor del fuego, junto al calor de una tulpá, el abuelo de ojos azules solía sentarse a platicar, con una ruana y su sombrero para resguardarse del frío de la noche, se sentaba a echar un cuentico, con lo que parecía que buscara y desempolvara en la memoria viejos saberes, al mismo tiempo que su compañera, una viejita de cabellos negros iba a traer unas chamizas, hacía el ritual de prender el fuego y, una vez lo lograba, después tomaba aire, ensanchaba sus pulmones para soplar con sus mejillas infladas; mientras tanto, el silencio que abría el abuelo era una señal de que algo importante iba a decir; cuando comienza a hablar dice que todo se le habrá podido olvidar con los años, menos los cuentos que, recuerda, le contaban de cuando niño; recuerda frase por frase, sílaba por sílaba, como si lo hubieran inspirado las voces perdidas del pasado, mientras todos se hallaban sumidos en las sombras de la noche, amparados por el fuego y acompañados por el sonido de los grillos, que empezaban a unirse a las palabras; entonces, había que mover los tizones y agregar más leña en la tulpá para que abrigue y entren en calor las palabras mágicas; en los ojos del abuelo se reflejan unas llamitas del fuego que arde en la mirada, narra con la seguridad de un testigo, frunce el ceño y, a medida que cuenta, toma un traguito de café; así, el abuelo dice que iba a empezar por una de las historias, de esas con las que la persona que sabe oír y descifrar se “gana el cielo”, no el que la religión ha prometido, sino el cielo en la tierra:

Póngale sentido a esto que le voy a decir—, decía, —el buen obrar con tres consejos; mi Dios ha dejado la cabeza pa’ pensar, las manos pa’ trabajar y las piernas pa’ moverse en el mundo, por eso le contaré el trueque entre la riqueza que sólo es plata, o se lleva los tres consejos; póngale sentido.

Que era una vez que había un joven pobre, bien pobre; él se casó, pero al poco tiempo se fue a buscar trabajo en otro lado, para conseguir dinero; se perdió mucho tiempo, cerca de treinta años, y la mujer había quedado embarazada; él no lo supo.

En el tiempo que estuvo trabajando, le había sido fiel a un solo patrón; al tiempo de lo que se fue, le dijo que lo liquide; ya era tiempo de volver a ver a su mujer. El patrón le dijo:

— ¿Te vas?

— Sí, me voy para mi tierra.

El patrón había lleno tres cargas de plata.

— Esto es lo que has ganado en el tiempo que has trabajado para mí —, le dijo, pero le hizo una propuesta: si se lleva las tres cargas de plata o tres consejos; el joven dudó, pues la propuesta era muy ambiciosa; pensaba y pensaba.

— Deme el primer consejo, a ver si me animo —. El patrón le dijo: — «Rodear y no rodar» —; el joven se quedó pensando.

— Écheme el otro, a ver si me voy con algo o me voy sin nada.

— «Veas lo que veas y escuches lo que escuches, no preguntes, no seas curioso» —. El joven se sintió más convencido de irse sin el dinero:

— A ver écheme el otro:

— «Pensar tres veces antes de hacerlo».

El joven, al fin, decidió irse sin nada, sólo con los tres consejos; el rato menos pensado, le salió el primer consejo: «rodear y no rodar»: y dízque había una vuelta larguísima, pero había un atajo; él se acordó del primer consejo, «rodear y no rodar», así que se fue por la vuelta grande; cuando se encontró a un señor con doce bestias cargadas: era un comerciante que

llevaba ropa a caballo; él se estaba muriendo; el joven lo ayudó a socorrer. El dueño de las doce bestias le dijo:

— No tengo herederos, ni familiares; ¿miras todo esto?: por ser buen muchacho, esto que tengo es para ti: le pasó un revólver y las doce bestias —.El joven lo alzó, le dio de beber agua y lo ayudó a bien morir, y se fue con ese cargamento. Al anochecer llegó a una estancia, un lugar que había en ese tiempo para descansar; posó ahí las bestias, bajó la carga de ropa, se acomodó para reposar.

El lugar era oscuro; el joven prendió una vela, había un olor fétido, y miró que en la bodega aquella había cabezas de humano, brazos, piernas colgadas, vértebras; miraba y miraba y una gran curiosidad lo envolvía, quería preguntarle al dueño de la estancia por qué es que estaban colgados los cuerpos de humano, ¡y eran bastantes! Al joven lo envolvía una gran intriga, la curiosidad por preguntar lo mataba. Y se acordó del segundo consejo que el patrón le dio: «Veas lo que veas y escuches lo que escuches, no preguntes, no seas curioso»; se aguantó esa noche, con toda la intriga encima. Ya al amanecer cargó las bestias nuevamente; las piernas le temblaban de aquel suceso; el patrón de la estancia le ayudó a cargar; al fin, el dueño de la estancia le dijo:

— Ve, por no preguntar, por no ser curioso te vas vivo; y, si no, mira todos los que me han preguntado, han tenido por destino morir de tal manera; todos los que llegan aquí, ahí están colgados; por no ser curioso toma estas doce bolsas de plata —.El joven se fue contento, había ganado más de lo que esperaba, y llegó al pueblito donde había vivido: era diferente; lo único que quería ver era a su esposa.



Figura 14. Los tres consejos. Ilustrado por Fabio Males.

Llegó, arrendó una pieza, bajó las cargas, quería darle la sorpresa a su mujer; miró su casa desde lejos, miró a una linda señora del brazo de un joven muy apuesto, paseándose y riendo; se dio cuenta que ella era su mujer; lo que primero pensó fue que ya se había amañado con otro hombre; en ese momento, sacó el revólver, que el patrón le regaló, pero se quedó con el revólver en la mano y se acordó del tercer consejo: «pensar tres veces antes de hacerlo»; en ese momento, miró que al lado de la casa había una tienda y preguntó:

— ¿Usted me da razón de quién vive en esa casa de esos jardines tan bonitos?

— ¡Uuuuh, señor, esa casa es de una viuda, mujer de un sinvergüenza, que se casó y se fue en busca de una mejor vida; ya no volvió más!; la señora es una buena mujer: aquí la ayudamos, había quedado embarazada, tuvo el niño ella sola, lo crió, lo educó y ahora vive con el hijo.

El joven había empalidecido, al darse cuenta que iba a cometer un error: ¡cuánto le había servido el tercer consejo!; de lo contrario, le hubiera dado muerte a su propio hijo.*

Este relato representa una de las mayores fuentes de narrativa en Cacique; cada quien le podrá dar su interpretación y su reflexión; don Bernardo lo hace a su manera, pues así seguramente lo escuchó, lo retuvo en la memoria, pues alguien le había contado uno de esos relatos, que se quedan grabados y ya no se van a olvidar.

Cabe señalar la importancia de muchos de los relatos, que muestran similitudes con algunos mitos, algunas historias, algunas leyendas que se oyen en muchas partes de Colombia y, en cierta medida, de todo el mundo; textos procedentes de distintas geografías, que comparten similitudes, que de un lugar a otro han viajado, en estas voces, gracias al legado de la oralidad y al intercambio que, desde diferentes culturas, los han convertido en testimonios de vida; de esta forma, cada lugar, cada cultura les ha imprimido la interpretación y el sentido que ha estimado conveniente; cada susurro de estas palabras supone la construcción de unos valores y la difusión de algunos pensamientos particulares, como es el caso del relato de Los tres consejos, sin duda, circula en callejones, en los bosques o en las montañas de la región nariñense con su propio sentido; en lo que respecta al relato, se relaciona con un relato popular español, conocido como “Los consejos del sabio Salomón”.²⁵

Al momento de intercambiar unas palabras y complementar ideas, Doña Susana, una viejita de cabellos negros y de piel trigueña, mientras desgranaba el maíz, añadía a los tres consejos y resaltaba la importancia de saber oír; reiteraba cada consejo y decía:

Claro, ¡cómo no será de importante ese primer consejo!, porque muchos, por escoger lo corto y fácil, no encuentran nada, ni saben con qué pie fue a caminar; y, ahora, el tercero; pensar tres veces; ¡qué importante, vea, pensar, aunque sea para decir una palabra!; hay gente que va diciendo lo que le pique la lengua, y por eso los errores. Pero yo me sé otro, no de consejos, porque ese es bonito, como para prestarle atención; me sé es uno de un niño que nació en el muslo de la pierna de un hombre; ¡cuándo eso, diga?

*Bernardo Enríquez, 79 años, Cacique Alto.

²⁵ Relato que hace Anselmo José Sánchez Ferra, en su estudio: *Tareas sobre el cuento folklórico: El cuento de los tres consejos* [en: file:///C:/Users/MiPc/Downloads/Dialnet-TareasSobreElCuentoFolklorico-2777494%20(1).pdf.], en el cual presenta el relato “Los consejos del viejo Salomón”, en el que su estructura narrativa es casi idéntica a Los tres consejos, de Cacique. Cabe agregar, también, que este relato se encontró, con similares características, en el Trabajo de Grado, de Juan Pablo Ortega Moreno, *Abriendo ventanas en el tiempo de Las Mesas*, en el que se mencionan “Los tres consejos” de la sabiduría popular, en similar forma y sentido.

3.2 SAN VICENTE

Dentro del imaginario social en la mujer, quizá existe la pregunta del porqué las mujeres son las únicas que tendrían que dar a luz; muchas de ellas ni siquiera han descubierto que la mujer es la representación máxima de la fertilidad; por eso, ella tiene el don de procrear. En relación con los partos, a las mujeres de aquella época las tenían que atender únicamente las “parteras”, que eran mujeres también llamadas “comadronas”, que eran expertas en las atenciones de los partos; se ha creado un relato que revierte la manera lógica de traer un hijo al mundo, que era por una mujer y que llevaría gestando por nueve meses; para algunas mujeres existe una protección especial de un santo, llamado San Vicente, pero se convirtió, según ellas, en protector de las mujeres que dan a luz a raíz de un castigo por haberse burlado de una mujer que sufría al dar a luz, y por la incredulidad respecto a los dolores de parto; se presume que era un hombre común y corriente pero que, por concebir un hijo de una manera atípica, se lo convirtió en santo y en el protector de las mujeres en embarazo. El relato de doña Susana, sobre el que antes se hablaba, dice así:

San Vicente, en tiempos de antes, se burlaba de las mujeres que nos quejábamos y que nos dolía para “parir” a los hijitos; un día dizque había pasado por la casa de misia Luz, y mi comadre estaba con los dolores de parto que ya no podía: eso gritaba y parecía que iba a morir del dolor, y San Vicente se pasaba muerto de la risa, que no creía, que no creía; el cito decía de parir que era una cosa supremamente fácil y que, por lo tanto, las mujeres éramos unas chuchas.

Con el tiempo, mi Dios escuchó estas palabras y sólo por haber dicho que la mujer era una cobarde, le impuso un castigo; en esos tiempos, una mujer tenía naturalmente a su hijo, jamás se escuchaba decir que le vino enfermo, o que nació antes de tiempo, eran los nueve meses cumplidos para ser atendida en el parto; pero resulta que había una mujercita que era enferma y, de tanto trabajar en el embarazo, se había debilitado; mi Dios ya sabía que ella tenía que morir, pero su hijito no, cosa que, para que san Vicente vea cómo es dar a luz, mi Dios le dio el don de concebir un hijo en el muslo de la pierna izquierda; él lo llevó criando el niño por tres meses en el muslo, cosa que ¡qué dolores!; todos los días le pesaba la pierna y ya dizque se moría; y a la hora de tenerlo al niño, dizque rezaba el Padre, y ahí se dio de cuenta cómo las mujeres tenemos los niños a este mundo, y eso que era una parte de dolor que el cito sentía, el del parto normal no se lo compara con ningún dolor en el mundo.

San Vicente murió del dolor tan intenso de dar a luz, por eso ahora se convirtió en el abogado de las mujeres que están esperando hijito; le tienen que prender una vela todas las noches, porque, donde no le prendan una vela, dizque en las noches se escuchan los gemidos de san Vicente dando a luz.*

Este relato, denominado San Vicente, o conocido, en Cacique, como el santo que crió a un niño en el muslo, es igual de conocido entre los hombres y, sobre todo, entre las mujeres que entienden el valor de dar la vida a un nuevo ser; esta historia se parece al mito griego sobre el nacimiento de Dionisos, en el que se cuenta cómo Zeus plantó en su muslo al

*Susana Acosta, 74 años, Cacique Alto.

pequeño y lo terminó de gestar, pues la madre, Sémele, una mortal, había muerto carbonizada, cuando Zeus se le presentó en toda su magnificencia.

Otro relato que guarda semejanza, se halla en un fragmento encontrado en un relato Emberá, denominado Buro–Poto (Los gemelos), que dice así:

Antiguamente, cuentan los viejos que existía un hombre al que se le empezó a hinchar el músculo inferior de la pierna (los gemelos); a medida que pasaban los días lo tenía más y más grande, hasta que llegó el momento en que el no pudo dar paso; de pronto estalló, o reventó la pierna, y salió un niño de ella, que unos dicen fueron los dos que nacieron. En el momento fue tal el dolor que el hombre murió a causa de él. Los viejos tomaron el niño y lo llamaron Buro-Poto.²⁵

En estos tres relatos, se cuentan unos hechos de manera diferente, pero se hallan entrelazados por la historia de la gestación de un niño en la pierna de un hombre, aunque sus finalidades distan en los tres, pues mientras que en el primer relato sirve para enseñarle sobre el origen de la vida a San Vicente, en el segundo se refieren las circunstancias sobre el nacimiento de Dionisos y ya, en el último, termina con las acciones del personaje Buro-Poto.

3.3 EL CAMINANTE

Pues bien, había que caminar y cada vez oír más, mucho más, quizá en entornos diferentes, propicios, unos cuentos que se dicen de a pie; así, las historias que se plasman a continuación son relatos de caminantes, de habitantes que, por sus sueños y sus aspiraciones, han visto la necesidad de ir a buscar trabajo en tierras donde las oportunidades fueran mejores, necesitadas de darle un cambio a la vida; relatos de muchos jóvenes que dejaron su tierra para emigrar a muchos Departamentos de Colombia, en especial Antioquia, Valle del Cauca y el Tolima Grande, en una búsqueda que ha tenido como labor principal la agricultura y la cosecha de caña para la elaboración de panela, para alcanzar unos inicios de una mejora económica que trajo consigo a sus pobladores y, con sus anecdóticas experiencias, muy seguramente han ido pasando las voces, han ido construyendo su camino o así lo revelaron a la hora de partir y de intentar la forja su futuro.

Este es el caso de relatos que tienen su profundidad y arraigo en los “consejos” o, como dicen ellos, los “espejos”, pues reflejan las acciones humanas, acompañadas de la voz de la experiencia frente a unos hechos que acontecen a la hora de partir y de caminar; se trata de un relato que expresa que un camino no es un simple recorrido, pues en él ocurren cosas, aprendizajes valiosos, como se cuenta en El caminante:

²⁵*Relatos y leyendas orales: Kamsá-Emberá-Chamí*. Bogotá: Servicio colombiano de comunicación social, 1987, p. 127.

Un campesino salía de su tierra en busca de mejor futuro, un mejor trabajo; el caminante se encontró en uno punto de dos caminos. En el camino se encontró con un señor alto y de buen aspecto.

El campesino tomó la difícil decisión de elegir uno, pero necesitaba un consejo; el único consejo que te doy, dijo el señor, es que veas lo que veas, no digas nada; sigue tu camino. El campesino siguió su camino; más allá miró que un señor, cargado a la espalda un atado de leña, desbarató el guango de leña y le echó más leña; volvió a quererse parar y nada; desbarató nuevamente, le echó más leña; el joven se preguntaba: ¿por qué en vez de quitarle leña, le aumentaba?



Figura 13.El caminante, ilustrada por Fabio Males.

El campesino no podía preguntar, no podía apresurarse; sin embargo, siguió su camino; más allá miró a dos siluetas, que parecían ser dos humanos: el uno estaba jalando una vara para un lado y el otro para otro, iban en sentido contrario. No prestó atención a lo que miró; el caminante siguió. Cerca de llegar a la meta donde el viajero iba, miró un árbol, un árbol bonito, que iba creciendo; se quedó a mirar; el árbol creció, floreció y, al final, se secó, botó todas las hojas y quedó el tronco seco.

Cuando llegó a la meta, el viajero llegó cansado; el señor distinguido le preguntó qué miró y sintió en la camino.

— Sentí muchas cosas, buen señor, de mirar poco, pero me dio curiosidad lo que vi, pero de que fuera un viaje que me iría a cambiar la vida, casi no, señor.

— ¡Ja, ja, ja, ja!, es que el joven, cuando es joven, espera ver lo que quiere ver, y las miradas a veces son cortas; deben ser largas y lentas.

— Señor, todo lo que miré en el camino, era al contrario; era lo contrario

— Sí, así es la vida: el primero que encontraste era un pecador; él, en vez de quitarse los pecados, los aumentaba.

— Mi señor, y más allá miré, encontré dos señores cargados una vara, el uno jalaba para un lado y el otro para el otro.

— Pasa que de los dos, el uno iba por el camino del bien y otro por el camino del mal; son las decisiones de los humanos. Más, ¿qué miraste? —, decía el señor.

— Casi al final del camino, miré un árbol muy hermoso: empezó a crecer, floreció y al fin se secó; después, empezó a botar las hojas y se secó, quedó el solo tronco.

— Ese es el don de la vida y los años, el crecimiento y la muerte: cuando empezó a crecer eran los días, empezó a enflorar era mediodía; los meses, era la juventud, y cuando quedó el solo tronco era la noche, los años, el fin de la vida; para dar comienzo un nuevo amanecer. Lo que has visto es la regla de la vida.*

El caminante, como Los tres consejos y otros relatos registrados en este recorrido, en este viaje de la narrativa popular, son un testimonio de vida construido principalmente desde la experiencia al dejar sus tierras y por las experiencias de los viajeros contadas en el periodo de la siembra, de ahí que muchos la consideren como un entorno de vida, pues no sólo el sudor, la lluvia, el sol son el equivalente del trabajo, sino también las risas, cuando se dicen unas coplas y, lo más importante, cuando se conforman los relatos,

Unos dicen: Este cuento me lo sé así; otra persona dice: a mí me lo contaron diferente; ¡qué vaaaa!: completo, el cuento es así.

Con estas afirmaciones, dan cuenta de que los relatos han sido, en Cacique, un producto de elaboraciones colectivas, contados, reinventados en la época de la cosecha.

3.4 EL HARAGÁN

Ahora, aquí se registra un relato que surgió a raíz de una caminata a El Pedregal, en un descanso que se hizo en la parte de Cacique Bajo, con la agitación y la caminata esquivando las matas de cabuya, con el sol ardiente que pegaba en la cabeza, que hacía sonrojar los rostros, en una mañana verde, porque eso era, verde de las altas plantas y de las que se pisaba, que contrastaba con un cielo despejado y una luna inesperada, en que el momento era cercano a las doce del mediodía, en un

* Edmundo España, 52 años, Pasto.

momento cuando se veía un guango de leña, como dicen los abuelos, para referirse a un atado de leña, atado de hierba o cabuya, y un nieto de don Bernardo Enríquez, le pregunta:

— ¿Por qué la luna es así?, ¿por qué tiene esas manchitas, que pareciera estar un hombre dentro de ella? —, y el abuelo le dijo:

— ¡Ahhh!, verá; es la historia que llama El haragán.

Decían los mayores que a un hombre lo inundaba la pereza, eso dizque no era capaz ni de cortar la hierba o el picuy que crece en las casas, pero tenía una mujercita: ella suplía las labores de este vergajo haragán; un día, ya de tanto que le insistía su mujer:

—Ve, haragán, anda y trabajá la tierra; los tiempos de verano están por venir y toca aprontarse de lo que más se pueda, si no nos queremos ver muertos del hambre —. A fin de cuentas, lo habían mandado a cortar leña al monte; le dieron una hacha para que cortara leña y la llevara para prender fuego a la tulpa; llevaba una botella de aguardiente en la que guardaba el café frío, para que cortara toda la mañana; esta labor la realizaba cada tres días; la leña se consume bastante y, en veces, se roban la leña, porque es duro el trabajo de cortar y acarrear.

Pero el haragán solo, no puede; ¿qué va a tener voluntad, si para lo único que medio volteaba a ver era para asegurarse de que nadie lo vea y quedarse dormido, donde más podía! Le ayudaba era un vecino, que compartían potrero; mientras el haragán tenía sólo una parte de un bosquecito de solo cortar leña, el vecinito tenía unas cuantas reses.

En veces llegaba con un atadito de leña, en veces con unos guanguerones, que no podía ni cargarlos; llegaba con el vecino, pero a su mujer se le puso que su esposo no era capaz de cortar ni de traer tanta leña como decía trabajaba; hasta que un día, el vecino se había ido de viaje largo; ahí su mujer podía comprobar si era labor de su marido, o era labor de su vecino el trabajo. Haciendo pereza, y cuando ya había cantado el gallo más de una vez para que la gente del campo salga a trabajar, el haragán seguía durmiendo; su mujer fue y lo despertó, le pasó la pala y le dijo:

—Dejá de ser un vergajo haragán y andante p' al monte; desobligo es verte que no haces más que echar pereza.

El hombrecito, después de horas de trabajo y sudor, le dio pereza, el mismo mal de mucho tiempo, se sentó y pasaban horas en que se recostó en un árbol grande que había en el suelo, se propuso no seguir cortando más la leña; esto siempre le sucedía y se quedaba dormido mucho tiempo y decía, entre su cansancio:

— Ojalá y bajara la luna y me llevara, para no tener que trabajar más.

D'esas horas*, se hizo ya de noche, bajó la luna y se lo llevó; por eso dicen los mayores que a los haraganes la luna se los lleva; de ahí, el harangancito, en la luna, que se lo ve cada vez que está llena, con su hacha en la espalda. Es el ejemplo que el trabajo se lo empieza y se lo termina, así como a la luna no le da pereza cada mes, que sale y se la puede ver, porque es un espejo de la tierra, se la ve reflejada en el agua.

A la pereza la han considerado como el primero de los males en Cacique, debido a que su trabajo es en la tierra; entonces, el esfuerzo y la voluntad deben ser principios para obtener buenas cosechas y, por ende, dinero. Asimismo, como en el caso de Los tres consejos, se puede relacionar el relato del haragán con una leyenda amazónica, denominada “Madre luna”, cuyo nudo narrativo es muy similar, en el sentido de que cuenta una historia sobre un incesto entre dos hermanos que, sin querer, se habían casado y, al ya haber hecho una vida juntos, él sentía una profunda tristeza, lo agobiaba la vida marital con su hermana y un día

* Expresión utilizada, de manera frecuente en esta región, para decir: a esa hora, en ese momento, o tarde.

de trabajo con el algodón, él hizo una nube y le pidió que lo llevara, la nube asciende y se transforma en una luna, en la que cada mes se ven unas manchas provocadas por el huito, cuya fruta produce un color, y de la que la joven le aplicó en el rostro al joven para darse cuenta quién llegaba a su cama todas las noches. Dos historias en las que se cuenta, por un lado, sobre la pereza y, por el otro, el enigma de quién o qué se halla en las manchas de la luna²⁶.

Dese luego, existe otra actitud narrativa; en su estructura, es diferente, pero tienen la misma relación: la explicación cosmogónica, una interrelación en referencia con el poder para crear el universo o, en Cacique, los resultados en un contexto, que es el del trabajo y, por tanto, el de los valores.*

Las historias de la luna, son narraciones tan antiguas, que diversas versiones podrían hallarse del porqué éste misterio, incluso se había escuchado que al perderse los niños, la luna los acogía y desaparecían de la tierra; de manera que, la luna en medio de todo su esplendor representa el reflejo, su luz en el agua, y como espejo que pareciera ser su manifestación, existe una narración: “la historia de los espejos.”²⁷, en ella se aprecia a la luna coqueta que fue laguna, y ahora se refleja en ella, y de ahí beben de luz las estrellas y el universo, al ser el espejo de luz en el que también se peinan las mujeres.

De este modo, se evidencia que muchas leyendas, muchos mitos y relatos explican el origen del mundo, puesto que el hombre no se contentó con ver despegado el cielo de la tierra, ni el día de la noche; desde siempre las culturas han buscado unas respuestas a la existencia de lo que hay en el universo; de esta forma mágica contaban el porqué la luna es así, al dar el contexto de la pereza como un vicio que lleva al alejamiento, y el enamoramiento entre hermanos como algo, en el fondo, no tan aceptado por la vida de la comunidad, por ello existe una infinidad de relatos consagrados al origen: de la plantas, del hombre, del universo, etc.

3.5 LOS COMPADRES

²⁶ Olaf Blixen. *Las manchas de la luna y sus explicaciones míticas en Sudamérica* [en: http://www.ciafic.edu.ar/documentos/01_Archivos_XI_2013_Las_manchas_de_la_luna_pp_5-65.pdf.]

* Otra explicación, del porqué de la aparición de las manchas de la luna, es la que se da en un relato de México, El nuevo sol en Teotihuacán, que cuenta cómo a Tecuciztécatl lanzaron al fuego del sol para saber quién de los dioses haría amanecer y anochecer; al ver que nada pasaba, que Nanahuatzin y Tecuciztécatl no habían logrado nada al arrojarse al fuego, dice: “Entonces uno de esos señores, de los dioses, salió corriendo. Con un conejo fue a herir el rostro de aquel, de Tecuciztécatl. Así oscureció su rostro, así le hirió el rostro, como hasta ahora se ve.” [en: http://college.holycross.edu/faculty/cstone/span312/El_nuevo_sol.pdf.]

²⁷ Julia Pacheco (comp.) *Subcomandante Marcos. Relatos del viejo Antonio: Mitos contados por un mito*. Bogotá: Ediciones desde Abajo, 2004, p. 93.

Así como revientan las flores, también crecen los árboles en la época de buen clima o también en los duros días del mal clima, en que las hojas caen una a una; así brotan los mitos y relatos en épocas en que la vida es fructífera y en tiempos en que las adversidades han sido una constante en la historia, y en esta forma olvidan unos y recuerdan otros de aquello que en otro tiempo fue y que, gracias a la herencia de la oralidad, una palabra que integra un todo, una cultura, un solo texto y una variedad de narraciones, albergadas en las memorias, que han visto al tiempo como un opositor, como un rival, se avivan las palabras, se avivan los recuerdos y, con ello, las formas de vida y las heridas y los logros de un pasado.

Casi en la mayoría de estos relatos pareciera que existe una suerte de elemento de ejemplo o de consejo orientados a recomendar, a sugerir el buen comportamiento del ser humano y, entre todos ellos, uno de los principios importantes ha sido el respeto que debe existir entre el compadre y la comadre, pues a los padrinos los han escogido en el bautismo y son prácticamente los segundos padres del ahijado, en caso de abandono o de la muerte de los padres biológicos. En este relato corto, se cuentan las acciones de dos personas, un compadre y una comadre, que resultaron enamorados; las costumbres de antes eran mucho más respetuosas de las creencias religiosas, por lo tanto el enamoramiento entre compadres, por motivo del respeto y el orgullo de llegar a serlo, quebranta las reglas e iba a ser la causa de un infortunado destino. En cuántos amaneceres y anocheceres, en Cacique, se ha contado una historia que, hasta hace algún tiempo, atemorizaba, con los chirridos de cadenas en las noches y los alaridos que no tenían otro nombre, más que eso, porque erizaban la piel cuando, de vez en cuando, se oía: — ¡Jay,jay, por vos, comadre!;¡Jay,jay, por vos, compadre!—. Entonces, así dice la historia de Los compadres amancebados:

Contaban de un par de compadres que se enamoraron; ellos se miraba a escondidas en las noches para consumir su amor; como más antes era un pecado el enamoramiento entre compadres, al morir la comadre, al tiempo murió el compadre, y así se formó en las noches, en las calles solitarias, una pareja de puercos que aullaban, pero no se los alcanzaba a ver muy bien; era una sola bola negra que se miraba, y del uno al otro se sacaban pedazos de carne; sus aullidos eran terroríficos, hacían estremecer, y el uno al otro decían, o más bien gritaban:

— ¡Jayyy, jayy, por vos, comadre!

— Jayyy, jayy, ¡por vos, compadre!

Así se escucha a la pareja de puercos; son condenados a vivir pegados, despellejados y chirriando cadenas en las noches por la carretera, para toda la vida; se pierden en una pendiente, donde dicen se echan a rodar.

— ¡Jayyy, jayy, por vos,comadreee!

— ¡Jayyy, jayy, por vos,compadreee!

Los aullidos son cada vez menos; es por ello que pasar a las doce de la noche por el camino de Cacique a Robles da pavor, cuando empiezan a salir de la nada chirridos de cadenas, pues dicen que los compadres amancebados se aparecen, o para mortificar al que no respeta la noche, o porque por ahí andan de amancebados otros compadritos.*

* Edmundo España, 52 años, San Juan de Pasto.

Sobre la apariencia de los amancebados, o también llamado “los cagones”, se tiene referencia en Buesaco, el Encano, en Imués, aunque la variación se presenta cuando se describen puercos en Cacique y gatos en Imués; se manifiesta esa presencia terrorífica cuando se habla sobre los enamoramientos entre compadres, como se relata en el siguiente caso:

Los cagones también los tengo vistos; más antes bastante pomposas eran las fiestas de la Virgen en Imués, y nadie se perdía las vísperas. De Cuarchud bajamos una tracalada grande. Casa botada era la de don Julio Pantoja, a la orilla del camino viejo, en el Partidero para el rincón de El Lechero. Veníamos ya de Imués, bastante denoche. Primero bajaba un ruido como rastra, como cueros de sacar trigo. Entonces nos metimos al corredor de la casa; de allí los vimos. Eran un par de gatos. Siguieron uncidos y pasaron en una sola renegazón y echando maldiciones. Siguieron camino abajo, hasta el Parapeto se oían sus gritos y chillidos. Eso es que dicen cuando están enamorados entre compadres.*

En efecto, los relatos sobre los compadres sirven como elemento de control social para regular las relaciones de parentesco instauradas; ahora bien, en un análisis que Luis Montenegro Pérez desarrolla sobre esta temática, muy importante en la vida de las sociedades, afirma: “la creencia se ha sustancializado, ha agredido oscura e irremediable a quien ha dejado de cruzar los caminos de día para proferir los nocturnos que anulan la distinción y, entonces, son caóticos, espacios de desborde para habitación de quienes sin orden son errantes y han errado.”²⁸

En las dos versiones de los relatos, de Cacique y de allá, en lugares que muy seguramente van a narrar su manera y con sus imaginarios, no sobra agregar la imagen fuerte del compadrazgo en las comunidades campesinas, un lazo filial que casi tendría el mismo sentido del incesto, como si fuera una relación entre tíos, primos, etc.; el hecho de elegir a alguien como compadre, dentro de las relaciones sociales, más que responder a una tradición, radica en tratar de no ver burlado ni ofendido este compromiso, de ahí el castigo cuando se transgrede un principio de confianza importante para la comunidad, como lo es el compadrazgo.

3.6 Y, AHORA, LA MUERTE

Otro de los relatos que se destaca, en Cacique, es el relacionado con la muerte, que se entiende en los términos de las leyes naturales, pero también de sus enigmas y de la representación del misterio del más allá, lo que ha hecho que se establezca una serie de

* Relato incluido en el trabajo de Manuel Cortés y Gonzalo Pantoja. *Mitos, leyendas y relatos de arriería en Imués y Ospina, Nariño*.

²⁸ Luis Montenegro Pérez. *Presencia mítica en Nariño*. Pasto: Universidad de Nariño/Sistema de investigaciones, 1987, p. 153.

momentos en que la muerte, la “huesuda” o “canillona”, como la llaman, ha estado presente.

El juego con la muerte es un tema principal en los relatos que se andan transmitiendo en su voz, pues en la vida humana ha sido uno de los enigmas mayores el pensar tanto en la vida como en la muerte; sin embargo, en el imaginario se la representa como una mujer de rostro cadavérico, que lleva una túnica, pues en muchas culturas, en especial en México y en algunos otros lugares de América Latina, se le dedica a la muerte un día en el calendario para su celebración y su respectivo ritual; algo representativo para esta celebración de respeto es conmemorar la memoria de los difuntos; se supone, dentro de la concepción religiosa, que el animismo se hace presente en el llamado camino de las ánimas, que ellas regresan de la otra vida a reencontrarse con los vivos en un ambiente de respeto, por lo que se las espera con comida y velas, pues se piensa que las ánimas, cuando llegan, tienen hambre o quieren luz, ideas que se incorporan a la visión y las costumbres de la mayoría de los pueblos indígenas y campesinos.

En estos relatos, cuyo personaje principal es la muerte, son dos las connotaciones en las que se identifica a la muerte: una, como la representación de la justicia, como lo cuenta Don Bernardo Enríquez, en el relato de La gallina y la muerte:

Había un señor pobre, vivía de las cosas más necesarias de la vida; le pidió a su esposa que le pelara una gallina, porque se iba a trabajar en otras tierras; la mujer le peló la gallina, y se fue con su merienda. En el camino se encontró con Nuestro Señor, de aspecto bueno y amable, el cual lo invitó a que juntos se comieran la gallina.

— ¿Usted quién es, disculpe?

— Soy Dios —, dijo.

— ¡Con usted si no me la como!, porque usted deja a unos pobres y a otros ricos —.Le quitó la gallina de las manos a Dios y se fue; en el camino se encontró con una mujer alta, la invitó a que juntos se comieran la gallina; antes de darle una gran presa, le pregunta:

— ¿Usted quién es?

— Me llamo la muerte —, asintió la mujer.

— ¡Ahhhhh!, con usted sí me como esta gallina, porque se lleva al rico, al pobre, al feo y al bonito, al que sea —.Por el gesto que había tenido el hombre pobre con la muerte, le dio una recompensa; le dijo:

—Ve y camina tres montañas, ahí encontrarás una finca, son muchas hectáreas de tierra —.En ocho días se llevó la muerte al dueño de la finca, para que se quedara con la herencia, y el hombre pobre pasó a ser hombre rico.

Sentados en un banquito de madera y, al ver cómo el día se despide en la tarde naranja y casi hasta roja, al ver que todo ocurre en un orden casi mecánico, que las gallinas se amontonan en su gallinero y abren sus alas para abrigar a sus polluelos, mientras llegaba esa quietud característica de esas tardes que no dan tregua sino para permanecer inmóviles y dejarse invadir por ese sepia que tiñe las montañas, los dos abuelitos pensativos hacen un silencio y luego rompen la calma de nuevo cuando retoman el tema sobre la muerte y, con mucha naturalidad, dicen:

—Y es que todos tenemos que irnos de este mundo, a todos es que nos llega la canillona.

Estas son las reflexiones que quedan después de haber pensado en la muerte y ahí está el componente de justicia que en el relato se expresa, pues se le da al pobre su recompensa y al rico se le arrebató el poder de la riqueza y se le quita la vida.

El siguiente relato, denominado El ahijado de la muerte, pareciera complementar el anterior, para ahondar en la reflexión sobre la muerte y su justicia; sobre este relato se han ideado, si es que no más, varias versiones: una en Puerto Rico²⁹, la otra en Alpujarra, una localidad del Departamento del Tolima, y otra más conocida, en Rusia; hay una de los hermanos Grimm, que difieren un poco en la continuidad de la historia, pues en el relato ruso intervienen tres personajes principales en la historia: el diablo, Dios y la muerte, mientras que en el cuento del folclor puertorriqueño, tolimense y caciquense, respectivamente, la muerte es la principal aparición y cumple su papel de madrina; en Cacique, el relato dice así:

A una familia la había cobijado la pobreza; ya era mucho tiempo el de la falta de dinero, se estaba haciendo necesario en el hogar; un día, la madre le dice al hijo menor que fuera a conseguir trabajo; éste era muy talentoso para trabajar en la tierra; para ello, le preparó una gallina, una merienda que le iba a servir para el camino; como al niño nadie lo había apadrinado, o no habían conseguido un padrino que ayudara a sacarlos de la pobreza, porque en veces se hace padrinos por conveniencia, en el camino pensaba de quién lo pudiera apadrinar para así salir de la pobreza; en esas se le apareció Dios; le dijo:

— Si quieres, muchacho, yo te apadrino.

— No —, dijo el joven, — porque nos has dejado desiguales: unos has dejado pa' ricos y otros pa' pobres; yo tuve que padecer la pobreza todo este tiempo.

Siguió caminado y, al bordecito de un río, algo negro se le apareció, se paró en medio del camino y peló el diente amarillo que tenía; era la Muerte:

— Si deseas, yo puedo ser tu madrina —, dijo la Muerte.

— De vos si me confío, porque te llevás al que sea; al pobre o al rico —.La Muerte asentía, afirmando lo que el joven decía, pues era verdad que la Muerte estaba en todas partes, a toda hora, pa' allá y p' acá; le dijo al joven que se convertía en la madrina y que lo sacaría de pobre, convirtiéndolo en médico:

— Toma estas hierbas, con esto vas a trabajar y te vas a hacer rico; cuando me veas en la cabecera del enfermo les das estas hierbas, que con esto se cura; cuando me veas a los pies, les decís que no, que no tiene cura, y cuando me veas a la cabecera, les das esas ramitas que siempre servirán, pero ¡ojo!, sólo cuando yo diga.

Ese joven, contento, gozando de buena plata, eso sí, tenía que salvar a unos y a otros dejarlos muertos, así era la ley de la Muerte, sólo que un día el joven se encontró con un bien pobre: los niños lloraban que el papá se les iba a morir, la Muerte estaba a los pies y el joven volteó la cama para engañarle y así salvar la vida del hombre pobre.

La Muerte, enfadada que lo había desobedecido, pues ese no era el trato; el joven tenía que pensar bonito, porque así era la muerte: unos se van ligerito, ligerito; otros demoran; la Muerte le perdonó, pero, al tiempo, le tocó curar a una niña que vivía en un palacio, era zarca y tenía el pelo como de oro; le dio tanta pena al joven, porque era una niña, le faltaba mucho por vivir;

²⁹ El ahijado de la muerte [en: https://www.salonhogar.net/Cuentos_de_Puerto_Rico/El_Ahijado_de_%20la_Muerte.html.]

ahí la Muerte se la puso difícil, le puso una prueba, hasta que hizo lo mismo, volteó la cama para aparecer que estaba la Muerte en la cabecera, y la niña se curó. La Muerte, enfurecida, le dijo al joven:

—A verrrr, ahijadito, pasa que quiero hablar contigo en mi palacio —.El joven, con todo el miedo, se fue a la casa de la Muerte; cuando llegó, vio de toda clase de velas: unas chiquitas, otras grandotas, iluminaban lo más de bonito ese palacio.

— Ahijado, miras estas velas que hay, pues son las vidas de las personas; las que están consumiéndose son las personas que bien están por morir, o bien están enfermas; mirá, tu vela está grande; te faltaba, hijito, por vivir, pero, como me desobedeciste, voy a poner ese puchito de vela de otra persona, y la pongo sobre la tuya, lo cual significaría tu muerte.

Al ratito, no más, se fue muriendo el joven, el ahijado de la muerte.*

En la interpretación del relato, primero el hombre es el vencedor y luego, al final, resulta el vencido; al ser el ahijado de la muerte, siempre está acosado por las promesas de la muerte, por su asecho y, en últimas, la acción que determina el fin de la vida, simbolizada en la vela. Así como dicen, al recordar a quienes escaparon de la sombra de la muerte tantas veces, a otros les llega de repente; lo cierto es que nadie escapa de esta natural ley; en el relato corto, titulado Cabecipelao, que cuenta Don Bernardo, se muestra que el hombre ha querido escapar de este precepto, pero lo cierto es que a la muerte no se la engaña:

A don Rambado le habían sentenciado que se iba a morir, que le quedaría, no más, un año de vida; entonces, don Rambado, sin tener mayor alternativa, dijo:

— ¡Ahhh, bueno!, un año de vida; con eso tengo, pues seis meses me convierto, seis meses me divierto —, dijo convencidísimo el compadre Rambado. Sabía que la muerte vendría por él al año; hizo todo lo que un hombre haría en vida: tomó aguardiente en forma, buscó mujeres, derrochó dinero y, también, iba a misa; eso, se la pasaba ore que ore. Antes de la fecha y la hora precisa en la que la muerte vendría por él, se rapó la cabeza; así engañaría a la muerte, para confundirla y que no se lo llevara.

La muerte, efectivamente, llegó al lugarcito donde estaba don Rambado; la muerte preguntó por él:

— ¿Alguno de los que están aquí presentes ha visto a mi compadre Rambado?— Nadie dio razón de él; don Floro y la demás gente que estaban ahí, se hacían no más los locos; la muerte pegó una ojeada para verlo, frunció el ceño y dijo:

— ¡Vergajo, Rambado, se me desapareció, y habiéndole anunciado mi visita, pero, como me tengo que llevar a uno, me llevo a este cabecipelado!

Este es un relato en el que se cuenta algún rasgo de la vida de un hombre, que gustaba mucho de fiestas, de trago y de mujeres; la muerte se le anuncia y, debido a ello, tendría la noticia de saber qué día la muerte vendría por él; sobre este espanto también se habla en los Llanos Orientales: hace su aparición en fiestas, cuando se repiten las ocasiones, alguno que sabía de fiestas y de vida alegre, no sabía que a la muerte no se la engaña, porque:

Sin duda, la muerte soy,
Por todas partes estoy,
Cansada de haber buscao

*Cruz Alvear, 86 años, Cacique Alto.

A un tal Coco Wenceslao
Mas, no habiéndolo encontrao,
Me llevo a Coco pelao.³⁰

Rambado, “cabecipelao”, de la región de Cacique, y Wenceslao, “coco pelao”, de la parte de los Llanos Orientales, establecen una relación directa de dos hombres a los que se les apareció la muerte y terminó por llevárselos, aunque hubieran cambiado de aspecto y hubieran querido engañarla; también, cuentan que en lugares donde las fiestas son constantes, aparece un hombre con la cabeza rapada.

Ahora bien, la aparición de la muerte representa, ante todo, una figura que introduce la igualdad, en el caso de las historias anteriores en las que se lleva a los pobres, a los ricos y a los tramposos, cuando se habla de aquél que ha querido confundir y engañar a la muerte cambiando una parte de sus partes; sin embargo, un relato que aseguran es efectivo y que fue cierto, muy cierto es el de Pedro Bellaco:

En las conversaciones con José Portillo, construyendo una casa, nombraban a Pedro Bellaco, que había revivido y duró siete años más con vida, después de la muerte.

Pedro Bellaco había muerto, le dieron cristiana sepultura; lo habían velado y lo iban a enterrar a las cinco de la tarde. Al terminar de celebrar la misa, se derramó un aguacero; todos se salieron del velorio, le habían prendido cuatro velas y lo dejaron ahí, velándose.

Al otro día era el entierro, cerca de las doce del mediodía, pero esa noche de lluvia torrencial, Pedro Bellaco se revivió: se levantó, sudado del calor que producía estar dentro de un ataúd; estaba vestido con una mortaja blanca, en la cintura un cordón; así era la costumbre de vestir a los muertos. Cogió una esperma y se fue:

—Me voy a buscar a mis familiares —, decía, — y acompañantes —. Salió por un lado de la habitación donde lo estaban velando, tomó café con envueltos, aguardiente y, cuando lo miraron a Pedro Bellaco, salieron todos corriendo, no quedó ninguna alma.

Don Pedro Bellaco era el sobrenombre, porque, cuando se emborrachaba, iba por las calles diciendo:

— ¡Aquí va Pedro Bellaco, hijueputa!

Cogió la esperma y la botella de aguardiente y se fue al pueblo; d’ esas horas, miró que estaban dando una serenata a una mujer; llegó donde estaba la serenata: ahí, los jóvenes, con requintos, guitarras, maracas, al verlo así vestido con mortaja, los jóvenes músicos huyeron despavoridos, salieron corriendo, como alma que lleva el diablo. Ni su esposa, y sus hijos, nadie quería abrirle la puerta, Pedro Bellaco les decía que le abran, que él no era una ilusión, sino que había regresado de la otra vida.*

Después de que regresó de la muerte Pedro Bellaco, el tiempo que le dieron para que viviera fue de siete años más, dice Don Marcial y termina, con asombro, contando cuentos de la muerte, la muerte madrina, a la que no se la puede engañar, y la muerte vencida por el mismo acto de morir.

³⁰Juan Torres Mantilla (dir.). *Cuentos de espantos y otros seres fantásticos del folclor colombiano*. Bogotá: Casa editorial El tiempo, 2004, p. 94.

*Marcial Enríquez, 73 años, Cacique Alto.

3.7 EL IMAGINARIO DEL DIABLO



Figura 14.El diablo y las máscaras, ilustrado por Sebastián Restrepo Toro.

Dichos populares, como «más sabe el diablo por viejo, que por diablo», «haciendo tripas p' al diablo», «salió corriendo, como alma que lleva el diablo», «a la mujer no la pudo guardar ni el diablo» etc., son algunas de las expresiones que se oyen en la cotidianidad de Cacique; el imaginario sobre el diablo está presente tanto en los lugares por donde aseguran que el diablo pasó, como en sus relatos y leyendas; aquí, hablar del diablo es tan común como hablar del duende; se han convertido en presencias tan familiares, que no es de extrañarse la seguridad con la que cuentan que ha pasado el diablo con su mula negra. No obstante, cabe la pregunta sobre el porqué guardan en su imaginario al diablo en sus múltiples facetas: ¿acaso por la herencia de la conquista, cuando trajeron consigo la figura del demonio? Puede ser esta quizá una de las razones por las que esta figura es un personaje popular, muy marcado y hasta familiar.

Aun así, el diablo, en los relatos que cuentan los habitantes de Cacique, no es la fiel figura del mal, pues en ocasiones actúa como aquel que le da a cada uno lo que se merece; las acciones humanas determinan el obrar del diablo, en pro del bien; de igual manera, se revierte ese retrato del diablo que, en su furia, se lleva al infierno al pecador, pues acá se trata de la faceta de un diablo jocosos, en que muchas veces sale vencido y en otras vencedor.

En cada relato se presenta un diablo, un diablito, o unos diablillos; dentro del ideario mestizo de los habitantes caciquenses, está el visualizar al diablo como un señor apuesto, de traje y en su mula; así, cuentan que un día se les apareció el diablo, con una presencia

real, verídica; dicen que la parte donde hizo su aparición quedó destruida y sólo levantó el polvo; el terreno, hoy en día, no se ha habitado ni reconstruido, ha quedado la forma de lo que un día fue una casa, donde se hacían bailes cada ocho días; el diablo vino al lugar y un niño, en su inocente picardía, fue el único que vio que era una persona de la otra vida, era el diablo; a la mula le puso un escapulario y ahora quedó de carga; este es el relato de El baile del Palo Zumbo:

El baile del Palo Zumbo se realizaba cada ocho días, en la casa de un tal Antonio Villareal; eran sagrados los bailes que se hacían en una casa de tapia, de bahareque, en ese tiempo; esta fue una historia efectiva; decía mi mamita que, al terminar los bailes, don Antoñino se sacaba el sombrero para hacer un colecta de dinero para el próximo baile; las voces del viejo ese, medio borracho, eran:

—¡Pa' la fiesta del maljuicio, pa' la fiesta del maljuicio, señores!

A los ocho días, dizque estaba reunida toda la gente de Cacique Alto, Cacique bajo, Las Plazuelas, Barranquito, de todo lado; dizque se había acabado el trago, eran cerca de las once de la noche; entonces, se fueron dos señores montando a caballo a conseguir trago, de ese aguardiente fuerte que había, a una tienda lejana, como pa' Las Plazuelas, lejito pues de Cacique bajo; en el camino se encontraron a un joven que venía montado en una mula, una mula negra; el joven bien vestido, simpático él, pomposísimo, entonces dijo:

—Señores, buenas noches, ¿me pueden decir dónde es el baile del Palo Zumbo, que dicen?

—, dijo el joven apuesto.

— Pero, claro, si nosotros venimos de allá; siga el camino y, a mano derecha, por esa angostura donde se ve un cabuyal, en el Palo Zumbo, ahí es el baile; escuchará música, eso lo guiará—. En un solo trote se perdió ese hombre, en esa mula negra.

Los tambores eran estruendosos, ¡porompom, porompon!; las flautas tocaban unas melodías que atrapaban a la gente. D' esas horas, había llegado el joven apuesto; dejó amarrada la mula en una mata de ciruelos y el promotor del baile, don Antonio Villarreal, hizo seguir al joven; le dieron la bienvenida, ofreciéndole comida y trago, lo atendieron lo más de bien, porque, claro, al forastero se lo hace sentir como en casa.

— Señores, gracias por su generosidad—, dijo el joven.—Mi costumbre es bailar, pero donde no hayan niños; los niños no son para el baile, sáquenlos a todos —.La gente, alegrísima, hicieron lo que el joven pidió: sacaron a todos los niños, pero resulta que un tal Samuel Burbano era uno de los músicos; él había llevado un niño, y él, del miedo, se quedó escondido en la ruana del papá; en ese tiempo, la gente del campo usaba la ruana.

Y comenzó el baile, esos tambores tocaron más fuerte, ¡porompom, pom, porompom, pom!, esa gente, alegrísima; eso, bailaban en rondas, las mujeres hacían mover esos follones que se ponían, y el joven apuesto salió a bailar sólo con la mujer más simpática y la que más podía bailar, una tal Patricia; a esa señorita no se le miraba los pies para bailar; mirarla, era como hacer bailar una purichinga.* Daban las doce de la noche, y el niño, que estaba debajo de la ruana, quietico, para que nadie lo vea, pendiente de todo lo que pasaba en el baile, dijo:

— Papá, papacito, ese hombre que llegó de último al baile, vea a ese hombre, tiene patas como de gallo, vea cómo echa candela por las patas —.D' esas horas, el señor músico dijo:

— ¡Espuelas como de gallo! — gritó. — ¡Entonces, dirán que es el diablo! —, dijo, haciendo la cruz en el aire. — *Santos Deus, Santos portes, Santos inmortales* —, y, en esas horas, la casa reventó, esa casa quedó patas arriba**, sólo el humo y el olor a azufre; después del polvo que se había levantado, la tal Patricia no estaba, se la había llevado el mismísimo diablo; la gente no

*Purichinga; quechuismo usado en la región para expresar “baila como borracho”; es una semilla del árbol de roble, que gira semejante a un trompo.

**Expresión que, para los habitantes, significa: desorden.

supo ni dónde quedó; después se dieron cuenta que quedó la mula del diablo y, como alcanzaron a ponerle un rosario, como castigo ahora es mula pa' trabajar, que trae las cargas más pesadas. Por eso, en la casa del finado Antonio ni más, vea, ni más hizo bailes; después, contaban, hacían colectas para reunirse a rezar el santísimo rosario, porque lo que es el lugar donde se apareció el diablo, quedó fue el terrero, nadie vive ahora.^{***}



Figura 17. El baile del Palo Zumbo, ilustrado por Fabio Males.

Las espuelas, o patas de gallo, ocultas bajo la apariencia de un hombre pulcro, elegante y simpático, como dicen, es como se representan al diablo, la presencia del poder y el encantamiento; el diablo sabe para dónde va y qué es lo que quiere, por ello dicen que “donde hay niños no entra el diablo”, juegan con la concepción de la inocencia del niño, que está exento de pecar, por ello ve la maldad; fue importante el hecho de que el niño permaneciera en el lugar de la fiesta, pues siempre y cuando haya niños, se afirma que al diablo sólo ellos pueden descubrirlo ellos. Nuevamente entra a hacer parte en su imaginario la creencia del mal viento, en caso de haber experimentado la presencia del diablo, de las ánimas, de los espíritus como malhechores, como hacedores del mal. Este relato también se conoce en las zonas aledañas a Cacique como “El baile de las Patricias”, pues toman

^{***}Bernardo Enríquez, 79 años, Cacique Alto.

como referencia a la pareja del diablo de este nombre, pero originalmente es el baile del Palo Zumbo, en razón de que ese fue el lugar donde ocurrieron los hechos.

Después de este acontecimiento, quedó como costumbre, a la hora de tomarse un traguito, ya sea con un compadre o en el entorno festivo, antes de que se destape la primera botella de aguardiente, o cuando se va a sacar el primer pilchecito de chicha para tomarse un traguito, se alzaba la mano y, en posición de ¡salud!, se daba inicio y se decía: “Para usted, compadre, y para el diablo”; de ahí se procede a regar al piso con un chorrito de las bebidas fermentadas. Dicen, los que saben, que al diablo le gusta el trago, que toman su presencia, antes de iniciar cualquier fiesta, como símbolo de protección, para que, al mentarlo, ni los espíritus ni el mismo diablo se aparezcan, como lo dice esta copla popular:

— ¡Ave, María! —, dijo el diablo
En las puertas del estanco,
Si no me dan aguardiente
Me les entro y los espanto.³¹

El mestizaje de los habitantes ha llevado a entretrejer todo tipo de supersticiones, muchas de ellas relacionadas con la maldad, aquí representada en la figura del diablo; entonces, se establecen las posiciones del bien y el mal, que no son otra cosa que la fe cristiana y la figura del diablo destructor; es decir, en las sociedades, en su mayoría, existe una fuerte tendencia a ver el dinero, los bailes, los juegos de azar como el mal comportamiento; el pensamiento cristiano, en las sociedades tradicionales, se regía en gran medida por la fe y el cumplimiento de las normas; es decir, la aceptación de valores y de virtudes que engrandecen a todo ser humano, orientada hacia un crecimiento espiritual y cultural.

³¹ Félix Coluccio. *El diablo en la tradición oral de Iberoamérica*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2000, p. 284.



Figura 15. Terreno del “Palo Zumbo”, donde se apareció el diablo, en la vereda Cacique Alto.

Y hacia las doce de la noche, en esos lugares que merecen respeto porque el silencio que los acompaña así lo exige, dicen que se ha aparecido el mismísimo diablo, ahí donde las mulas dejaron huellas y, por ello, ha quedado la fama de “el hueco del diablo”. Por ello, algunos dicen:

—Yo nunca he mirado nada, he pasado en la noche, y nada.

En cambio, otros hablan con tanta seguridad y propiedad sobre el tema y describen cómo fue el momento cuando presenciaron lo que dicen haber visto: al diablo, en muchas partes, en las piedras, en los huecos y en la representación de un perro negro, al que, en los ojos, se le ven las llamas, se ve candela. De esta manera, ahí donde ven la candela, ven la asociación con el infierno, lugar donde se encuentran las ánimas que acuden a la procesión de las almas condenadas, las malas acciones en la tierra, para no ganarse el cielo, ahí se abisma el infierno; las representaciones hechas son relativas a las circunstancias y al cambio colectivo, las construcciones imaginarias que se tejen en cada trama social, respecto a cómo es el diablo, porqué aparece y a quiénes se lleva.

Aquellos que cuentan que se les ha aparecido el diablo, y han quedado atónitos, estremecidos y erizados, inmediatamente recurren a coger un tizón de la candela y hacer la señal de la cruz, para evadir toda clase de maldad y mal viento.

Los relatos en relación con el diablo son muchos, en los que se enmarca y dejan ver sus facetas una dualidad que también está presente en ese personaje siniestro en la memoria de Cacique; en muchos de los relatos, la mujer entra a hacer parte de la historia como la mujer salvadora o ingenua, la mujer que cuida de sí misma, o que se encuentra también con el otro distintivo de “la mujer a la que no la pudo salvar ni el diablo”; así refieren Don Bernardo Enríquez y Doña Susana Acosta, cuando los dos hacían el intento de recordar este relato:

—Este cuento, de la mujer que cuida de sí misma, yo me lo sé, pero con el diablo, que deja la reflexión de una mujer que, aunque advertida, no hace caso, aunque sea el mismísimo diablo el que quiera hacerla cambiar de opinión —, decía Dona Susana y, al rato, tratando de que las ideas acompañen y no se confundan, dice Don Bernardo: —Tanto cuento del diablo, que me hizo olvidar, porque dos son: el uno, de la mujer que cuida de sí misma, y que a la mujer no la supo guardar ni el diablo; vamos contando, con la Susana, a ver si nos acordamos bonito, pa’ no mentirle.

LA MUJER CUIDA DE SÍ MISMA

*Sabiendo que el agua moja,
¿por qué no se arremangó?
Sabiendo que le hacía daño,
¿pa’ qué comió?*

Una muchacha dizque estaba que se iba a una fiesta, y los papases dizque no la querían mandar; más antes, había respeto: si el papá o la mamá decía: “Vos no vas”, ’ezque así se cumplía la palabra; estaba orgullosísima de que se iba, y que se iba; pero la bandida muchacha no hizo caso y se voló; entonces, en el camino se encontró con un señor, que le dijo:

— ¿Pa’ón’ te vas, muchacha?

— Me voy a la fiesta —, dijo la muchacha, pomposísima.

— Yo te diría que no vas —, dizque le dijo el señor.

— Pero, ¡¿por qué?! — decía, dengueándose.

— Porque vas polla y vendrás gallina —. La muchacha no entendió, o, mejor, no hizo caso lo que el diablo le advirtió, se dengueó y se fue, sin prestar mayor oído a sus palabras. Al fin había ido a esa fiesta; pues, el diablo ya sabía qué era lo que le iba a pasar. D’ esas horas, al otro día, la muchacha se encontró, en el mismo camino, nuevamente al diablo.

— ¡Ohhh, señorita!, ¿cómo le fue en esa fiesta? —, dijo el diablo.

— Hummm, ¡pero si el diablo me habrá tentado de ir a esa fiesta! —, repuso la muchacha.

— ¿No te estuve diciendo que no vas, que ibas polla y vendrías gallina? Sí, yo soy el diablo: todo el mundo culpa al diablo, pero esta vez yo te advertí que no fueras al baile —. Pero, como no hizo caso, se la echó p’ al hombro y se la llevó; por eso dicen que: a la mujer no la pudo salvar ni el diablo, ella cuida de sí misma.

Estos relatos permiten evocar consejos que, en aquella época, los oían y estrictamente los tomaban en cuenta; es decir, que una mujer que desobedecía a los papás era sinónimo de rebeldía y todo el que actuara así terminaría por pagar tales actos; como afirma don Bernardo: “El diablo, a la gente bien, a la gente sana, él le advierte”. En aquella época, enseñar a los hijos a que se portaran bien, era distinguir el bien del mal; a medida que las

personas crecen, tienen una conciencia; así, con relatos como el anterior y algunos dichos populares, los mayores se referían a la necesidad de, en otras palabras, inculcar la responsabilidad y el cuidado de sí, en el destino de los hombres, al tomar como ejemplo la figura de la mujer, ya fuera como la trasgresora de los valores morales, o la salvadora, como es el caso del siguiente relato, cuyo papel protagónico resalta ante los temores, las inseguridades y hasta las decisiones equívocas que asume el ser humano.

El Huerto de maíz es otro de los relatos, relacionado con la mujer; como dicen, en el dicho popular: “Al hombre, una buena mujer, o lo hunde, o lo saca del infierno”. Y así era la forma cómo los hombres de Cacique comenzaban a construir su vida junto a una mujer, empezando, en las palabras que ellos dicen, por pedir que fuera una mujer bien portada, lo que, en otras palabras, consistía en que supiera hacer sus cosas, fuera responsable y trabajadora y, lo más importante, ver con quién se comprometían, pues dicen que si un hombre se ha casado con una buena mujer y ha prosperado en todos los sentidos, es porque ha sabido escoger bien, y si, por el contrario, lo ha invadido la pobreza y la desgracia, es porque la mujer ha traído consigo el infierno. Es importante agregar, a las palabras que conciben la influencia de la mujer sobre un hombre, según lo hombres caciquenses, es ver, por otro lado, quizá la construcción conjunta de una vida próspera al lado de una mujer, lo que dista, en cierto modo, de la visión machista del hombre, que cree que ha edificado su vida sin la ayuda de su propia esposa y, menos, de su familia; es decir, al hombre caciquense no le asusta la idea de reconocer que su logro fue gracias a una mujer, con la que ha convivido, a la que ha valorado y enaltecido, por la valentía y fortaleza de la mujer caciquense, como lo expresa este relato.

HUERTO DE MAÍZ

*“A la mujer no la pudo guardar ni el diablo,
la mujer se guarda a sí misma,
porque al hombre una buena mujer
o lo hunde, o lo saca del infierno”.*

Un hombre había sembrado un huerterón grande de maíz y, como al sembrar esta semillita son muchos los cuidados y los peligros, entre ellos la amenaza de los pájaros chocleros, que son los pericos, no encontraba alguien que cuidara de su huerto, pues la ayuda del espantapájaros tampoco es que sea efectiva; tenía que ser alguien poderoso pa’ que le ayude a sacar completa su cosecha de maíz. En esas se apareció el diablo; le dijo, entonces:

— Si quieres, yo te cuido la huerta; yo no te hago picar un solo grano de tu cosecha.

Pero para que el diablo hiciera semejante proeza, no tenía que ser así de buena gente; en este tiempo, nadie ayuda ni da algo sin recibir cambio, menos “el patas”; entonces, hicieron una apuesta, que consistía en que, al terminar la cosecha, el campesino le daría el alma al diablo; mientras tanto, nada que se picaba el maíz, y la apuesta era entregarle la cosecha seca, y esa cosecha brillaba de amarillito, toda chocleadita, lo más de bien cuidada; ya estaba sequita, pa’ no más de hacer la recolección.

En esas, le conversó el campesino, a la mujer, la apuesta que había hecho con el diablo, y en esas esa mujercita ¡qué preocupada!, sumergidísima ella de la pena que se lleven al marido, y que la abandonaran, pues, oiga.

Cuando la esposa pensó librar al marido de irse con el diablo; había sido una mujer buena, porque una mujer, o bien lo saca o lo hunde en el infierno al hombre; se fue a la huerta de maíz, la última noche, de su cuidado, antes que amanezca y se lo lleve, se fue por la orilla, para no despertar al diablo. Se había desnudado, desgajó cuatro pares de choclos, dos se echó para un lado, dos para otro lado, y empezó a caminar en cuatro; el diablo se despertó y se dio cuenta que algo andaba mal, pues uno de los tratos era no robarse ningún maíz, ni tocarlo con la mano de un hombre. El diablo miraba, pero no reconocía que era una mujer, pero había algo extraño que sostenía cuatro pares de choclos, y decía:

— Yo, en tanto tiempo que soy diablo, pero no he visto diablo tan feo —.El viento movió el cabello, con el que se cubría el vientre, y descubrió el diablo que era una mujer; al romperse el hechizo, reventó y desapareció, quedando la huerta sana y el marido a salvo.

Son muchos los valores que sobresalen en el relato, empezando por la lealtad de la mujer a su marido y, a la vez, la confianza de él al declararse impotente para solucionar su problema y confiarle el haber establecido un pacto con el maligno para que ella tratara de resolver la situación creada y descubriera cómo ir en su ayuda; en segundo lugar, se destacan algunos elementos importantes, que aún se preservan en las cosechas de maíz, como la presencia del espantapájaros, pues ¿quién no ha tenido pesadillas cuando ha visto a un hombre harapiento subido en un palo que, al moverse de lado a lado, cuelga de sus manos unos tarros, unas cucharas viejas que hacen mucho ruido cuando lo azota el viento?; el espantapájaros cuida la chagra, la cuida del ataque de los pájaros chocleros y del chucur y el minacur*, de ahí que lo mencionen; lo vestían con unas camisas viejas, un pantalón viejo y un saco roto, de color rojo, pues el color tenía que distinguirse en medio del sembrado, así como la cara, que tenía la forma del rostro de un ser humano, pero la hacían de calabaza, que, una vez vaciada, la dejaban que se secara, le abrían los ojos y la boca, le ponían cabello de cabuya y un sombrero viejo y, ahora sí, el espantapájaros iba a moverse, colgado de un palo, de un lado a otro para que simulara la presencia de un hombre, que estaba allí para que cuidara el maizal.

Al maíz lo crearon y dieron para el consumo del ser humano, por lo tanto debe cuidar de su cosecha, de esta planta sagrada de Centroamérica, fuente tanto de acontecimientos como de celebraciones; en un sector de Buesaco tienen la fiesta del maíz, donde consumen la bebida de la embriaguez, la chicha.

El maíz es una planta que reúne múltiples variaciones: con el maíz se alimenta el cuerpo y se embriaga el alma; el maíz tierno sonríe en las cosechas, en siembras que, desde hace milenios, en el tiempo de los indígenas, han cultivado y, una vez lo asentaron por vez primera en tierra americana, se vio crecer sus tallos y sus hojas que se abrían a la vida,

*Al “chucur” se lo consideraba un animal, que se comía los pollos pequeños, les succionaba los sesos; y el “minacur” es animal que va alumbrando en las noches.

porque ha sido el sustento de las generaciones anteriores y las actuales, que han advertido en él una alegría multicolor; también está en el imaginario y en la cosmovisión maya y, en especial, en la inca; con el maíz nacieron los primeros hombres, con su masa moldearon sus músculos para alcanzar una consistencia para que empezaran a caminar.

La relación del diablo con el cuidado del huerto de maíz es muy conocida en la vida del caciqueño; en parte, se desliga del diablo como representación del mal; en su apariencia disfrazada, hace su aparición para ocultarse de la gente, en una lucha que lo encamina a destruir el bien y a apostarle a hacer el mal; ahora bien, en algunos relatos, leyendas y mitos de muchas culturas de América Latina, adquiere varias connotaciones: un ejemplo de ello son los diablos, o las diabladas, en carnavales que lo aluden; en muchos casos, en escenificaciones procedentes de relatos y de leyendas, en los que se cuenta sobre sus apariciones, con la utilización de máscaras y de trajes que lo muestran en su máximo esplendor y algo alejado del personaje que causa terror; al respecto, muy representativos son los carnavales del diablo que se hacen en Oruro (Bolivia) y, en Colombia, en Riosucio (Departamento de Caldas).

Las apariciones del diablo las regulan imaginarios populares, pues esta ha sido una figura protagónica de relatos, cuentos y leyendas; en el imaginario popular de Cacique, el personaje diabólico es el vencedor en algunos casos, mientras en otros resulta vencido. Al hacer la comparación del relato sobre el huerto de maíz con el relato originario de Bolivia titulado “La apuesta del zapatero”, incluido en el libro *El diablo en la tradición oral de Iberoamérica*, de Félix Coluccio, resulta que existe una relación profunda entre ambos, pues se refiere que la mujer es la salvadora del alma de su marido; en ambos relatos, su vida depende del diablo, y la mujer cumple la función de desnudarse, dobla su espinaza y engaña al diablo, puesto que le hace creer que es un animal feo, lo que lleva a que dude; la apuesta aquí cambia cuando el hombre, según el relato, pone a que el diablo adivine y, como el diablo dice que es un experto en reconocer y ver animales feos, el resultado fue que no supo adivinar qué animal era el que tenía al frente en cuatro patas y, entonces, en ese momento el diablo se rinde y explota en el aire. En ambos relatos, la estrategia de la mujer lo vence y deja a uno con su buena cosecha, y al otro en el oficio próspero de su zapatería.

Además, se puede ver que siempre estará en el marco social el dilema de la pobreza y la forma de obtener el beneficio o el dinero; en este tipo de relatos, el que imagina viene a ser el diablo, que se las arregla para que el hombre caiga en tentación; es decir, el hombre se ve enfrentado a muchas situaciones y decisiones que determinarán el rumbo de su vida y de la vida de los demás.

Al volver a Cacique, en los caminos que llevan hasta El Pedregal, algunos se han preguntado sobre el porqué abunda la piedra, pues es mucha la que hay, y una explicación puede relacionarse con fenómenos naturales, pero, para sus caminantes, la piedra, o el Valle de Piedras, es obra del diablo, lo que se sustenta en dos concepciones: la primera, en el imaginario sociocultural, es la creencia de que el infierno, según las descripciones que de él se han hecho, es un lugar empedrado, un lugar al que lo cubren piedras gigantescas; la otra, porque al diablo se le atribuyen poderes sobrehumanos. Así lo establece el relato de El Tulpirume, en el que se dice que:

El diablo había estado haciendo el infierno en un lugar llamado Tulpirume; dizque tenía parada la paila, ahí donde están tres piedras grandes.

Había ido un padre, a ponerle la manipula que lleva en la jáquima; dizque pasaba por ese lugar, a las doce del mediodía; a esa hora el diablo está dormido; es mala hora de almorzar, porque el diablo dizque descansa; como el diablo se había tapado la cara con un sombrero, no se le conocía, sino el cuerpo parecido a una mula; era un macho fuerte: eso, le echaban de todo, pero, ¡cómo sería!, que el macho estaban peladas las costillas, pelado el espinazo; como era tan fuerte, la gente le echaba lo que quería: eso, le ponían carga permanentemente; no comía ni dormía, de todo, y no dizque lo podía soltar sino un grande.

Al lado del diablo estaba la paila; la paila era misteriosa, la tulpa en ese lugar dizque prendía fuego sola, sin necesidad de leña; cuando quería consumir, era en instantes, hervía en minutos, sacaba el guarapo rapidísimo.

La costumbre en el Tulpirume era no sacarle la jáquima al caballo, sino amarrarlo; tenía que soltarlo. Al tiempo, se olvidaron de mandarlo a soltar al macho con un grande, habían mandado a un niño, y fue él, sacó la jáquima y dizque reventó y se fue.

En esa hora, dizque la tulpa prendió fuego hacia arriba, iba a dar hasta el cielo, y todo quedó prendido en fuego; ahora, en el lugar sólo existen piedras.*

Este es un relato cuyo tema es, más allá de la tentativa de preparar una vida austera en la tierra para ganarse el cielo, el poder de la palabra; es decir, de la palabra que crea, pero también que destruye, de la palabra que se convierte en sentencia, así como en los mitos los dioses fundadores, los creadores han encontrado en la palabra, en su lenguaje, la plenitud para decir el universo, el hombre, el sol, el rayo, etc.

Ganarse el cielo es cosa que a muchos les cuesta trabajo; la historia que en el relato se remite a cómo, en épocas muy antiguas, existía una singular forma de evitar o de expiar la culpa para así conquistar el cielo, para lo que había que convertirse en un ermitaño, un renunciante, que, además, había decidido castigarse, flagelar el cuerpo, para preparar, limpiar y trabajar el alma para que, cuando llegase el momento de partir, no fuera al lugar de las llamas donde tuviera que padecer, sino al lugar de descanso, que resulta, para los ermitaños y para las personas que en su vida habían sido buenas, alcanzar el cielo; sin embargo, en el caso de los eremitas, de los más de treinta o cuarenta años, morados en cuevas o en otros lugares apartados, habría que conservar el tiempo y el trabajo que habrá sido, para algunos de ellos, el permanecer allí y, así, Don Bernardo termina su relato de El

*Zacarías Enríquez, 65 años, Cacique Bajo.

Ermitaño, considerando importantes las palabras que se vuelven una condena absoluta y una sentencia divina.

EL ERMITAÑO

*No hay que cantar victoria
aunque en el estribo esté, porque muchos
de a caballo, han quedado andar a pie.*

Había un señor bien pobre, se había ido a ganar la vida; era un hombre casado y la mujer había quedado en embarazo; se iba por mucho tiempo; en el camino se encontró a un señor, y este era el demonio:

— Buen joven, ¿para dónde vas? —, le dijo el diablo.

— Me voy a ganar la vida, soy pobre y no tengo nada.

— Pero eso tiene solución: si tú te comprometes conmigo y me das la cédula del primer hijo que salga a encontrarte, yo te doy todo lo que tú quieras.

El joven se comprometió con el diablo; entonces, firmó la cédula con la sangre del dedo corazón; el pacto lo cerraron en un capote de caucho; entre tanto, trabajó cerca de dieciocho años para el diablo; al regresar, con todo lo acordado con el diablo, después de mucho tiempo, estaba a caballo, detrás del joven; bestias de carga, plata, ganado y esperando que lo salga a encontrar el perro, porque los perros son los primeros que salen a encontrar al amo; no salió este animalito, sino un muchacho, el hijito que había dejado.

Pasaba el tiempo y el buen joven se encontraba sumergidísimo, en la tierra; mientras tanto, gozaba de tierras, comida, hasta que un día se apareció el diablo, le recordó el trato, pues el niño ya era mayor de edad. El muchachito le dijo a su padre:

— Bueno, papá, ya que soy mayor, puedo hablarle las cosas de frente: yo sé que usted ha vendido mi alma al diablo; causa de una extrema pobreza, sé que acudió a su chantaje y yo quiero que me avise para ir a reclamar mi cédula al infierno.

Decidí ir al infierno; le dijo a su mamá que le acomode una merienda para el camino, que se iba a reclamar su cédula; en el camino, ya avanzado y de entrada al infierno, se encontró con un ruido estruendoso, no le permitía pasar; cuando escuchó ¡chazzz, chazzz!; y en ese tiempo dizque se enterraban los hombres en una ermita, decían que los hombres se metían en la cueva para ganarse el cielo, se mantenía ahí en un túnel: cuarenta, cincuenta y sesenta años, y dizque se castigaban ellos mismos con un látigo; esos eran los chasquidos que se escuchaba.

El joven, curioso, se acercó a ver qué pasaba; en esas, un ermitaño le preguntó:

—¿A dónde vas, buen muchacho?

— Me voy a los infiernos: resulta que mi padre hizo un trato con el diablo y voy a reclamar mi cédula al diablo mayor.

— ¡Ahhhh!, ya; mira, buen joven, mi hermano está de portero allá en el infierno; mándale mis saludes.

Al fin el joven llegó a la portería; preguntó al portero que cómo podía llegar al infierno; el portero le dijo:

— Te vas por este portón, por este callejón, pero no te olvides que en el camino encontrarás música, bailaderos, hay mujeres desnudas, hay de todo lo malo; aprovechas y me le llevas esta carta al diablo —.El portero del infierno le hizo la advertencia que no tenía que ver ni para su derecha ni a su izquierda, mucho menos regresar a ver, porque p' allá y p' acá habían distracciones; no tenía que voltear a ver porque ahí se quedaba para siempre convertido en piedra; tenía que llevar tres huevos.

Cuando llegó al patio del infierno, miró a tres perros feroces encadenados: tiró un huevo para arriba, como le había dicho el portero; cuando menos pensó, estaba encima de un árbol; miró que empezaron a salir demonios, diablos que hierven del fuego, con hachas de candela.

Los diablos notaron el olor a humano y alzaron a ver al joven sentado en el árbol; en ese momento, los demonios le prendieron fuego al árbol, para que se caiga; el árbol se movía, el fuego estaba consumiéndolo; lo hacían porque, al inclinarse el árbol, querían verlo hecho pites* al joven, pero ahí es que tenía que tirar el otro huevo, y se miró en otro árbol; en ese momento comenzó a gritar.

Ya dizque lo iban a botar, cuando cayó al último árbol; salió el diablo más grande:

—Detente —, gritó el diablo; hizo estremecer el patio e hizo detener a los demonios; en ese momento el fuego desapareció y el joven pudo bajar.

— ¿Qué haces en el infierno, muchacho? —, dijo, vociferando, el diablo.

— Mi padre me ha vendido a usted y vengo a reclamar mi cédula, la que mi padre ha firmado con sangre —.El diablo hizo entrar al joven; ahí miró diablos jóvenes y diablos viejos, diablos de toda clase; el joven preguntaba que quién tenía la cédula; el joven tiró al aire el último huevo, comenzaron a salir un torno de cuchillos, de vidrios, de espadas que daba vueltas: algunos diablos se metían ahí, salían hecho polvo; en el fondo, después de todo el polvo que se levantó, quedaron dos demonios viejos; ellos tenían la cédula.

A los demonios dizque les gustan las flautas, la música les atraía; le pidieron al joven que toque una melodía, pero él empezó a tocar una melodía que a los diablos los pone furiosos; el joven aprovechó, mientras estaban tapándose los oídos con los ojos cerrados, logró robar la cédula, se la tragó.

Aparte de recuperar la cédula, estaba protegida su alma; saliendo del infierno, le entregó al diablo mayor la carta que escribió el portero; éste la lee con cuidado, y, sonriendo dice:

— Mucho me pide mi compadre; dígame, buen joven, que venga a descansar en una de estas camas —.Eran unas camas ostentósísimas, muy lujosas.

— ¿En una de esas? —, dijo el joven, apuntando las camas; en ese momento, se le prendió el dedo de fuego; el buen joven se dio vuelta, siguió las recomendaciones, no volteó a mirar a ningún lado, llegó a la portería.

— ¿Cómo te fue, joven? —, le dijo el portero.

— Bien, conseguí mi cédula; lo que le tengo es una mala razón: dijo el diablo mayor, que vaya usted a descansar en una de sus camas, pero tenga cuidado al mensaje, porque esas camas arden de candela.

— Mucho me pide mi compadre, quiere que vaya a descansar a una de las camas; pero no es lo que el diablo dice, sino lo que mi Dios determina. Me quiere castigar por dejarte entrar sin avisarle —, dijo el portero.

Dándose con una piedra en el sentido*, se mató el portero; del alma salió una paloma y se fue para el cielo: se salvó, ya no fue al infierno. Cuando salió de la cueva se encontró con el ermitaño:

— ¿Cómo te fue, buen joven?

— Me fue bien, pero vengo con una mala razón: el diablo invitó a su hermano a dormir en las camas del infierno, pero él se mató antes de que el diablo se llevara su alma.

— ¡Ahhh! —, dijo el ermitaño. — Mi hermano, que estaba en la puerta, cerca de los infiernos, se salvó; ¡ahoraaaa, yo!, que estoy más de sesenta años en esta ermita —Por decir esas palabras, el ermitaño se condenó a ir a la cama de fuego del infierno.

*Pites hace referencia a “hecho pedazos”.

* “Sentido”, expresión que refiere “en la cabeza”, en la sien.



Figura 16. La condena del ermitaño, ilustrada por Fabio Males.

Debido a esta conversación sobre las piedras, se cuenta cómo, al faltarle una sola piedra para terminar un puente, el diablo sale vencido por obra de una mujer, aunque, en algunas de las versiones, a la mujer se la ve como opositora del diablo, en función del bien, o como el diablo mismo, cuando se la considera una mala mujer, con aspectos como la desobediencia, la infidelidad, la mala cabeza, el derroche y, sobre todo, como dice en sus palabras Don Zacarías Enríquez:

Uno siempre busca una mujercita para que lo ayude a progresar a uno, pero si se busca alguien que lo hunda o se coma la platica del trabajo, ¿pa' qué más diablo?

A pesar de la pregunta abierta, se vuelve a hablar sobre él en el relato titulado El puente del diablo, que dice así:

Llamaba el puente de Juanambú; el puente, en tiempos antiguos, era de madera; ese puente no lo podía hacer nadie, nadie podía hacerlo de cemento, porque en ese puente, si iban dos, se perdía el uno, no sabían qué se hacía.

Un día se le presentó el diablo a uno de los trabajadores que se interesó por hacer el puente:

—En una noche te hago el puente, antes de que cante el gallo; pero si se pasan de las doce de la noche, el puente queda hecho y tu alma a salvo.

Antes de que cante el gallo es miedoso; cuando da el primer canto es que están a salvo de espíritus; el trato era que el diablo se comprometía a hacer el puente, en una noche era el compromiso, antes de que cante el primer gallo; a cambio, el trabajador le daría el alma al diablo; si acababa antes, se lo llevaba, y si acababa después de las doce de la noche, quedaba el puente hecho y vivo el trabajador.

Se hizo el trato, y dizque había comenzado a hacer el puente; ¡eso, de diablos que habíaaaa!: el uno traía ladrillo, el otro arena, el otro piedra, el otro agua, eso dizque hervía de diablos para hacer el puente esa noche; ya dizque acababa el puente y el gallo nada que cantaba; faltaba la última piedra para acabarlo, estaban para colocar esa piedra y la mujer del trabajador, que sabía que perdía el alma el marido, salió corriendo y le levantó las alas al gallo: ¡quiquiriquí, quiquiriquíííí!, cantó el gallo, y en esas horas reventó el diablo y quedó el puente; así, esa, sí, buena mujer salvó a su marido.

El puente quedó falto de poner una piedra; se reunieron padres y echaron agua bendita para que el diablo no bote el puente.



Figura 17.El puente del diablo, ilustrado por Fabio Males.

Las narraciones, como esta sobre el puente del diablo o, en Nariño, más conocida como El Pacto, se dan según la visión de las culturas y los imaginarios, pues en ellas el diablo se presenta en diferentes formas. Al diablo, en el imaginario de Cacique, se lo vincula con una persona elegante, poderosa e imperante, pero se sabe que, detrás de la elegancia y el refinamiento, alguna característica, no visible se oculta detrás de esta máscara, ya fueran patas de gallo, pezuñas, olor a azufre, etc., como en el relato titulado Pacto con el diablo, que cuenta el trato que hizo un hombre con el diablo:

Por conversas con la comadre Regina, que el otro día estábamos hablando de un hombre que de la noche a la mañana supo tocar la guitarra como si fuera gran músico; decían que ese hombre a duras penas lijaba la madera, ahora va a tocar guitarra: eso fue que hizo un pacto con el diablo y ahora, pues, termina con él; eso eran noches enteras, que cuerdas en la casa, cuerdas en la

carretera y lo peor es que cada vez que pasaba tocando esa guitarra nos sabíamos espelucar; ¿no ve que era música de diablos?, ¡lógico que da miedo!

Resulta que ese hombre murió, 'ezque en un lugar estaban velando al difunto y, a la tercera noche de haberlo velado, vino un viento fuerte que apagó las velas que alumbraban el recinto, y las lámparas de petróleo se quebraron; un buen rato duró sin luz ese lugar, hasta que la gente que se encontraba acompañando en el velorio consiguieron cómo alumbrar donde estaba el difunto, y la gente rezando, porque antes los rezos eran toda la noche, con café y buena ración de comida.

Al quedar alumbrado nuevamente, ¡Virgennn!, dizque había un perro en la puerta del cuarto de velación, ese perro dizque echaba candela por los ojos; lo que vieron fue el ataúd destapado y dentro del ataúd un sapo, el muerto no apareció; cuando, verá, el sapo se tiró del ataúd y se fue con ese perro miedoso que había; pues, dicen que como el cito había vendido el alma al diablo seguramentepa' ser músico, entonces vea cómo es la ambición de un don, porque hay unos que mi Dios los destina, unos nacen pa' ser cantantes, otros pa' componer las canciones de los cantantes, pero este hombre tenía el gusto por la música y parece que el diablo se la concedió; por eso, en ese lugar, que le digo se apareció el diablo en forma de perro, y el sapo seguramente un diablillo, es llamado el Hueco de San Pablo, pero ahora le dicen el Hueco del diablo.*

En fin, el diablo es parte de una historia en la que, a su manera, los moradores han imaginado su presencia y, a su modo, han contado los sucesos que han convertido a este personaje, popular e imperante en el territorio, en una invención que no se ha quedado en la imagen del diablo castigador, ya que también existen diablos que bien saben ofrecer riqueza a los pobres y se llevan al infierno a los ricos, como en el relato titulado *El rico y el labriego*:

La historia de que “el rico vive del pobre”, es más que verídico; en este caso, el rico y el pobre eran dos hermanos: el rico era un trapichero riquísimo y el pobre trabajaba para él llevando la caña en caballos y sacando esta mata, el trabajo más duro del proceso de la caña.

Cierta día, al pobre se le perdió el caballo y nada de hallarlo, y nada de hallarlo, cuando dizque vio una casita que a lo lejos alumbraba, era como una corota; al subir tan alto, miró que era una casa abandonada, se asomó por la ventana y miró algo extraordinario: dos perros, eran dos perros, el uno escribiendo y el otro dictando y, cuando menos se dio cuenta, vio que detrás de ellos había bultos de panela por montones. En el momento menos pensado, el pobre se dio la vuelta, pensaba si los perros que había mirado eran de verdad, o sólo fue una ilusión, cuando tuvo en frente a un señor de aspecto extraño; le temblaban las rodillas:

— Oo... o... oiga, señor, ¿que si no me ha visto un caballito por aquí?

— No, no he visto nada, mi querido labriego.

— ¡Qué pesar!, era mi solo caballito de sacar panela.

— ¿Te preocupa más el caballo o la panela? —, le dijo el señor, —y como el diablo sabe...

—Pues, yo le trabajo a mi hermano y si no le llevo la panela, él se pone furioso.

—Eso no es problema; ¿vio esas panelas?: lleva lo que más puedas —. El joven entró a esa casa, y los perros estaban durmiendo.

— ¡Ahh!, señor, Dios le pague, enton' —.El joven, mientras sacaba sólo tres bultos de panela, aparece su caballo; las acomoda bien bonito en el espinazo. Cuando llegó contentísimo el

* Rosa Fajardo, 82 años, Cacique Bajo.

pobre a la casa de su hermano rico, eran sólo tres bultos, lo que antes cargaba hasta ocho; cuando llegó, se dio cuenta que eran panelas, ¡pero de oro!

El hermano rico, al ver que le habían regalado oro, le dijo al hermano que lo lleven, que él quería también ese regalo, pero que quería convencerlo que sí, siendo pobre el hermano, le dieron tres bultos, él, siendo rico, le darían hasta 30 bultos.

Llegaron a la casita abandonada y vio que había un perro a la derecha y el otro a la izquierda de la puerta, y salió el señor. El rico le dijo:

—Vea, señor: que usted le ha regalado a mi pobre hermano tres bultos de panela y, como yo a él lo mantengo y le doy trabajo, le doy de comer, y parte de lo que gano le doy, pues también quisiera que me dé a mí unas buenas pacas de panela.

—Con mucho gusto —, dijo el señor, — siga y llene todo lo que más pueda —.El pobre iba a entrar a ayudarle al rico, que no podía ni cargar.

—Pero vos no vengás, a vos ya te di —.El pobre se asomó por la ventana y vio que la casa se transformó en un túnel como empedrado, un túnel lejísimoooooo, y del brazo lo llevaba el señor que, en vez de patas, tenía pezuñas de gallo, y los perros, el uno pa' un lado y el otro pa' otro, lo llevaban camino al infierno, por ambicioso, por la angurria de tener, querer y ambicionar más y no compartir, ni con el hermano, su fortuna.

Y como en el relato ya apareció el oro, vinculado con la panela y el diablo, ahora otras historias sobre este precioso y, a veces, maléfico metal.

3.8 RELATOS DEL ORO

Las historias que se relacionan con el oro son de diversa índole; obedecen a testimonios que señalan que las comunidades primigenias adoraban este elemento: en sus cultos adoraban al astro Sol y, por tanto, su semejanza con el oro llevaba a que lo veneraran, de ahí que, al enterrar a sus muertos, en las huacas este elemento haya llegado a ser epicentro de culto y de adoración, con un profundo sentido de pertenencia, en el que no veían más que respeto, y no ambición; por ello, se entretienen unos relatos donde implícito está el encuentro directo del hombre con el oro, el valor que le reconoce, y el sentido que alcanzó en tiempos de la conquista europea, por lo que empezaron la búsqueda de las huacas en las que lo encontraron, las cosas que se convirtieron en oro y los relatos sobre los pollitos de oro; así, es una realidad haber visto este metal dorado, primero en la historia del cacique de oro enterrado en la parte de Cacique Bajo que, en su conjunto, lleva unas naranjas de oro, bastón y una bacinilla del mismo material; también dicen haberlo visto en noches inesperadas en que parece que se cayese su cielo tan estrellado, cuando las estrellas mueren y caen a la tierra, y hasta se oye su desplazamiento, en ese momento aparece una espada de oro que brilla en su máximo esplendor, una mano la sostiene y, al rato, se va desvaneciendo entre las montañas de Cacique.

Es posible que ante la riqueza y el poder que representa el oro, corrompa, engañe a unos y haga ricos a otros, que lo disfrutan; de esta manera, Don Bernardo cuenta esta historia sobre:

LA GALLINA Y LOS HUEVOS DE ORO

De grano en grano llena la gallinita el buche.

Hay de esas veces en las que de la pobreza no queda sino el sólo deseo; el oro, desde hace mucho tiempo, es el elemento codiciado más ambicionado; el oro ha estado asociado a la riqueza de quien lo compra, y así obtienen objetos de riqueza para un futuro asegurado en la vida.

Un día, el llamado rico Pulón*, quizá para abreviar la palabra opulencia, él veía como cada día se levantaba y no miraba más que su granjita llena de gallinas; gallinas pa' vender era lo único que poseía; de ese dinero, sólo le alcanzaba para subsistir y darse de regalo una gallinita, si es que le sobraba y la venta lo había dejado con algunos centavos más en su bolsillo.

Cuando era el tiempo de plátanos duros y ricos, naranjas jugosas y maíz por doquier, el rico Pulón bajaba a traer cuanto más podía de la siembra; pasando por una chuequecita, que divide el angosto camino, miró una gallina pasar, a su lado siete pollitos, pero el problema es que no era cualquier gallina; por su dorado resplandeciente, fácilmente cualquier desentendido diría que era oro, y sí, era la gallina con los pollos de oro.

El rico Pulón, ni corto ni perezoso, no dejó pasar semejante oportunidad, cosa que cogió bien bonito a la gallina y se la llevó para su granjita; la vida del rico Pulón había cambiado: si antes le daban dos centavos por huevo, ahora por cada huevo eran cifras incalculables, porque ahora no daba la gallina huevo de clara y yema, sino huevos de oro, cada día un huevo de oro,

El rico Pulón no se contentaba con eso, pues de la granja, que sólo alcanzaba las dos hectáreas, donde sólo v'ía en frente huerta y al lado los caminos y montañas, ahora ya tenía una grande finca; con todo el dinero que daban esos huevos, pues cualquiera se hace rico de la noche a la mañana. En esas, el tonto Pulón le asalto el bicho de la duda: *si esta gallina me da un huevo de oro diario, debe ser porque es una gallina que tiene tripas, buche, puzón de oro*. El rico Pulón miraba a la gallina una gran fábrica de oro por dentro: *ya estoy cansado de ver solo un huevo de oro*, decía; *¿si, mejor, mato la gallina y de una vez la vendo para hacerme más rico?* En esas, sacó el hacha, le cortó el pescuezo y, al ver qué tenía por dentro, era nada más ni nada menos que una gallina común y corriente, gallina de carne y hueso y sangre, porque eso sí que había, que le brotaba la sangrecita.

Ahora del rico Pulón sólo queda el apodo, ahora tenía en sus manos la gallina muerta y sin un huevo diario; lo que antes le daba para abasto ahora no le daba ni para el bastón de su vejez; por eso decían mis abuelos: reflexione, que la ambición no siempre es buena; la vida va dando, dígame, de maicito en maicito diario, porque de grano en grano llena la gallina el buche. Por eso, los antiguas decían que la gallina de los huevos de oro sale el rato menos pensado; para que no le caiga la maldición, había que cortarse el dedo corazón y echarle sangre a los pollitos, y se convertían en piedras.

Sin duda, el relato lo han oído y contado en múltiples formas y en varias regiones, no sólo de Nariño; en el estudio *Mito andino en Nariño* se refiere a El anciano con los huevos de oro, visto en Linares; de nuevo el elemento creador y sincrético que, en su contexto, es casi legendario, en esta historia contada para apreciar el valor del trabajo y el fruto “bien ganado”, puesto que, para un campesino que vive de estar día a día laborando en la tierra, la obtención de dinero “fácil” es cosa que no perdura, de ahí que se dijera, en la sabiduría

*El nombre del rico Pulón quizás es una remembranza del Epulón, de la parábola de El rico Epulón y el pobre Lázaro, del Nuevo Testamento.

popular, que poquito a poquito va llenado la gallinita el buche, lo que se relaciona con el trabajo en el campo, que se va forjando poco a poco.

Ahora bien, las huacas son un verdadero misterio para el hombre; así como han existido los testimonios de los que han corrido con la fortuna de encontrarlas, también ha habido algunos que han “huequiado” su huerta o terrenos enteros queriendo encontrarla y no lo han hecho con éxito; lo cierto es que existe una creencia relacionada con el 3 de mayo, en que las huacas arden, y si la huaca desea que un huaquero la descubra y la saque, ella se hace visible; de lo contrario, la huaca “se corre”, dicen que se mueve del sitio. Muchos abuelos hablan de ubicaciones de las huacas, contiguas a las tulpas; cuando hay huacas enterradas en las huertas, dicen que construían la tulpa de su concina en línea directa a un entierro indígena; al considerarlos lugares telúricos sagrados, se juega con el ver, que tiene una connotación similar a que desee que la vean; una visión, porque no a todos se hace “visible”.

Considérese, ahora este relato sobre La huaca, que refiere doña Rosa:

Se murmuraba que en una huerta, perteneciente a un señor que había pasado a mejor vida, había una huaca; dos jóvenes, curiosos, decidieron ir a desenterrarla. El primer joven iba decidido, al otro lo agobiaba el miedo; eran muchas las advertencias que se generaban: decían que si uno miraba una guaca, ardía amarillito y luego se iba haciendo azulito, azulito, pero muchos que han ido a desenterrar las huacas no han vuelto más, o han quedado asustados; a un señor de por allá de la Umalta, así le pasó, y no dizque habla.

La primera noche estuvieron desenterrando casi la mitad de la huerta, no encontraron nada; así lo intentaron, hasta que, el tercer día, al joven más cobarde le temblaron las piernas:

— Yo me regreso, me rindo.

El joven ambicioso lo amarró con un lazo de manila en un árbol; desenterró justo al pie del árbol; al ir desenterrando, notó que había algo duro, y comenzó a gritar; por fin él encontró el oro; al cavar más a fondo, salió algo inesperado, que no se pensó encontrar: dos toros de oro macizo. El joven ambicioso se echó a correr, fue imposible, los toros de la otra vida se lo habían devorado; el otro joven logró desatarse del árbol, fundido por el pánico, y miró que en el gran hoyo brillaba algo: finalmente, era la huaca; el joven sin ambición la había encontrado.*

La suposición de haber encontrado dos toros de oro en una huaca casi se parece a la leyenda de “El venado de oro”** que dicen deambula en las cuevas del cerro de Guadalupe, cerca de Bogotá; una aparición de ese animal la refiere un portugués, que huía de la justicia por haber agredido al padre de su enamorada; en el momento de emboscarse, logró ver, en una cueva, donde los muiscas escondían sus tesoros, a un venado de oro macizo.

*Rosa Fajardo, 82 años, Cacique Bajo.

**El venado de oro – Leyenda bogotana [en: <http://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/bogotanitos/cuenta-la-leyenda/el-venado-de-oro-leyenda-bogotana.>]

El relato sobre La olla de oro precisa la forma como se logró encontrar objetos de oro, de algún entierro indígena, y oro en polvo, que se encontraba en una de las ollas:

En un punto que se llama El Cabuyal, la vida allá era muy dura, pero había trabajo y, un día, terminando las labores, me fui por unas montañas que había; en el camino encontré unas mulas, y en esas estaba la danta; al verme, se escondió entre la cabuya.

Miré un camino que se cruzaba para la montaña, me fui para allá, unos caminos que los habían hecho los indios; empezó a llover y me metí a una cueva grande; ahí había distintas clases de ollas: ollas de barro, jarritas, platos, todos eran de oro; en esas, encontré una olla de oro, dibujado en ella un pavo real, era una cosa impresionante.

Cogí la olla, la limpié, y había estado llenita de polvo, pero ese polvo era oro, y cuando salí quería irme a la casa, y no supe por dónde caminar; era como si los caminos se hubieran intercambiado; sentí que algo resoplaba fuerte, era la danta; quise coger un palo, pero no me dio el valor, quedé privado; ese animal era imponente, empecé a sentir miedo, como que se me enfriaba la espalda; fue mirar el suelo y estaba un ataúd que se interpuso en el camino; adentro había un muerto, afortunadamente había estado a los pies del ataúd.

Dejé lo que tenía en mano y salí corriendo, corrí lo que más pude; creí que esa danta me iba a alcanzar; cuando llegué a la casa, me limpiaron el cuerpo con un tizón, para que volviera en sí.

Las historias que se registran en relación con princesas, oro, castillos, son muy frecuentes en esta región; el encuentro con la cultura europea tenía que influir también en su cosmovisión; este relato de El rey Nidas hace parte de una charla, un breve momento en el que el tema de la ambición lleva a contar un ejemplo de vida, en el que se revela el poder del oro.

Esta es una historia que nos sabía contar mi papá Froilán; él, en ese tiempo, fue alcalde indígena de La Florida y, como le pidieron que, en La Chorrera, tenía la mejor vaca para matar y así hacer una comida, entonces fueron a traer la vaca y, por una ranurita de agua, que habían visto pasar a la gallina de oro. Una historia que cuentan acerca de que se ve pasar a la gallinita con los huevos de oro, por ahí por una chuequecita.

Entonces, alguien le conto a mi papacito que la gallina ponía todos los días un huevito de oro; ese señor tenía una mina de oro y había cogido y la había muerto a la gallinita y se quedó sin la gallina y sin el huevito, y enton' se acordó del rey Nidas, que sólo pensaba en la plata; la sirvienta le había ido a servir el desayuno y, cuando él fue a comer una pera, se le convirtió en oro, y así mismo con todo, y lo peor fue cuando la sola hija que tenía se llegó a convertir en estatua de oro, y lloraba y lloraba; enton', 'bía oído una voz, dizque le dijo que todo lo que tenía de oro que lo vaya a botar al río, para que recupere a la hija.

Entonces, dizque le dijeron que escoja: si quería tener a la hija de carne y hueso, o todo el oro; él escogió la hija, que él se había hastiado de poseer tanto oro, pero la condición no se cumplió como tal: el rey Nidas botó todo el oro al agua y recuperó a su hija, pero en estatua de oro; por eso es malo el apego al oro.*

*El relato que Susana Acosta refiere remite a una historia que se cuenta casi a diario; no son de extrañar las desgracias de aquellos que cayeron en la ambición de más, que se han quedado sin nada o han perdido algo valioso; con estas palabras, los moradores hablan de y recomiendan sobre el trabajo, que ellos consideran duro y honrado. Por otro lado, el relato del “rey Nidas”, en Cacique, es una reinvención de la leyenda clásica denominada El rey Midas, pero, al contrario de la historia clásica, el Rey Nidas, de Cacique, tuvo un desenlace desafortunado.

Esta historia rememora la famosa historia del rey Midas, el rey frigio al que el dios Dioniso le concedió el deseo de que todo lo que tocara se convirtiera en oro. Estas historias hacen parte de la sabiduría popular, como también los relatos que vienen ahora.

3.9 DE FÁBULAS Y RELATOS POPULARES

Las fábulas son composiciones literarias breves en las que los personajes son animales o cosas que casi siempre presentan características humanas, como la de hablar; en estas historias, en general, se concluye con una enseñanza, o una moraleja, de carácter instructivo, que suele aparecer al final del texto, mientras los relatos populares son historias de tradición oral, que han pasado de boca en boca a lo largo de los años y que expresan un suceso épico, misterioso o sobrenatural, social o religioso, difícil de comprobar, pero que se ha arraigado en una cultura, como el que se refiere a la lámpara de Aladino, que cuenta don Jacinto como sigue:

Una mujer, de cincuenta años, había tenido un hijo, al que le pusieron de nombre Aladino; había un brujo que era muy codicioso y le tenía envidia a Aladino porque era suertudo. El joven jugaba y a todos les ganaba:

—¡Caramba —, dijo el brujo, —a ese si le ha sabido gustar la plata! —, y el Aladino dijo que quería darle la suerte al brujo.

El brujo quería matar al Aladino; le mandó una carta al Aladino diciendo que le tenía un trato; llegó el Aladino y el brujo le dijo que él tenía un regalo, pero que estaba en el fondo del aljibe: esa lámpara tiene algo especial; el Aladino aceptó; el brujo le dijo que se amarrara con una cuerda y que él lo sostenía; ahí consigues la lámpara maravillosa.

El Aladino llegó hasta el fondo del aljibe, estaba ahí la lámpara maravillosa: era una jarra de hierro, pero el brujo comenzó a meterle suplicio; ya iba a llegar el Aladino y le cogió de las manos la lámpara; ahí le soltó la cuerda al Aladino, pero se le resbaló de las manos la lámpara al brujo, cuando se abrió más el aljibe y fue mucho más hondo; allí no había agua, sino un desierto, donde estaban los siete ríos de oro y los siete genios. Del río cogió una esfera de oro de un color, y en otro río, una esfera de otro color, y así sucesivamente.

Los genios le dijeron que si quería volver a la tierra, porque estaba en el inframundo, tenía que frotar la lámpara; el Aladino así lo hizo; salió de ella un genio, le dijo que en tres minutos le concedía cualquier deseo.

El primer deseo es: llevarme donde está mi madre; cuando llegó donde estaba la madre, y hacía banquetes, hacía manjares de todas las especies, le pide a la madre que le acomode en una canasta los mejores manjares que tenía para la princesa y el rey.

Luego hizo una carta con letras de oro; le llegó la carta a la princesa pero no la podía leer, porque al abrirla la carta se quemaba; el rey le decía que la carta era una ilusión, un encanto;

El Aladino pidió el segundo deseo: era casarse con la princesa; el genio le concedió ese deseo; tuvieron un hijo.

El brujo no se olvidaba del Aladino; aprovechó que el Aladino no estaba en casa, fue a donde la esposa y le dijo que él cambiaba lámparas viejas por nuevas; la princesa no sabía que era la lámpara maravillosa y, como la miró desgastada y vieja, la cambió.

El brujo se fue más que contento; cuando tuvo la lámpara en sus manos, pidió la suerte que el Aladino tenía, pero los genios no le concedieron; ellos sabían reconocer la mano del Aladino. Insistió, hasta que el genio le dijo que le diga las palabras claves y le concedía lo que quería; el brujo mata a la curandera María, se pone el cuero de ella, el niño del Aladino presentaba

fiebre y mandaron a llamar a la curandera; el brujo iba dispuesto a amenazar de muerte al Aladino sino le decía la palabra clave de la lámpara.
Cuando llegó el brujo disfrazado de la curandera, curó al niño, y le dijo que él sabía dónde estaba la lámpara maravillosa, pero que la lámpara pedía la clave, que sólo él podía decirle.
El Aladino lo pensó varias veces, pero algo lo distrajo de la curandera, era el diente, un diamante; el Aladino recordó que la única persona que tenía ese diamante era el brujo, le dio muerte al brujo y la lámpara regresó a él.*

A través de relatos, en los que se oyen las voces de personajes del pasado y, en cierta medida, se ven incorporados en los múltiples íres y venires de la vida de los moradores de esta vereda, constituidos en una parte importante respecto a cómo aún preservan y vitalizan la palabra, manifiesta, desde luego, en narraciones que circulan en el diario vivir de los pueblos, en las desesperanzas, los anhelos, las ambiciones y los comportamientos propios de seres humanos que tratan de dulcificar sus largas horas de faena diaria; así, en el camino del relato surge una actitud dramática, con expresiones de un entorno que se ha ido construyendo y consolidando en la lucha, en medio de flaquezas; sin embargo, allí surge el ingenio para trenzar ideas y palabras, que no se han quedado en la sola imagen del hombre, sino también se la podría encontrar, en una forma algo irónica y quizá en ambientes donde se precise por momentos de reírse un poco, contando historias donde los protagonistas eran animales; es decir, en esta gama de la oralidad se hallan los relatos que, en cierta medida, son similares a fábulas, con las que se han enriquecido y se han reído por montones; por ejemplo, cada vez que alguien decía: “¡Échele el cuento del conejo!”, era para que en muchos rostros se vieran las sonrisas y, algunos, en ciertas circunstancias, preferían la discreción pues, decían que, en relación con ese pequeño diablito, estas historias resultaban muy groseras, pero bastaba con que el día se hubiera pintado de frescura y así las contaban en las moliendas, en las cosechas y en las fiestas, porque sencillamente han sido relatos para reír un poco, pues, según se señala en un texto, “la vena humorística, el manejo picaresco de la lengua, en sus dimensiones polisémicas, las raíces míticas en sus arquetipos zoomórficos, contribuyen a enriquecer el universo mágico.”³²

La fantasía popular nutre de saberes a las viejas y nuevas generaciones, pues a través de estas enseñanzas se explicaban ciertos orígenes, el cuidado de la naturaleza, el respeto y los valores que velaban por la convivencia con los demás, otro modo de aprender a caminar, al oír, en prácticas que desde milenios han permanecido en la memoria. Así, el conejo ha llegado a ser, según dice don Bernardo Enríquez, un animal “bandido”; sino le ha tenido miedo al diablo, aténgase ante a este pícaro, vergajo e inquieto animal que, con el mejor acento español, llegaba diciendo “oiga, tío” y vencía al animal más grande, como ocurre en el relato de La adopción del Tío Conejo:

*Jacinto Mera, 91 años, Cacique Bajo.

³² Mario Razzeto. *Cuento popular andino. Perú*. Quito: IADAP, 1982, p. 15.

El conejo es un personaje bandido, nadie lo quería adoptar, ¿por qué sería?: había molestado a Dios para que lo críe, pues no se sentía conforme con su pequeñez, y el Señor le puso pruebas imposibles, y le dijo:

— Si me traes muerto al alacrán, yo te crío —. Cuando llegó el conejo donde el alacrán, le dijo:

—Oiga, tío, dicen que usted no cabe aquí en esta cajita que traigo; yo no creo en lo que dicen por ahí, usted cabe de vicio; ¡cómo no va a caber, si esta caja es grande y usted es pequeñito! Siga, siga, señor alacrán, y si cabe en esta caja me gano la apuesta —.El conejo, tan sagaz, logró convencer al alacrán, lo hizo meter y la cerró la caja.

Se fue contentísimo; eso, contentísimo llegaba; mi Dios le jaló un poquito las orejas; eso, se divisaba p' arriba orejón, se le hacía al conejo que estaba grande y que así Dios se podía hacer cargo. El señor lo envolató al Tío Conejo, pues no quería hacerse cargo de un conejo tan bandido; entonces, le puso una apuesta más difícil:

— Si me traes al tigre, muerto, me hago cargo y te acabo de criar —. El conejo se las ingenió; se las había dado de peluquero: peluqueó al perro, también lo afeitó y ahí se daban cuenta que el conejo era muy bueno en ese oficio; un día, el tigre le preguntó al perro quién lo había peluqueado y afeitado, porque ha quedado bien:

— ¡El Tío Conejo! —, expresó el perro.

— Entonces me voy donde el Tío Conejo, que me peluquee, porque lo hace muy bien —, respondió el tigre.

El conejo quietecito estaba al ver llegar al tigre; peló el diente.

— Vengo a que me ofrezca sus servicios, Tío Conejo.

— Ha llegado al lugar indicado —, dijo el conejo; el conejo lo peluqueó, lo afeitó; en esas, le surgió una idea:

— Señor tigre, le han crecido barbas en el pescuezo, debe ser por la vejez; incline un poquito más la cabeza —.Cuando el tigre alza el cuello y,¡razzz!, lo cortó con la navaja de afeitar; al matar al tigre, se fue contentísimo a llevárselo al Señor. Eso, brincaba y brincaba queriendo crecer más y que así sea adoptado. El Señor se asustó al ver que el Tío Conejo era más astuto que él; el conejo brincaba y brincaba queriendo un sí de adopción; el Señor le puso un reto más grande:

— Si me traes al oso, muerto, me hago cargo de ti y te acabo de criar —.Sólo era para quitárselo de encima, pa' que no lo moleste. El conejo se fue en busca del oso; por ahí se enteró que al oso le gustaba mucho la carne:

— Oiga, señor oso, ¿a usted no le interesaría comerse una vaca?; yo no como carne, sólo como hierbitas —.El conejo se fue a un plan, por allá por La Ladera, y en una peña cuevió y cuevió.

— Le hago este obsequio: mire que la tengo amarrada en ese árbol —; la maneó y se la echó a rodar;— usted me espera en ese plancito, y usted, como es el oso y es fuerte, cuando la vaca caiga, usted la detiene; está ahí, como para usted; lo que pasa es que me estoy jugando una apuesta, de que usted no se come una vaca.

— ¡Ahhhh, sí!, Tío Conejo;¡clarooo, yo me como esa vaca!

— Vea, para que la vaca no lo vea, usted la espera aquí, de espaldas; a lo que vaya a caer de esa montaña, porque se la echo a rodar al plan, ahí la sostiene la vaca, usted que es fuerte —.El oso, confiado del conejo, esperó a que cayera la vaca; pero no cayó la vaca sino una piedra gigante, que lo mató.

Se fue Tío Conejo a llevarle a nuestro Señor el oso muerto, como era la petición. Y el conejo brincaba y brincaba al escuchar un sí, que sí lo críe, y le jaló un poquito más las orejas; y el Señor pensaba: *Si este diablito, si me lo quedo, si lo hago más grande, ¿quién lo lidia?*

El Señor agotó la posibilidad de que el conejo se dé por vencido; ya no más animales terrestres, ahora le puso de prueba animal volador.

— Bueno yo te acabo de criar —, dijo el Señor, — pero si me traes al gavián —.Era bien sabido que el gavián, para chillar, levanta la cabeza; aprovechó el Tío Conejo que el gavián se puso en un árbol; mientras el gavián chillaba, daba pasos, y cuando dejaba de chillar, se quedaba quieto. Cuando estaba en un chaguarquero y el gavián chille y chille, chío, chío, chío, y otra carrera, cuando pegó el último chillido, alzando la cabeza para chillar, chíooo,chi, y ¡raz!, el conejo lo cogió de una pata; en ese momento, le cogió la pata y lo amarró y se fue con

su gavilán, lo llevó donde el Señor; al verlo, sintió que ya no pudo quitárselo de encima al conejo, pero ni así el Señor lo adoptaba; el conejo le pedía una explicación que por qué no se hacía cargo de él, si había hecho todo lo que le pedía; que él seguía pequeñito, y porqué a los demás animales los había hecho grandes y él seguía guatico, guatico.

— Bueno, bueno, la última —, le dijo,

— Ésta si ya es la última; si puedes lograr esto último, te adopto y te hago un animalito grande; si me traes la culebra —.Al conejo difícilmente algo le podía salir adelante; se había llevado un puro, le abrió una boca; dizque iba por el camino: ¡purumpun, pum, purumpum, pun!, tocando el puro; al escuchar la música, al sonido del zumbo, salió la culebra.

— Tía culebra, me mandaron a una apuesta, que usted no cabe en este puro, y yo digo que cabe.

— No, tal vez no quepo —, dijo la culebra.

— Síii, usted cabe de vicio; a mí me apuestan que usted no cabe y yo digo que sí; a ver, sólo por ver, mídase en este puro; como usted se enrosca, de seguro que cabe —.La inocente culebra se fue enroscando en el puro; cuando terminó de enroscarse, tapó el puro. Llegó con culebra en mano; eso, contentísimo se fue donde nuestro Señor, y jode que lo críe, y sólo le jaló fue las orejas; el conejo contentísimo, pero sólo se miraba así chiquito y orejón no más.

— Bueno —, dijo el Señor, — me has demostrado que tus destrezas son muchas, pero todavía no me convences; ahora te voy a pedir un reto entre los dos.

— ¿Qué será? —, dijo el conejo.

— Vamos a ver quién de los dos grita más duro: si tú gritas más duro, yo te acabo de criar, y si yo grito más duro, te rindes —.El conejo gritó lo más que pudo, con todas sus fuerzas, hizo estremecer al Señor.

— No creo que usted supere mi grito —, dijo el conejo. — Ahora su turno.

Cuando iba a gritar el Señor, ¡trulundrún!, un trueno; salió corriendo Tío Conejo, se perdió, y por eso el conejo quedó nervioso por los truenos, los ojos rojos por el susto y las orejas grandes.

De esta manera, queda el doble sentido inscrito en el relato, con dos ejes centrales: la adopción, o el hacerse cargo del conejo, y el anhelo tan ferviente que tenía el conejo de poder crecer y ser como los demás animales que él admiraba, por ser grandes y fuertes. Esta sobre el Tío Conejo es una de las narraciones que tiene el atractivo y la gracia de entretener a sus oyentes; la narración, conforme a lo contemplado en el relato, cumple de manera tal con el desarrollo de la historia en el relato “El Conejo”, sólo que en el relato que Eduardo Galeano presenta habla únicamente sobre el crecimiento que buscaba el animal; el relato difiere en el final en el que Dios se deshace, mientras que en “La adopción del Tío Conejo”, lo venció el ruido estrepitoso del trueno; en “El Conejo”, Dios lo arrojó a la tierra, y termina así: “De aquella vez quedaron largas las orejas del conejo, cortas las patas delanteras, que extendió para parar la caída, y colorados los ojos, por el pánico”.³³

Nuevamente, las personas se aglomeraban, trataban de acercarse, sin importar las distancias demarcadas en Cacique para divertirse un rato, para oír hablar sobre el conejo y las travesuras que hace; mientras se calentaba el café y se disponían unos envueltos de maíz, venían de un lado y de otro a oír y seguir deleitándose con estas historias fantásticas, como la referente a Tío Conejo y Tío Lobo.

³³ Eduardo Galeano. *Memoria del fuego (I). Los nacimientos*. México: Siglo XXI, 1982, p. 29.

Un señor dizque tenía hartísimas ardillas; el conejo les había echado un ojo, para poder comérselas.

El conejo le cogió las patitas a una ardilla y la ardilla le dijo:

—Si no me sueltas, te pego —, y ¡zasss!, le pegaba, y ¡zas!, le volvía a pegar; ya estaba para comérsela y llegó el Tío Lobo. El conejo le dice:

— Tío Lobo, Tío Lobo, venga, sáqueme de aquí y se queda cuidándome el lugar; mientras tanto, come gallinas, ardillas, raposas, lo que encuentre en el corral.

— Bueno —, dizque dijo el lobo, obediente; entró al corral; el granjero tenía que marcar a los animales grandes de la granja, para diferenciarlos; calentó una varilla y lo pringó al lobo; ya que este era muy grande, lo marcaron al lobo. El conejo llegó al rato salte y salte y le dijo:

— ¡Tío Lobo, Tío Lobo, te quemaron el rabo por bobo!*

La astucia de Tío Conejo, presente en los relatos, revela su ingenio y las destrezas para salirse con la suya. Ahora, también está el relato de Tío Conejo y Tía Zorra, que establece un juego de picardía, en que algunos podrían tildarlos de obscenos, pero cuando se habla sobre este tipo de relatos con personajes zoomórficos humanizados, resulta de gran interés “echar los cuentos del conejo”, decía Don Marcial Enríquez, como el de Tío Conejo y Tía Zorra y la organización que propuso el Borrego y lo que les había sucedido:

Una vez había ido Tío Conejo salte y salte, en una cueva, contentísimo, y la zorra raposa también se había metido a brincar y había hecho una entrada grande y la salida angosta; ambos entraron y quedaron atrapados en la salida angosta; la zorra había entrado por la puerta grande. Quedaron atrapados en ese hueco y el conejo la había dejado embarazada; se fueron a un sorbedero de agua y, asfixiados del calor, sedientos de no poder alargar la cabeza para probar agua.

El conejo se había recostado en una canoa que hizo con los dientes, cuando, con eso, logró destapar la salida y se fue por un río; se le habían pegado un poco de hojas, llegó al pozo de agua y la zorra le dijo desde lo alto:

— Beba, beba, Hojarascarito, ¿desde cuándo no habrá bebido?—Y el conejo, presumido, le dijo:

— ¡Desde que te jodí!

La zorra se había convertido en la sombra del conejo, no lo dejaba en paz; tanto lo atormentó, que el conejo le dijo:

— Está bien, ¿qué te doy para que me dejes en paz? —La zorra le dice:

—Por cada zorrillo que tenga, me tienes que dar una gallina—.Nacieron cuatro zorrillos y el conejo se llevó uno, lo mató y lo asó; llegó donde la zorra a decirle que le traía carne del mejor pavo.La zorra comió con gusto; decía que era la mejor carne de pavo que había probado, y así hizo con cada uno de los hijos de la zorra.

La zorra, extrañada, le dice que le pase a sus hijos; el conejo, con mirada pícara, le dice:

— ¡¿Queeé!, no te acuerdas que te los comiste?!

Es posible que al llamarlo, en este relato, “Hojarascarito”, porque habla de un conejo silvestre y de bosque, se intente hacer una presentación de una narración andina, relacionada con un protector de los bosques y de los animales que viven en la selva, más conocida como “El Hojarasquín del monte”, como se percibe también en el relato “El borrego”, que dice así:

*Camilo López, 14 años, Cacique Alto.

En un desierto vivían los animales feroces y débiles; habían hecho una división de aquellos animales que vivían en lo alto y otros en lo bajo: los animales feroces vivían en el suelo, por ejemplo, y los indefensos, los animales pequeños habían hecho una cama en los árboles, para que no se los coman.

Entre los animales pequeños estaban el conejo, el borrego y el gallo que, incómodos, vivían en los árboles; en el suelo estaba el león, el tigre, el oso, permanecían sentados en un caguito*.

El conejo, que era el jefe de los animales dóciles, le dijo al borrego:

— Tío, tío, tío, quiero mear —; el conejo le dijo:

—Échate patas arriba y te orinas en la lana, para que no caiga hacia abajo, donde los animales feroces —.El borrego calculó mal, se hizo muy al filo y se desgualangó para abajo; los animales se asustaron tanto que salieron corriendo, ni se miró para dónde salieron. Entonces, bajaron el Tío Conejo y los animales domésticos a mirar el lugar de los animales feroces; dizque era un lugar inmenso y, ahora, los animales pequeños se paseaban como grandes animales.

Son grandes las proezas que los animales hacen, donde está presente casi siempre la derrota del animal grande que, por su lógica contextura, merece una espacialidad amplia, mientras que los otros animales, por ser pequeños, se tendrían que acomodar en palos de árboles e ingeniárselas para que no los atrapen, debido a la existencia de la llamada cadena alimenticia, en una tremenda lucha a favor de la subsistencia del pequeño.

Esta vez las fábulas recurren a la voz de la raposa, o también conocida como la rata, y el gavilán hace el cortejo a tan inesperadas acciones y, para seguir contando estas divertidas historias, Don Jacinto “Come pan”, así le dicen y lo conocen porque él, por referir cada cuento pide un pan, de lo contrario prefiere callar, comparte el relato de Las bodas en el cielo, que dice así:

Dizque estaban pelando un chumbo; la mujer estaba sazonando un chumbo, tenía el achote, la cebolla; en fin, cuando salió un gallo grande, como para no descontentar, y dizque dijo:

— Me lo voy a llevar, peor es nada—. Cuando había estado el cazador, en el monte, esperando la raposa para matarla, porque dizque iba a hacer las bodas en el cielo, vino y se apareció la raposa y dizque dijo:

—¡Eh, eh, eh!, yo no puedo andar, ¿cómo me voy a ir al cielo a comer las bodas?—, y el gavilán listo dizque dijo:

—¡Aaah!, vos, raposa, sí has sido tonta; vuelta yo sí soy vivo, pues yo te llevo—, dizque le dijo.

—¿Y cómo me llevas? —, dijo la raposa.

—Te montas y voy con mañita, p’ allí, p’ acá—. Y ha sido mentira, ha sido engaño del gavilán para comerse la raposa, y ella alegre que iba a ir en compañía del gavilán a comer las bodas del cielo.

El gavilán hizo el amague como si la llevara a la raposa, iban en dirección del cielo pero, al llegar cerca del firmamento, descendió el gavilán, y la raposa, ya preocupada y sospechando de su fatal destino, dizque decía:

— ¡Ni más bodas al cielo, ni más!

La raposa soñaba con bodas en el cielo, y el gavilán ya se había comido su boda.

* Se le llama así, en Cacique, a la construcción de un vasar hecho de madera.

3.10. LOS GIGANTES

Hay leyendas en las que se cuenta sobre la llegada de gigantes a América, unos hombres de fuerza descomunal, cuya existencia fue perecedera; eran seres humanos de gran tamaño, mayor al habitual; existe un gran enigma en torno a su existencia sea en lugares recónditos de la tierra cuando se han encontrado restos o la presencia de gigantes en algún momento de la historia; Javier Ocampo, en un aparte dedicado a la leyenda de los gigantes, afirma: “cuando el cronista italiano Antonio de Pigafetta, de la expedición de Fernando de Magallanes, en su viaje alrededor del mundo, descubrió los indios de Tierra del Fuego en Suramérica, habló de grandes gigantes a quienes llamó *patagones* (gentes de pies grandes)”.³⁴

Pero, si alguna vez los hubo, el origen de los gigantes es incierto; resulta que, según la mitología griega, “los gigantes nacieron cuando la sangre de Urano fecundó a Gea, la Tierra; eran seres enormes y de fuerza invencible. Pero podían morir por efecto de los golpes aunados de un dios y un mortal. Cuando los gigantes se rebelaron contra el Olimpo, fueron derrotados y heridos por rayos y flechas y convertidos en rocas, montañas, islas, etc.”³⁵ En las múltiples historias sobre estos seres, por su contextura tosca los retrataban como unos monstruos.

Según algunos dicen, los gigantes eran seres de aspecto humano, primitivos y de una fuerza sobrenatural; en muchas culturas, los gigantes se han convertido en leyendas de múltiples características y poderes; ejemplo de ello es la aparición del gigante Polifemo en la *Odisea* de Homero, hombre de un solo ojo (cíclope), o, también, en Mesopotamia, el gigante de Humbaba, perteneciente a la leyenda de Gilgamesh; en el contexto andino, también se cuentan historias de gigantes, ya que se han encontrado huesos grandes de forma humana, en especial en el Perú y en una zona de la selva amazónica de Ecuador, donde descubrieron una estructura piramidal y objetos de gran tamaño. En la región de Cacique, recuerdan con absoluta admiración la presencia de los gigantes como seres invencibles, rubios, y que producían mucho asombro, por la forma cómo vivían, cómo vestían y cargaban con lo que fuera posible, sin ningún esfuerzo. Así, se relata una historia titulada Los gigantes:

Eran una raza pequeña que se extinguió hace mucho tiempo; eso, ¿cuántos años hará que existían los gigantes?, y no se escuchó hablar más de ellos, pues.

Contaba mi mamita que uno de los gigantes se llamaba José Pérsides; eso, dizque cogía un gualmo de palo con solo tres dedos, cortaba ocho troncos de leña y se los echaba a la espalda y eso dizque hacía temblar la tierra donde pisaba; por las ventanas miraba esa gente que venía José con una oveja en una sola mano, cuando venía de la quebrada de Burroguaiico; se dedicaba a la agricultura dura, era palee y palee todo el día; decían que hacían pites esas palas de

³⁴ Javier Ocampo López. *Mitos Colombianos*. Bogotá: El Ancora Editores, 1988, p. 199.

³⁵ *Ibid.*, p. 198-199.

cosecha de tanta la fuerza; sacaba yuca, guineo, ñame, plátano, llevaba en una jigra grandota que le hicieron hacer sólo para él; también se dedicaba a la matanza de animales.

Otro gigante reconocido era Oliades, de ojos verdes y pelo rizado rubio; qué simpáticos que eran, oiga!; contaban que había unos helechos que tenían una cepa de raíz que iba a dar hasta un potrero que le decían El chiquero, había harto helecho para hacer casas; el finado cortaba ocho helechos, así de fácil como cortar varas de eucalipto. Y cuando lo veían, también que llegaba con unos piedrerones en la espalda para afilar las hachas.

Esa raza de gigantes, como eran tan fuertes, decían que cogían a un becerro y lo mandaban al otro lado de la zanja; contaban que tenían tres dedos no más, tenían que comer en unos grandes platos de madera y unas cucharas de palo grandes, como de las que se hacen comidas para las fiestas; y la ropa dizque la hacían pites lavándola con esas manerones; se escuchaba que, ¡juaf, juaf!, hacía sonar la ropa lavándola con unos palos.

Decía mi mamita que duraban cien años, y que no había quien se ponga a cavar la tierra pa' enterrarlos, ¿quién se iba a poner en ese trabajo?; y, más antes, esa gente dizque era puta perezosa, entonces ellos se quedaban tendiditos no más, y que en piedras se convertían, pero de ahí les salía, hierba, musgo, ya se perdían con las montañas.



Figura 18.La raza de gigantes, ilustrada por Fabio Males.

Los cuentos populares que hablan de encantos y fantasía se remiten a épocas de castillos, princesas y demás heroísmo, que exaltan la vida de riqueza, siempre ligada a la recompensa del pobre, en idealizaciones de épocas de reyes avaros y también nobles. Esta difusión a través de los continentes llega y se reinterpreta en esta circulación; la mayoría de estas historias se sitúa en una época de oro e incluye, en general, desenlaces felices, tras haber contado aventuras, amores, batallas, enigmas que resolver y ubicados en mundos fuera del tiempo y del espacio “real”, que desafían lo creíble y el mundo de lo onírico. Así, Don Bernardo Enríquez cuenta las maravillosas historias de princesas, que se remontan a otra época, la que, según parece, para él no ha sido ni tan lejana ni tan incierta, como lo muestra en el relato de Los siete cabellos de oro, que se narra como sigue:

El rey tenía una princesa; aquella princesa poseía cantidad de pretendientes y admiradores de todas las clases sociales, los cuales la ambicionaban para esposa. La princesa guardaba un secreto, nadie sabía lo que ella escondía en su interior; el rey mandó a llamar a su palacio a los pretendientes de la princesa, para que le adivinaran cuál era el secreto que escondía la princesa; a cambio les daba la mano de la princesa para esposa.

El más tonto y pobre del pueblo se enteró de la propuesta del rey; se dedicó a engordar tres puercos; al tiempo, la princesa fue a comprar un puerco a donde el más tonto; le preguntó si vendía el puerco. El patojo respondió:

— ¿Se lo vendo?... , como que no se lo vendo; a ver, princesa, si se sube hasta la rodilla el vestido, se lo vendo—.La madrina asintió con la cabeza, que le muestre hasta la rodilla; la princesa hizo caso; la princesa hizo lo que el patojo le decía y se llevó el puerco; el tonto calculó que al mes se les acababa el puerco y la princesa volvería por el otro. Efectivamente.

— Patojo, ¿vendes el puerco?

— ¿Se lo vendo?... , como que no se lo vendo; si se levanta el vestido hasta las piernas, se lo regalo —.La princesa se levantó el vestido hasta donde decía y se fue con el puerco; al mes volvió por el tercer puerco.

— Patojo, ¿vendes el puerco?

— ¿Se lo vendo?... , como que no se lo vendo; si me muestra hasta la cintura, yo se lo regalo, mi princesa —.El tonto, que no era tonto, sino que, en verdad, se hacía: un tonto vivo logró mirar qué secreto escondía la princesa.

Se llegó el día de la reunión que iba a hacer el rey; hicieron la fila los pretendientes de la princesa; iban pasando uno por uno y nadie adivinaba; el patojo se hizo de último en la fila; en la fila quedaron dos: uno era príncipe y el otro era el tonto; el rey preguntó:

— ¿Quién adivina cuál es el secreto que lleva la princesa, qué esconde dentro de sí? — El tonto tomó la palabra, diciendo:

— Mi rey, el secreto que guarda la princesa son los siete cabellos de oro que le dan tres vueltas y llegan hasta la cintura.

—Y tú, príncipe, ¿qué ibas a decir? —, dijo el rey.

— Yo iba a decir lo mismo, su alteza —.Hubo un empate; el rey, al ver que el secreto era ya descubierto, propuso que quien amanezca acostado con la princesa, se quedaba con ella para siempre.

La princesa no iba a preferir dormir con el pobre, el patojo; escogió al príncipe. El tonto no se quedó de brazos cruzados; mientras amanecía pensaba qué iba a hacer. Faltaban cinco minutos para las seis de la mañana, el tonto se disfrazó de sirviente y fue al cuarto donde estaba la princesa y le dijo al príncipe que el rey lo necesitaba en la corte; inmediatamente, aprovecha, mientras el príncipe se va a la corte, y se acuesta en la cama de la princesa y el rey ha llegado a ver quién será el futuro esposo.

— ¿Eres tú, patojo, eres tú quien se convertirá en príncipe?! Bienvenido a mi reino; te entrego a mi princesa.

En los relatos populares es fácil percibir el interés por incluir valores que engrandecen a las personas, en caracterizaciones que, en general, obtienen un premio; este relato popular se inspira en la supuesta aparición de un borrego que tiene en su frente un diamante; dicen que este animal aparece para atraer la buena suerte, y cuando brilla el diamante hay que agradecerle al borrego; es una historia más, en palabras de Don Marcial Enríquez:

SOBRE LA ENVIDIA

*“La niña bonita debajo de la artesa,
la pinga de burra sentada en la mesa”.*

Dos jóvenes princesas las querían poseer para mujeres y así contraer matrimonio: la que no tenía envidia tenía un borreguito, la envidiosa no realizaba los oficios correspondientes; la que no era envidiosa le correspondía hilar y siempre hilar, el borreguito le ayudaba, pero un día se le murió, ya no hiló más; en cambio, el oficio de ir a lavar menudo de marrano, ese era el trabajo que a diario lo hacía y, como siempre, bien; un día, por estar embelesada, se le fueron las tripas del marrano por la pila; la joven no sabía qué hacer; apesadumbrada y fatigosa, oyó una voz que le decía que dejara de hacer lo que estaba haciendo, vaya y se asome en un aljibe, que ahí estarían las tripas de marrano que se le habían ido.

Extrañada, se asomó en las aguas quietas y misteriosas del aljibe y se le prendió un diamante en la frente; decían que en el aljibe pudo encontrar joyas, diamantes, collares y artes de oro.

En el pueblo se regó la noticia de que había una princesa con un diamante en la frente; la hermana envidiosa y piscuda de ver que recibía regalos, visitas y noticias de hombres pidiendo su mano, ¡ahhhh, pero ella estaba oculta, nadie sabía dónde estaba!

La hermana envidiosa hizo lo mismo: mató a un borreguito, cogió sus tripas y las tiró por la pila, y se asomó en el aljibe esperando que un diamante se le pegara en su frente; lo único que se le prendió fue una “pinga” de burro.

Los padres de las príncipas querían que la de la pinga de burro contraiga matrimonio, pero, para ocultar el defecto, la taparon con unos telares; a la otra también, porque el diamante resplandecía tanto que no dejaba anochecer; desde entonces, los días eran más largos, oscurecía tardíamente.

En la fiesta que hubo, para pedir la mano de la princesa, había un príncipe que anhelaba como esposa a la del diamante; los padres le hicieron creer que el diamante lo verá cuando sea mujer y le toque parir un hijo.

Había unos curillos dentro de la fiesta y uno de ellos sabía hablar, y comenzó a decir:

La niña bonita debajo de la artesa
y la pinga de burra sentada en la mesa.

La niña bonita debajo de la artesa
y la pinga de burra sentada en la mesa.*

Otro de los relatos habla de un “entundamiento”, por desafiar el orden del tiempo y el espacio y quedarse viendo con detenimiento una maravilla del cielo, un pájaro que no era de esta vida; y así pasaron los años y el niño, petrificado, seguía atrapado por un encanto

* Bernardo Enríquez, 78 años, San Juan de Pasto.

del que sólo él era parte, y en el mundo exterior los años habían proseguido con total normalidad:

—¿Cómo sería esa maravilla, que el niño permaneció intacto?, a lo mejor así debe ser el cielo, profiere Don Bernardo.

Y prosigue con el relato titulado Una maravilla en el cielo, que dice así:

Un niño tenía la ambición de ver una maravilla del cielo, porque el cielo, que dicen, las palabras no alcanzan a describirlo.

Los padres del niño le habían encomendado que trajera pan, con un canasto y un centavo. El niño iba en la calle, cuando una lucecita lo distrajo; fue a ver qué era: se le había representado una maravilla del cielo, un pajarito, el más bello pájaro; el niño se quedó ahí, entundado en ese pájaro, y el niño no se había dado cuenta que los años habían pasado; ni parpadeaba, su mirada estaba atenta a esa maravilla del cielo, el pájaro más bello.

El niño despertó del encanto, se acordó que tenía que comprar el pan; ahí se dio cuenta que los años habían pasado, ya era un joven; el centavo con el que iba a comprar no valía nada, era plata antigua.

Cuando fue a buscar a sus papás, ya nadie vivía en esa casa, estaba vacía; él preguntó a los habitantes del pueblo si habían mirado a sus padres, porque él se había entundado por ver una maravilla del cielo.

Se le ocurrió, al fin, ir a buscarlos a una iglesia, en el libro de defunción mortuoria, y ahí figuraba los nombres; por eso, es un ejemplo que, en la otra vida, ya no habrá dolor, y el tiempo será imaginario; ya no habrá angustias, sino que, con una de las maravillas del cielo, uno vive lleno; vive con salud, feliz.

Estas historias se les contaban a los niños para apartarlos del peligro, en especial cuando, en el entorno rural, siempre ha representado un peligro irse bosque adentro, hacia lugares que pertenecían a brujas, que tomaban la forma de ancianas benévolas, o también se referían a los peligros que enfrentaban al estar en contacto directo con los aljibes, porque al acercarse y agacharse para mirarse en ellos, mareaban y hacían que los niños cayeran en ellos. Este relato que viene tiene un valor importante respecto a la orfandad, pues incorpora experiencias en las que se habla sobre la facilidad con la que algunos padres habían abandonado a los hijos, los habían dejado librados a la suerte:

Una historia que apenas la cuento, lloro de la pena, es lo que le pasó a misia “Perita”: una mala madre la abandonó apenas la tuvo. Yo estuve allí: era un poquito más grandecita que ella y recuerdo cómo la encontraron tirada en una zanja, junto a la basura de plátano y papa; allí estaba ellita, chiquitica y comiéndosela los moscos y los perros; lo que no me acuerdo, ’ezque decían que la estaba cuidando una puerca y, por los chillidos de esa puerquita, dieron con misia Perita, y unas comadronas, que llegaban de El Encano junto con un padre, ya la habían ido a traer, la habían aseado, la bautizaron y se la llevaron para cuidarla. Después, ya grandecita, llegó a Robles, nuevamente, a vivir.

Estos son relatos, que incorporan elementos de la vida real, son punto de apoyo utilizado para crear y difundir historias sobre personas, en las que se refiere un terrible suceso, y lo contaban para que el oyente imaginara una posible desventura a la que los niños podrían

enfrentarse si los abandonaran los padres a su suerte, quizá con la esperanza de que esa historia no volviera a repetirse. Ahora, “Los criaditos” es una historia que cuenta una aventura de dos niños huérfanos, que cayeron en manos de una malvada tuerta, en una trama con la que, con cierta facilidad, podría recordarse la narración que casi todos conocen, la de los hermanitos Hansel y Gretel, una de cuyas versiones corresponde a los hermanos alemanes Jacob y Wilhelm Grim; la historia anunciada dice así:

Cuentan que, en esos tiempos, los niños se perdían a cada rato, ya no volvían más: a muchos los daban por muerticos, a otros decían que se los había llevado el aljibe, porque dicen que cuando un niño se queda mucho tiempo mirando el aljibe, éste lo atrae, como que lo absorbe. Cuando, dizque habían quedado huerfanitos un par de niños, y de los pobres niñitos guarichitos, nadies se hacía cargo, hasta que un día se ofreció una vieja tuerta, se ofreció a cuidarlos; eso, les daba de comer y de vestir.

—Coman, coman, mis hijitos; ¿desde cuándo no habrán comido? —, dizque decía.

La vieja tuerta tenía la intención era de comerse a los criaditos; esa viejita ya estaba era demente, porque se comía a los niños; por eso los alimentaba, para comérselos. Les tocaba un dedito y ahí sabía si estaban gorditos.

Los criaditos, cautivos, miraban que lo mismo pasaba con otros niños; dizque cogía la paila, la ponía en la tulpá, y eso era hierve y hierve; les ponía la escalera, entonces ella les decía que allá arriba, en esa repisita habían dulces, colaciones, pirulos, dulces de panela, lo que más le apetecía a los niños,

— Súbanse, mis hijitos, súbanse; bajen las golosinas, que sus papases dejaron guardadas; los niños subían las escaleras, dos, tres, cuatro palitos y, cuando están ya cerca de la paila, la vieja les volteaba la escalera y ahí los cocinaba y se los comía.

—Coman, coman, mis hijitos; ya van a estar gorditos —, decía.

La vieja puso a hervir una paila grande que tenía, ya dizque los iba a cocinar en ese pailerón, pero, al tocarle los bracitos al guarichito, la Virgen Santísima de Las Lajas, sería, les puso un ratón; el niñito lo cogió y le hizo que tocara fue el rabito del ratón, para que crea que estaba flaco, flaco.

Enojada, la vieja tuerta, que no podían engordar, al fin cogió a la niñita, que eso sí que estaba como puerquito de gorda, esa vieja los alimentaba con carne, cuando la cogió a la niñita, obligándola a subir esa escalera que les ponía, que sólo era, bueno, hasta el tercer palito, porque los demás eran de mentiras, eran una trampa; la guarichita que cogió, pegó un brinco de p’ atrás y la vieja que perdió el equilibrio y se fue directico pa’ la paila con agua hirviendo, la Virgen Santísima los libró de la vieja tuerta.*

Estos tiempos difíciles, que no desaparecen con los años, sino quizás cambian algunas de las circunstancias, son el marco para las experiencias que han vivido y viven los campesinos que, ya sea en la siembra o en las moliendas de caña han trabajado para unos impostores, pues la explotación laboral ha sido desde siempre la trampa en la que muchos jóvenes han vendido su alma a los avaros, ya por un mísero sueldo o por el trabajo en vano, el que se hace y se invisibiliza. Algunos patrones han llenado sus bolsillos al aprovecharse de la esperanza de muchos otros hombres, a los que los han sorprendido los ojos de la pobreza y la necesidad, como lo refiere este relato, titulado Zapatero de oficio, que dice así:

*Susana Acosta, 74 años, Cacique Alto.

La vida de los jóvenes, antes, era trabajar duro y sin ganar casi nada; un joven cayó en manos de un patrón tacaño, trabajaba en una molienda; el joven trabajaba noche y día para ganarse un centavo, y así pasaron diez años.

El joven había reunido algún dinero, se casó, montó su propio negocio: un zapatero, no de oficio, sino de trampa; se puso un letrado, que decía: «Zapateros habrán, pero como yo, ninguno».

Un día, pasaba el hijo de un rey, a pedirle que le haga unos zapatos; el joven, pícaro, le dijo que bueno, que para tal día los tenía; pasaron los días y el zapatero nada que tenía el calzado; el príncipe se acercaba, no tuvo más remedio que hacerse el muerto.

— Vengo por mis zapatos, señora.

— Su alteza, lo siento, no tendrá zapatos, porque mi marido acaba de morir.

— Es un pesar; tenga, le voy a pagar el triple, para que pague el entierro; tenga tres bolsas de plata —.Así, se dedicó a estafar a la gente, de pueblo en pueblo; al tiempo, hizo mucho dinero fabricando zapatos falsos; dejó de trabajar; miró que pasaba un viejito y se había caído del caballo; era el antiguo jefe, el que tanto lo estafó cuando era niño; le pidió ayuda, pero el joven se la negó.

El hombre murió y, en la noche, se le presentó en un sueño, diciéndole que él estaba en el infierno y que tenía, por deber, pagarle, por nueve noches, lo que no le pagó en el tiempo que estuvo trabajando; el anciano le daba el consejo, que lo mismo tenía que hacer: por nueve días, devolver lo que había estafado, sino quería terminar como él.*

Estos relatos reflexionan sobre la llamada fe y expresan esa divergencia entre la fe y la incredulidad, también insertas en las historias que desacralizan la vida del más allá, como ocurre en el caso del siguiente relato, en el que se gira en torno a la función de los sacerdotes en las valoraciones profanas, con un pensamiento que se opone a la fe y a su doble moral, en narraciones secularizadas, más allá del sincretismo religioso que ha regido en la sociedad, pues aquí se presentan unas acciones, protagonizadas por un niño, o un duende, donde se satirizan los comportamientos que ponen en tela de juicio la validez de la religiosidad encarnada en la figura de un sacerdote, como en el relato titulado El niño pícaro, que Don Célamo narra, y dice así:

Una muchacha dizque tenía sus encuentros nocturnos con un sacerdote, todas las noches; el sacerdote tenía un hijo criado, que era el que hacía las labores múltiples del hogar, y este niño se había dado cuenta de los encuentros amorosos entre estos dos y se dispuso a hacerle la vida imposible al sacerdote; el niño se daba cuenta que el padre se levantaba con mañita en las noches y se pasaba al cuarto de la muchacha que, según él decía, que llegaba sólo a dormir al convento, porque no tenía hogar y como, a oscuras, era la oportunidad de nadie verlo, entonces el niño ponía baldes de agua, cuando ¡tas!, un pie en el agua, ¡qué estruendo que hacía! Y ese fue el hecho de todas las noches, hasta que el padre se dio cuenta.

La muchacha le decía que mande a su criadito a traer agua en el aljibe, en las noches, para ellos poder consumir su amor tranquilos; el niño los había escuchado y se había aportado a llenar, en un pozo cercano, agua.

—A ver, criado, desde ahora te vas a sacar agua al aljibe de abajo, y si no quiere ir, pues una juetiada te doy, y también llevas a la mula a amarrarla en el potrero del vecino, que hay harta hierba—.Como del niño nadie se hacía cargo, ni se comprometía a ayudarlo a criar, le tocaba hacer todo lo que decía el padre.

—Bueno, yo voy; no se preocupe—.El niño se había subido a un árbol, del que se miraba la casa, y le llegó la muchacha al convento:

*Célamo Quemá, 43 años, Cacique Alto.

—Buenas noches, padrecito; buenas noches, su reverencia.
 —Buenas noches, hijita; siga, no más—.Al fin, el padre pudo llegarle a la cama, tranquilo, y sin que nadie los moleste, y la muchacha dizque decía:
 —Padre, un chiquillo; padre, un chiquillo—.El padre, que no sabía de lo que le estaba hablando la muchacha, decía:
 —Lo que Dios dé, hijita; lo que Dios dé—.Habiendo terminado de consumir su amor, el padre le decía:
 —Ay, hijita, ahora sí me hiciste conocer el mundo entero.
 —Padre—, dijo, entonces, el niño, —usted que conoce el mundo entero, ¿usted no sabe dónde estará la mulita, que no la encuentro? —El padre, avergonzado, apenado, no sabía ni qué hacer; al verse descubierto por el niño, se bajó la sotana y, a palos, bajó al criado.
 Llegó la hora de la comida y el padre lo había castigado no dándole de comer; entonces, el niño cogió varios libros del padre, los arregló como escalera y se bajó unas galletas. El padre no tardó en darse cuenta:
 —Tú te has comido mis galletas; ¿por dónde es que te subiste?
 —Por letra, padre.
 —A ver, niño, no me hagas perder la paciencia, ¿cómo subiste?
 —Usted, que conoce el mundo entero, ¿no sabe qué es por letra? —.El padre le pidió que se fuera, antes de castigarlo. Era ya de noche; aprovechó que el padre roncaba, dormía profundamente, entró a la habitación y le pintó la cara con unos colores; le hizo unos dibujos, lo hacían parecer un diablo.
 Al otro día, al padre le tocaba dar misa de seis de la mañana, pero, como se le hizo tarde, no se miró al espejo; llegó al altar y miró que la gente se reía entre sí, por la cara pintada; el padre pensó que el niño había divulgado el encuentro con la joven; aprovechó la hora del Salmo y dijo:
 —Bueno, todos los aquí presentes me van a decir sino me han visto así.
 —No, padre—, dijo una señora, — no lo hemos visto así; es mejor que se mire en un espejo—. El padre agachó la cabeza y les dijo que se sentía apenado y que la joven era la culpable, porque lo llegó a buscar—.Todos se alarmaron con semejante confesión; una señora dijo:
 —Padre, nosotros no pensamos que usted se miraba a escondidas; nosotros nos reíamos de las figuras que tiene pintadas en la cara.

Tras ese episodio, que recoge hechos de la vida de muchos sitios, en el relato que sigue aparece la figura del duende, sobre el que va a enfatizarse en narraciones que aluden a su presencia, con historias que lo incorporan en relación con el enamoramiento de un sacerdote; el duende burla estos hechos, pone suciedades en la comida, rechaza todo tipo de impudores; Don Célimo, entonces, cuenta el suceso de la metamorfosis del duende en gato, en el texto titulado El duende gato, que dice así:

Había un padre, que era casado; estaba en la iglesia, cuando sintió un gatico que chillaba y no sabía dónde era que chillaba; lo va a ver, era un gato muy pequeño, y se fue donde la mujer y le dijo:
 —Vea, m' hija, este gatico que me encontré —.Le dieron leche, queso, se crió un lindo gato; pasó el tiempo y la comida empezó a tener un sabor feo, se veía mugre en la sopa, pero nadie decía nada; un día, enfermó el padre y no fue a trabajar, se quedó en la cama; el padre miró que su esposa se fue y el gato se había quedado mirándola hasta que ella se perdía en el camino, pero el gato no miraba al padre.
 El padre se tapó con las cobijas y miró que el gato salió de la casa a traer estiércol de vaca; la sopa estaba hirviendo y el gato le echó estiércol a la comida, tapó la olla; el gato se fue a dormir.

La señora llegaba, iba a repartir la comida; el padre le dijo que vuelva a cocinar porque parecía que había caído mugre del soberado; esto le dijo el padre, para despistar al duende.

Al otro día, el padre se fue a buscar una bruja; ella le dijo cómo espantar el duende de la casa: le dijo que le dé un ovillo de lana. El gato estaba entretenido con el ovillo, lo movía de un lado para el otro, hasta que se prendió una luz azul y de esa luz comenzó a salpicar agua y le cayó una gota de agua al gato; el gato daba vueltas, todos pensaban que era que le tenía miedo al agua, pero poco a poco se transformó en el duende.

El duende chillaba y les hablaba, pero no entendían lo que decía; se sentó al lado del fuego, el padre y la mujer le dieron la espalda; por fin le entendieron:

— Los dejo en paz, con una condición, devolverme al bosque donde me encontraron.

— Ahora mismo te devuelvo al bosque, duende —. Llegaron al bosque, pero el duende le puso una misión, que el padre hiciera guardia por tres noches en el bosque, sino los duendes lo devoraban.

La primera noche fue tranquila: el padre asó carne, prendió fuego, sólo se escuchaba el silbido del viento en los árboles.

La segunda noche estaba un poco más oscura: el padre se puso a tomar, para los nervios; en un rato se sintieron unos pasos, el padre volteaba a ver y no era nada; eran pasos que se acercaban y alejaban.

El padre, tranquilo, por ser esa la última noche que hacía guardia en el bosque, era harto rato ahí, y no pasaba nada; escuchó a lo lejos una música que lo atraía, se acercó y eran personas bailando al ritmo de los tambores; el padre se acercó a ver quiénes eran; cuando volteó a mirar, uno de ellos tenía una cara de duende, feísima; todos tenían caras diferentes, eran arrugadas y la mayoría se parecían a un gato.

Apareció el duende mayor y le dijo que, por ser un padre malo, el castigo era quedarse bailando para siempre en el bosque, diciendo que los humanos no son del bosque, pero los duendes sí, y que había una parte del padre y de los humanos que son de gato.

Hay un orden preestablecido, dentro del sincretismo social en esta región, que señala que no se debe pasar por determinados lugares, ni a determinadas horas, como también se deben guardar los días de descanso y los días santificados.

Dentro de este orden sincrético, que remite a creencias en santos y en Vírgenes, y la fe que, en ocasiones, la sobrepasa el irrespeto hacia el otro, como mandato de la religión llevado al extremo, en tiempos que caían en la Semana de Pascua, uno de estos relatos, que se relaciona con estas cosas, es el titulado Vestido de Virgen, que concluye con una importante reflexión, que Leonor así lo ha comprendido, que establece que santos no son los que creen que hacen santidades, sino los que son puros de alma.

Como abre bocas, Leonor relata una historia breve, que dice así:

Un cuento que me contaban mis papacitos era que un miércoles santo, y que apronte leña para luego aguardar para el jueves y viernes santo, y el niño no le hizo juicio y se olvidó; el jueves santo cogió un hacha, porque necesitaban leña, y le mandó a un árbol, cuando dizque brincó sangre de ese árbol y la peinilla no se había quitado la sangre, ni a él tampoco; el papá dijo:

— Ya mira, m' hijo, por no saber hacer caso le quitó la vida a Jesús antes de tiempo.

Y, ahora sí, Vestido de Virgen:

Una mamá le dijo a su hija que no fuera a la fiesta; la hija le insistió, hasta que la mandó; la mamá no se dio cuenta que se le llevó el mejor vestido que ella tenía para ir a la misa; cuando, al otro día, la mamá tenía que irse a la misa, fue a buscar el vestido y ya no lo halló; ella pensó que el vestido y las zapatillas del día de ir a misa se los había llevado a la fiesta, y así fue, ella se los había llevado. Al regresar de la fiesta, en delante de gente le quitó la ropa y la hizo quedar como una ladrona e impura por llevar la ropa de misa a una fiesta; inmediatamente, la señora llevó la ropa a lavarla porque estaba impregnada de pecado, de fiesta y, conforme ella la lavaba con jabón, el vestido se iba deshaciendo, se iba haciendo pedazos, y llegó la muchacha desnuda, porque ese era el castigo, y la muchacha le dice:

—Mamá, usted me hizo pasar un mal momento ante toda la gente del pueblo —.La mamá no daba su brazo a torcer; ella seguía pensando que por ser ella tan religiosa e ir a misa todos los días sagradamente, ella tenía el derecho de juzgar a su hija.

Al rato, paso un vendedor de vestidos; se lo llevó especialmente a la hija de la religiosa, el vendedor no le cobró ni un solo peso; le dijo que se lo regalaba; la mamá entró a la pieza a decirle que le había comprado un vestido, que se lo ponga, y la muchacha sale a verlo y era un vestido de la Virgen María; cuando la mamá sale a ver quién era el vendedor, ni rastros de él, había sido una ilusión, y cuando regresó a ver a la hija, estaba muerta, tendida en la cama.

La Virgen María se la había llevado; ahí comprendió que los santos no son los que creen que hacen santidades, sino los que son puros de alma.*

Finalmente, los relatos populares toman un lugar importante para ampliar la imaginación, porque rememoran un pasado, en el que enaltecen el papel de quien es el protagonista de la historia, se desatan luchas imposibles y contactos con héroes o dioses, a los que el implicado en la narración jamás va a decir no a cualquier petición, lo que hace de las historias maravillosas una ocasión quizás única para oír y leer una serie de hechos, de sucesos que contribuyen a nutrir esa visión imaginada.

Ahora, Don Jacinto Mera cierra el círculo de lo “real” y lo extraordinario y, para ello, trae a colación, en una de esas tardes cuando la lluvia se mezcla con la fonética de las palabras, cuando él apenas podía articular las sílabas y tenía algunas dificultades para hilar bien sus ideas y la lluvia no dejaba escuchar otra de sus grandes historias y, por lo tanto hacía que algo de su rumbo se perdiera, en esos instantes un relámpago, visto desde una ventanita despierta esa imaginación, que parecía perderse y apagarse como su voz quebrada, y dice:

¡Carajo, qué aguaceros de duros!; mientras las gallinas deben estar muertas del susto, el ganado ya se ha de ’ber arrodilladlo mirando al cielo: ¿por qué será que hacen eso; será que le piden a mi Dios que no vayan a ’ber catástrofes?; ahorita, me estaba acordando del rey de oro y san Sebastián.

Y, entonces, inicia su relato, que dice así:

*Leonor Figueroa, 70 años, El Charco, Robles.

EL REY Y SAN SEBASTIÁN

*Pobrecito, San Sebastián,
Que ha nacido sin fortuna,
Se acuesta en buenas camas
Y amanece en la laguna.*

San Sebastián se iba a visitar la mina de oro, entonces el rey, como sabía que iba a ser santo, no lo dejaría ir, porque el rey quería todo para él.

— ¡Carajo!—, dizque dijo la hija, —san Sebastián, si se casa conmigo, tendrá mi ayuda—.

Para llegar al lugar donde estaba el oro, era lejísimo; decían que eran meses de a pie; allá no llegaba ni un caballo, porque eran unos peñascos que te derrumbaban, m' hijito.

Entonces, san Sebastián se fue a pata limpia no más, y en el camino encontró a una viejita; le dijo:

—Oiga, señora, que si usted sabe dónde está la ciudad donde se encuentra todo el oro—. Cuando menos pensó, había sido la Virgen María que, en compañía del niño Jesús, miraron en su cetro a ver 'ónde'ezque estaba esa ciudad perdida.

—Buen joven —, dizque dijo la Virgen, —tenís que caminar de largo y donde veas peñascos altísimos y humos que sale, ahí es que está el oro—. San Sebastián continuó su camino; parecía que ya iba a llegar y se le apareció un señor, y dizque le dijo:

—Joven, ¿hacia dónde te diriges? —. Se acordó que la Virgen le dijo que si se le aparecía un señor viejo, de barbas largas, no le diga nada; que le diga qu' ezque va en búsqueda de trabajo, que en su tierra no hay ni pa' comer.

El viejo anciano dizque lo hizo pasar, pero mirándolo con desconfianza. Cuando llegó al reino, habían tres señoritas bañándose en una laguna, hacían unas danzas; tenían, eso, cabellos que les daban hasta las rodillas, ese pelo les brillaba, amarillo como el oro. Claro, pensó, esas deben ser la príncipas del rey de oro.

Le dio trabajo el viejo de barbas largas y le ponía pruebas difíciles:¿qué iba a poder hacer un hombre solo?Le propuso que termine toda una cosecha de caña. Y san Sebastián ¡qué angustiado!, porque sabía que en dos días era imposible, que eso tenía su demora, pero una de las príncipas del rey le ayudó; le dijo:

—Cuando mi papá no te vea, yo, con la mano, hago aparecer todo lo que deseo; es, no más, que extienda la mano y tendrás tu cosecha de caña—. Y así fue; al siguiente día, toda esa parcela infinita de caña cortada era lo que había.

El rey, preocupado que estaba pudiendo con lo que le pedía, porque quería era matarlo y convertirlo en bloques de oro; llegó la mujer del rey de oro y le dice:

—¿Que no has podido, viejo inútil, ponerle prueba difícil para que muera?—. El rey decía que era muy astuto san Sebastián.

—Ponle algo que ninguno de los hombres labriegos han podido hacer y han muerto en la mitad de la prueba.

— ¿Que será, mi reina?—, dijo el rey.

—Hazle que termine el puente que atravesaba el mar—.La príncipa había escuchado la penitencia de sus padres malvados y, como ella y san Sebastián se habían enamorado, se comprometió a ayudarle nuevamente.

Al siguiente día, le dice el rey:

—Labriego, ya sé que has venido a mi reino por oro y por mi hija, la mejor príncipa de estos reinos, y ya que me has cumplido con pruebas difíciles, no creo que ésta te quede grande.

—Lo que me pida, es concedido—, dijo el labriego. Recordó que la príncipa le dijo que la comida que él le ponga no reciba, y que los martillos y cinceles tampoco reciba; le tenía que decir que él, cuando trabajaba, no comía y que los implementos los tenía en su costal, que eran más resistentes. Se fue a terminar el puente que atravesaba el mar; allá la principa le ayudó a

terminar el puente con él pasar la mano por encima del firmamento. Se demoraron tres días, para hacerle creer al rey que tres días echó no más p' acabarlo.

Cuando el rey, esperando tener noticias de san Sebastián muerto, el labriego que llegaba con pala en el hombro y orgulloso. La reina, disgustada que éste podía con todas la pruebas, la reina miraba que el rey perdía poder, que ese labriego tenía más agallas, por eso pensaba en dominar ese orgullo.

— ¿De qué se creía ese labriego mugroso?—, decía. La reina no se quedó con la duda y mando a adivinar porqué san Sebastián podía con todas la pruebas; la bola de cristal le dijo que su hija la príncipa le había ayudado con sus poderes, pero antes de llegar al reino y despojar al labriego, san Sebastián y la príncipa habían huido del castillo; enfurecida, la reina fue a decirle al rey lo burro que había sido.

El rey dizque, alegre, decía:

— 'Ora no seamos tontos, vámonos—, dizque dijo; el rey de oro se dio cuenta que su hija se había ido con san Sebastián; se fueron en la búsqueda de la príncipa, y el rey de oro no daba con ellos pues, para llegar al lugar donde estaban ellos, tenían que ir por un camino de lodo que les llegaba a las rodillas; anduvieron buscándolos; la gente del pueblo le daba al rey pistas falsas:

— ¡Carajo! —, dizque dijo el rey, —los cogimos porque los cogimos—. Cuando la príncipa alcanzó a ver que el rey venía por ella, y le dijo:

—Vos tenís que convertirte en piedra y yo en puente de madera, pa' que mi padre no sospeche—. El rey pasó y ni cuenta se dio que pasó por la hija y san Sebastián; cuando regresó miró a su esposa enfurecida:

— ¿Qué vistes en el camino?

—Nada, mi reina, sólo un puentecito de madera que habían hecho, pero nada más.

— Vos sí serás del todo tonto, viejo barbón; esa era nuestra hija, y la piedra era san Sebastián; ¡ese, porque va para santo, tiene la ayuda de todos los diablos!

Nuevamente seguía el rey buscando a su hija, cuando en el camino una ancianita y un niño:

—Oiga, señora anciana, ¡qué bonito nietico tiene!; ¿usted no ha visto pasar a un joven campesino y una príncipa por este camino?

—No, mi señor, por aquí, en muchos años de que soy vieja, nadie ha pasado, sólo usted—.

El rey de oro siguió su camino y la príncipa había dejado una pista, un cabello dorado en el camino; el rey tomó ese cabello y, con el olor, los siguió; al fin los encontró y le dijo a san Sebastián:

—Te doy todo el oro que tengo, pero devuélveme a mi hija—. Ella estaba dispuesta a irse con san Sebastián, pero él quería más tener el oro. Hasta que él decidió que le dé el oro y que le devolvía a su hija; el rey así lo hizo, le dio el oro, pero, al mismo tiempo, un pedazo de roca cayó de una montaña gigante y lo mató y la príncipe ¡qué triste que estaba que le había importado más el oro que ella que tanto lo había ayudado!, hasta que volteo a ver y san Sebastián ya volteando una peñita; ella pasó su mano y pidió que san Sebastián resbale a la peña y caiga al mar. Y así termina esta historia: San Sebastián cayó a las profundidades del mar; ella recordaba lo bien portado que fue en el reino, comió y durmió en buenas camas; llorando decía:

*Pobrecito, San Sebastián,
Que ha nacido sin fortuna,
Se acuesta en buenas camas
Y amanece en la laguna.*

Este es un relato en que se narra de una manera extraordinaria el destino de San Sebastián, que murió y, a la vez, estuvo presente en la muerte del “rey de oro”, relato en el que se puede apreciar la semejanza con una muestra del relato andino peruano, que Mario Razzeto

incluye, y conserva la frescura de las narraciones orales en su origen, que adquieren un matiz de fantasía y encanto, una gran historia que potencia un espíritu de magia y de la palabra en el Perú; por ello, al hacer su comparación en cuanto al texto, son historias de significación diferente, pero de igual sentido, pues mientras que Sebastián era un santo, Tutupakallaqta, o el mancebo que venció al diablo, es precisamente la narración de la derrota de un joven mancebo, que vence en las pruebas como un humilde joven, y en san Sebastián vence a un rey de oro, ambas figuras de poder, cuyo final desencadena una desgracia sentimental, desolación y olvido; en san Sebastián, el elemento del olvido de este santo se debe a la ambición y el interés, mientras que en Tutupaka, en un breve canto popular, que acompaña el texto interpretado por una gallina que hacía de relatora para que el joven mancebo no olvidara lo que la pequeña diablesa hizo por él, en un olvido desafortunado provoca un encanto, dice así:

Escúchame, ingrato, ¿de mí no te acuerdas?
Por ti, padre y madre he abandonado.
Por ti solamente los eché al olvido.
Ya no tengo padre, ya no tengo madre.

Mientras te libraba, mientras te salvaba,
solamente entonces me tuviste amor.
Solamente entonces me has acariciado.
Me dejas ahora, me hechas al olvido.

Tú ya no recuerdas, tú ya has olvidado
la vez que mi padre junto con mi madre
combatió empeñoso, luchó duramente,
para sojuzgarte, para superarte.

No te acuerdas ya, acaso olvidaste
los duros trabajos, la siega imposible
que un solo día debiste acabar.
“Trilla todo el trigo, aviéntalo, guárdalo”.

Así te ordenaba, así te exigían.
Sin pensar en nada, sin temor alguno
fui tu sola ayuda, tu único resguardo.
Escúchame, ingrato, mal enamorado:

En eterno sueño habrás de yacer.
He de conducirte al pueblo maldito,
Tutupakallakta, donde yo nací.³⁶

Estos relatos sobre personajes y situaciones de la vida de las personas han enriquecido la experiencia cotidiana de los moradores de Caci que, así como otros vinculados con seres que aterrorizan o con seres y personajes inolvidables.

³⁶Mario Razzeto. *Tutupakallakta, o el mancebo que venció al diablo. El relato oral andino del Perú*. Barcelona: Azul, 1999, p. 106-107.

3.11 ESPANTOS E HISTORIAS INOLVIDABLES

En los días cuando se ocultaban los paisajes con la densa niebla que se recostaba en las montañas de Cacique y no dejaban ver más que el rocío cuajado en los cabellos de los que caminaban y no sabían, en ocasiones, hacia dónde se dirigían, el frío pegaba en la cara y ocultaba los lugares donde se pisaba, de modo que no servían ni la brújula ni el que conocía como la palma de la mano el camino, había que esperar un poco hasta cuando se fuera esfumando la neblina, que parecía más humo telúrico, ahí asaltaba a la memoria la evocación de las historias y los personajes de respeto y de cuidado; en la lógica del encuentro existe una aparición que, así como la niebla no ha dejado ver, también se había oído sobre esos personajes que hacían que el caminante se perdiera en el camino, que jugaban y, con ello, hacían desconcentrar, descentrar.

Ahora, nuevamente, alrededor del fuego, cuando la noche abre la expectativa de esos relatos sobre ilusiones, encantos y des-encantos, también comienzan a circular las historias que invaden la noche respetable, noche de enigmas, noche de preguntas, noche de contar los sucesos, las narraciones, que son de aquí y a la vez de muchas partes; por ello, como afirma Don Bernardo, si “El día es para el hombre, la noche para los espíritus”, cuando la noche retorna, vuelven las conversaciones, se habla ahora de duendes polimorfos, de numerosas experiencias y de testimonios de vida sobre este cuidador de cascadas, que enamora a las jovencitas y juega con ilusionar a las personas que entran en contacto con él, así como de otros seres que trastocan la realidad, cuando se evoca el Chuzalongo y el temor de los niños antes de irse a acostar; la Vieja, esa historia sobre un personaje que impera en las calles solitarias de los pueblos o en las montañas en espera de cargarse a los borrachos; o la Turumama, o también La Llorona que, a gritos, en su delgada figura, clama y busca a su niño perdido en la aguas de un río; o la ambición y la trasfiguración de una mujer bella, que se aparece apenas se la invoca, caracterizada por su poder de metamorfosearse y que por su belleza atrae la codicia y la ambición de los hombres que en el monte no tienen compañía alguna y les llega La Pata Sola; el Perro de dos cabezas, cuyas cadenas rechinan cuando anuncian el paso de un alma acarreada al infierno; el Carro de la otra vida se transforma en una chiva, pero transporta a las almas que deambulan a altas horas de la noche, junto con las almas en pena; tantas historias que brotan de la boca de algunos que, en su mayoría, las recuerdan tal y como las han visto, oído, compartido y sentido alguna vez, sobre tantos personajes increíbles, pero, como dicen, “de que los hay, los hay”.

Estos encantos, dueños de la noche, y algunos de las aguas, los montes y las cavernas son los que respetan los habitantes de Cacique, por ello algunos dicen: “Irás temprano, que la noche es respetosa”. Asalta la pregunta: ¿de cuándo acá estos relatos se han convertido en hitos, para tenerles miedo y contar? Pues, lo cierto es que no han perdido su validez, siguen vigentes, tan presentes como lo está la luz durante el día y las sombras durante la noche,

momento apropiado para renovar y recrear esas historias. De este modo, se engalana el mundo de la fantasía y la memoria sobre un lienzo que, por peso y rigor, descansa en lo imaginario y lo mágico de la palabra; la cotidianidad adquiere un matiz que así trata de eternizar un mundo mejor narrado.

Toda esa re significación de las memorias orales se ve incluida en los mitos, las historias, las leyendas, los relatos de una comunidad en la que palpita la vitalidad que se recrea año tras año; de ahí que la narración y la historia hundan sus raíces en la hondura de un territorio donde brota pensamiento, o una vía alterna del conocimiento.

De muchas apariciones, los duendes son esos personajes que recorren los campos, aparecen en los ríos, en las cascadas, están los que esconden las cosas, o los que hacen perder del camino. El juego que presentan estos relatos es muy amplio, por ello el sentido que les pertenece tiene que ver, en gran parte, con la interpretación que en cada cultura haya venido a establecerse.

Es menester hablar del duende, un personaje al que se le atribuye una condición de rebelde, dañino, un espíritu de los bosques, en especial de las chorreras y las cascadas, un ser que protege algunos lugares en los que el ser humano muchas veces se introduce para invadirlos de manera inculta; el duende es la figura que genera temor en los niños, para que, por intermedio de este pequeño dañino, se pueda enseñar a que las personas asuman una responsabilidad con el espacio en que se vive y con las decisiones propias del ser humano.

Al entrar en contacto con alguna quebrada, como la del Burroguaco, lo primero que recomiendan es que se tenga cuidado con el duende, él es el dueño de ese lugar, es el que hace trenzas en las crines de los caballos, difíciles de desatar, pero nunca termina de hacerlas; lo hace con tanta finura y dedicación que es un trenzado que toma sus días desenredarlo en la crin.

Es el personaje que más lleva a pensar en lo que, en verdad, es real, en qué medida la realidad es ésta, en qué medida la realidad está quizás al otro lado del espejo, juega con las expresiones de lo visible y lo invisible; el que aparece por razones que los mismos habitantes dicen que le atraen y se difumina como una simple ilusión; su ocultamiento y des ocultamiento causa conmoción en la persona que ha pasado por ello; juega con el mundo que ya se había construido, un mundo concreto frente a la posibilidad de otras existencias, un juego infinito con la imaginación.

Este tipo de narraciones, que trata sobre lo sobrenatural, lo espectral, surge, o podría ser una propuesta de material, no como la única alternativa, sino como otras formas de enseñar, en contacto con otras vías, con autores que se crean convenientes, pero que se pudieran

incluir, sobre todo en una ciudad como San Juan de Pasto, que se encanta por conocer relatos de muchas regiones, de los pueblos y las veredas que la bordean.

Dentro de las concepciones mágico-religiosas, existe un respeto por las cosas de la naturaleza misma; es el caso de la noche, el agua, el fuego, los animales, entidades que conviven con el ser humano; al mismo tiempo que hacen parte fundamental de la vida, también establecen leyes y actos que, más que un simple fenómeno, exigen un cierto tipo de conciencia sobre lo que allí mora; en esta medida, al introducirse la idea de que se le atribuyen nociones de vida hasta a la roca más firme y simple que pueda parecer, se plantea un pensamiento en lo que corresponde a los espacios: el hombre tiene un espacio y la naturaleza otro; desde la óptica vital y vivencial, hasta los espíritus tienen un lugar en el mundo, y lo que rige y ha regido, o lo que viene a enseñar, es un respeto que sólo el ser humano, con su capacidad de discernir y perfeccionar, puede coaccionar.

Al ser así, varios aspectos polimorfos se le atribuyen al duende: por un lado, la bondad, porque también los hay burlones; y características, como los ojos azules, la tez blanca, la nariz respingada, que hace travesuras; la otra parte es la del duende negro, el duende arrugado, de aspecto miedoso, que provoca ilusiones en la gente, les da de comer “boñejones” de caballo y vaca. Sobre este asunto, Leonor Figueroa da su testimonio con respecto al duende:

Dicen que es chiquito, zarco y blanco, toca bombo; el sombrero del duende está pegado a la cabeza, por eso nunca se le puede caer; tiene las patitas torcidas, los dientes filudos y amarillos; al duende no hay que alzarle nada: ese bota naranjas, dulces y bolitas de cristal, para que la gente las recoja, y así las enduenda.

Mi mamá me contaba una vez que a una muchacha la habían mandado a apartar unos terneros y ella dizque v'ía colaciones; antes habían unos taleguitos de todo color; entonces, ella los había alzado y, cuando había llegado a la casa a mostrarle a la mamá, 'bían sido un poco de bollos de oveja.

Una vez yo fui a traer leña a un potrero y había una horqueta, lo más de bonita, con un tomate, brillando, y yo le decía a mi mamá:

—Vea ese tomate, cómo alumbra; pero, como yo ya sabía que me decían los mayores que no hay que alzar nada de lo que se encuentre en los montes, ahí lo dejé; ¡qué suciedad sería que había puesto el duende!

En la continuación de su relato, refiere que existen diferentes facetas del duende: la bipolaridad del bien, asociado a lo bueno, lo lindo, lo agradable, y lo malo, en el sentido de lo sucio, lo feo y caótico:

El duende negro, ese es malo: le pone suciedades, hace maldades; dicen que es arrugado; en cambio, el duende blanco es el bueno: sólo le gusta llevarse a las personas para tocarles música, llevarles pasteles y regalitos de verdad.

Los dos duendes, en ocasiones, se han llevado a las personas, y las han cogido de un solo pelito, las han llevado a la cúspide de las chorreas; como le decía: si es el duende blanco, el

bonitico, le lleva comidas de cierto y pepas de fruta, pero si es el malo, les lleva boñejones de caballo, de vaca y palos de madera pa' que estén chupando los enduendados.*

En otro testimonio, relacionado con un contacto visual, con el duende, se relata:

Con la Laura, vimos el duende, pues nos mandaron a apartar; don Marcial dijo:
— Iránse ligerito —, y nosotros cogimos motilonos y nos fuimos con la Laura a traer los terneros, cuando miramos el duende en una rama de un árbol; del susto, dejamos tirado ahí, y ni qué terneros ni qué nada; era un hombre chiquitico, con un sombrero grandote, pues, como los mayores nos contaban que así era el duende, de pronto así lo mirábamos, del susto. El duende dizque les da naranjas bien bonitas; dizque, cuando las partes, son cagajones de caballo que hay dentro.*

El duende juega con la visión del hombre, es un fantasma invisible y visible; aseguran que su ocultamiento tiene algo de magia: si un ser humano lo mira primero, el duende no lo puede ver, no hará ningún daño, pero si ocurre al contrario, el duende vigila a la persona, la percibe como un morador más de su propia sombra: se ríe, con su cara de múltiples arrugas; por eso dicen que si la música que toca está cerca, es porque está lejos el duende, y si la música se la escucha lejos, el duende está cerca de la persona, pero algo característico en este relato es el insulto, o la contra para apartarlo: Luzbel es la expresión para rechazar la presencia del duende, porque, según Leonor Figueroa, los duendes son ángeles despreciados del cielo.

Mi mamita hacía tamales, para llevar a vender a La Florida, de mote, y había rejuntado hojas para hacer envueltos; cuando volteamos a mirar, las hojas, nada, y la ruana colgada en un árbol, pero altísimo; mi papacito dijo, en ese rato:
—Ese bandidito, este bandidito queriendo que le den una juetiza es que está —, y le dijo:
—Si eres de este mundo, Luzbel, o eres del otro, no me perturbes —; entonces, — hay que buscar más —, dijo, — porque este vergajito ya no me la entrega —, cuando miramos que, en otro lado, estaba la hoja amontonada.

Luego, sigue con el relato, para recordar haber oído otro testimonio:

Una vez, a una señora Valencia, que ya es finada, que tenía una casita, apenas una casita de tapia, tuvo un niño, se llamaba Bolívar: no lo podían dejar solo, no lo podían curar, nadie; lo llevaron a Las Lajas, al niño, y el duende fue a Las Lajas y dizque se paseaba encima de la iglesia, y el niño la misma cosa: eso dizque le pasaba colaciones, y que eran cagajones de caballo; le pasaba galletas, y eran bollos de vaca; entonces, una señora, que se llamaba Dolores Riaño, una viejita, una médica antigua, a ella le decían “los Mejorarles”, esa señora lo había curado.

Eso, dizque lo había desnudado, y había muerto un cuy negro, que no tenga una sola pinta; le había sacado toda la sangre, y había muerto una gallina, también; en ese tiempo, eran gallinas congas, que les decían, y había revuelto la sangre de cuy negro y gallina negra y ovejo negro.

*Vicenta Escobar, 46 años, Robles.

* Graciela Enríquez, 35 años, Cacique Alto.

Cuando ya hizo las curaciones, encerrada con el niño, empezó a orar, y el niño dijo:
—Ya se fue mi amiguito, qué lindo que jugábamos los dos, y cayó profundo a dormir.

Dicen que el duende juega con el tiempo y el espacio “real”, mueve las cosas, las pone lejanas, o incluso en lugares como la cima de un árbol, una serie de fenómenos difíciles de explicar sin recurrir a la aceptación de la existencia de estos seres extraordinarios, como ocurre en el siguiente relato:

Yo miré el duende, con un sombrero grande y una guitarra; nosotros íbamos a traer agua por allá lejos, ya teníamos los puros llenos de agua y..., cuando empezamos a sentir una música; cuando miramos, en una raíz de un tronco, allá abajo, un hombrecito sentado, y lo miramos de espaldas, la cara no se le vio; nosotros dejamos los puros de agua y nos fuimos, del susto; eso fue allá, en El Zanjón.* Cuando, nos siguieron tirando piedras y mojadas, y nosotros dijimos:
— Claro, eso es el duende —.
Hay la gente que no lo ve, sino que siente la música no más, que parece que estuviera lejos y, mentira, es porque el duende está cerquita.

Dicen que el duende tiene la habilidad de hacer música: toca el tambor y la guitarra; es una música propia de él, que encanta, que atrapa el oído, con ecos de armonías que inmediatamente paralizan, entundan, enduendan; dicen que tiene ojos azules, grandes y redondos, con cejas pobladas; reitera Leonor Figueroa:

Ahora, ese duende, para cantar y trinar, es el propio; dizque canta lindísimo; abajo, en El Salado, dicen que habían encontrado la guitarra del duende; decía la gente que un señor, allá en Yunguilla, había trinado con el duende, habían tocado las más lindas melodías: ¡ezque el duende es malo!, pero para la sangre cobarde o la sangre débil de la persona: por eso le pega; a la sangre fuerte, eso..., no le pasa nada; los nombres que más le gustan es Bernardo, María, Leonor, Rosita, esos nombre son buscados.
En El Rodeo, la muchacha de nombre Rosita se había perdido, y eso dizque la tenía por allá, en una chorrera, colgada de un cabellito.

Se había hablado sobre lo polimorfo que llega a ser el duende, según lo establecen los distintos testimonios; en ocasiones, y en relatos de algunas regiones, tienen como referente sólo al duende negro, o al duende blanco, y en muy pocas a la duenda; de ahí se deduce que existe la parte femenina del duende, quizá porque solo se habían llevado a las muchachas, y a los jóvenes también les resultaría atractiva esta parte femenina, la que no se ha descrito, y sólo se afirma que le atraen los hombres, como aparece en el siguiente relato:

Don Laureano Salas era un niño: el padre lo había mandado al Burroguaiico a traer unos guangos de leña, y se sentó a descansar; cayó muerto del sueño; d'esas horas, se lo llevó la duenda; celebraron misas para que apareciera el niño, temían que la única que se lo podía llevar era la duenda.
Eso, lo habían encontrado subido encima de un árbol, y estaba aruñadísimo, y como tonto: eso, no conocía a nadie, ni daba razón de nada; de ahí, le habían dicho, a don Laureano, que tenía que conseguir un conejo negro, un cuy negro, una gallina negra o un ovejo negro, y con la

*Zacarías Enríquez, 65 años, Cacique bajo.

sangre de cualquiera de esos animales se hace en la puerta de la casa una cruz, y eso es bendito, no vuelve más el duende, porque le da asco la sangre, y que se le dice:

—Mañana irás a tirar el chuta al monte —, y no vuelve más, hermana.

En el Burroguayo sintieron que alguien pegaba unos alaridos, ¡ñiammm, ñiamm!, y dizque se la ve, escucha y mira a la duenda. Si la duenda mira primero al cristiano, el cristiano no la ve, sólo escucha cosas. La duenda persigue a los hombres y el duende a las mujeres, pero el joven, en las noches, no podía dormir: sentía que se abría la puerta, que lo jalaba de los pies.

Algunas duendas los llevan a huecos hondos, formados por las piedras, o a bóvedas para muertos; para el enduendado, se le hace que está en unos palacios bellísimos y con las mejores comidas.*

Por último, respecto a los relatos sobre el duende, un tema que a muchos espanta, y a otros atrae, en especial a los niños, Camilo López refiere, en su historia sobre Las canicas del duende, que también le gusta intervenir en los juegos de niños, precisamente en el juego de las “bolas”, mollejonos o canicas, que se desarrolla como sigue:

Un niño, en el camino, se encontró con tres bolitas, lo más de hermosas, cada una de diferente color, y las había llevado para ponerlas aparte, porque no igualaban la belleza: cada una de un color muy vivo, una roja, azul, blanca y café; al otro día, no las había encontrado; pasaron tres noches que tenía pesadillas, en las cuales gritaba y pedía auxilio, que su cuerpo no sea llevado. Era tanto el llanto, que tuvieron que amarrarlo con una manila en la cama, porque la fuerza era semejante a la de una persona mayor.

Los vecinos decían que era mal viento, por eso él reaccionaba así en la mala hora; en uno de sus sueños, le revelaron que, para salvarse, tenía que ir a conseguir las cuatro bolas, según iban pasando las estaciones. Así fue, tuvo que esperar un año para encontrar bolita por bolita.

La voz le decía que cuando se encuentre en la montaña algo maravilloso, que lo deje ahí, no le pertenece, y le eche tres cruces, son cosas de la otra vida, y cuando un humano lo encuentra, los de la otra vida no lo dejan en paz.

Para aquellos que no respetaban las horas de la noche, El carro de la otra vida es quien viene a llevarse a los niños y adultos que están jugando en medio de la carretera, un relato en que cuentan los aullidos de la gente que, según los habitantes, son dos almas en pena.

Y así se incluye un relato sobre las “ilusiones”, como ellos las llaman; sin embargo, los testigos oculares han presenciado cosas que, dicen, no son de este mundo; ellos dicen que “eso fue una ilusión que pasó”, como ocurre con la de El carro de la otra vida, que se narra así:

Ya eran como las seis de la tarde, y nos pusimos a jugar con las canicas; nosotros éramos chiquitos y nos habían mandado a traer los terneros, y sentimos que venía un carro; entonces, nosotros orillamos los terneros para que pase el carro y..., cuando miramos que los terneros como que nos protegieron, y cuando alzamos a ver no había nada, ningún carro.

Nos hubiera llevado, porque El carro de la otra vida se va llevando al que se lo encuentra en el camino.

Dicen, también, que hay que tener cuidado, porque uno, cuando sale pa’ Pasto, se va madrugadito, a eso de las tres de la mañana, y cuando uno sale a esperar el carro escalera que sale de Robles, claro, ese carro va pite y pite, pero un día dizque asomaban unas luces, que a lo lejos alumbraba, y decían:

*Rosa Fajardo, 89 años, Cacique Bajo.

—Ya viene el bus escalera —, pero un señor dizque salió del bordito y, por pensar que era el bus escalera, le salió fue El carro de la otra vida, y lo que se supo de él fue que salía de su casa pa' Pasto, y no volvió más. *



Figura 19.El carro de la otra vida, ilustración tomada del libro Cuentos de espantos y otros seres fantásticos del folclor colombiano.

Otra de las personas partícipes de la conversación dice que El carro de la otra vida existe, pero que él presenció una situación parecida, pero en La procesión de las ánimas, espíritus errantes que van rezando, casi en pena, algunas llevando ataúdes, otras velas encendidas, y luego se pierden en los montes; cuenta Don Zacarías:

Sí, eso de la noche es jodido; mi papá nos había mandado a dejar un buey, y ahí, en un bordo, por allá en Las Plazuelas, era una noche muy oscura, lo único que se miraba era un poco de velas, y se escuchan unas voces, unas rezaban y las otras contestaban, y parecían que eran como unas canillas huesudas, pero apenitas, pero, como nosotros estábamos con el buey al lado, no nos llevaron, no nos hicieron nada. Así dicen, que el ganado es bendito, que lo protege a uno.

Acto seguido, el relato sobre La procesión de las ánimas lo refiere, en otra versión, Leonor Figueroa, y dice así:

Un día yo iba caminando, me devolvía para la casa con un farolito, que hacíamos con tarros de plástico o mechones de petróleo; me acordaba del finadito Crisóstomo, cuando lo mataron en un potrero, hacía siete días de sepultado; le puse al farol un pedazo de esperma, de esos hachones; en ese tiempo había una vía, una trochita, que la hicieron a punta de pala, cuando en un rato me coge un hedor a ciprés, flores y esperma; entre más caminaba, era más fuerte el olor

*Tomás Castillo, 58 años, Cacique Alto.

a ciprés; llegué al primer puente para pasar de un potrero a otro, cuando sentí un ruido, como que andaba gente en el monte; yo salía con dos perritos: el uno se hizo a un lado y el otro al otro lado, yo quedé en el medio, cuando sentí que bajaban conversando, cuando miré un poco de gente que se acercaba, y eran difuntos, eran finados; uno de ellos iba fumando cigarrillo, porque él en vida era con el cigarrillo en la boca todo el tiempo, así que ya miré y pasó por al lado mío un ataúd, y encima un Cristo recostado y llevaba una coronilla de flores adelante y atrás; ya no me acordé más, me había desmayado; cuando ya me fueron despertando, el latir de los perros.

En estos relatos, el de La Turumama corresponde a una triada que, en su ir y venir, se ha ido trasfigurando en La Vieja, y La Llorona, según el estudio que le dedica, en especial a la Turumama, Luis Montenegro, lo que cobra sentido a la hora de relacionar los relatos en que, al ser La Turumama, La Viuda o La Llorona, las tres han alcanzado una connotación similar, en representaciones diferentes, cada cual con una raíz, aunque la referente a La Turumama casi poco se trata, pues, al parecer es un nombre muy tardío.

La Turumama es un ser que se transforma en una mujer muy atractiva, para llevar a sus víctimas, en este caso a los hombres, a encontrar la muerte; en otras regiones de Colombia, la Turumama es la misma Llorona; en un relato titulado La Turumama, expresa Doña Rosa Fajardo:

Don Hernando era un hombre muy borracho; en el camino, cuando él salía tarde de las cantinas, le pasaba de todo; se libró de hartísimos espantos; un día, un buey lo arrimó al bordo y lo tuvo ahí, hasta que pasaran los malos espíritus.

Pero no se salvó sino hasta que, un día, don Hernando se pegó otra de sus borracheras y, cuando se iba a su casa, se le presentó una mujer hermosísima, que lo invitaba a la casa de ella; él nunca había mirado una mujer así en el pueblo, y había un finado, Alejandrino, que tenía un horno de hacer pan, y la mujer hermosa le dijo que bailaran; fueron dando vueltas y, de vuelta en vuelta, esa mujer se convertía en una anciana fea y arrugada, y así se lo cargó a don Hernando y lo tiró al fuego.

Al poco rato, los señores del pueblo se dieron cuenta, porque del horno desprendía un olor desagradable; cuando fueron a ver el horno, que rara vez funcionaba en las noches, era don Hernando Obando, que estaba chamuscado; se lo reconocía, apenitas.

Para retomar la referencia al estudio de Luis Montenegro, señala, en su análisis, que

sería la intervención del Arco iris quien fecundó a una mujer que, de niña, fue desobediente y, de grande, rehacía el trabajo que, como colaboración, era suplicado por la madre de la mujer,³⁷

Relato en que La Turumama pasa a ser La Viuda y La Llorona, al perder a su hijo entre las aguas, después de dar a dar luz en un riachuelo, como lo establece el siguiente relato sobre La Llorona:

Una muchacha joven y bonita dizque era bandida en la casa con la mamá, y la mamá la maldijo un día diciéndole que, cuando tenga sus propios hijos, ella lloraría lágrimas de sangre. Cuando, un día, había estado bañándose en la quebrada, y el cueche*, al verla, se enamoró de

³⁷Luis Montenegro Pérez. *Presencia mítica en Nariño*. Pasto: Departamento de Humanidades y Filosofía/Sistema de investigaciones, 1987, p 57.

*Cueche: nombre dado al arco iris.

ella y la embarazó. Al tiempo, la joven había tenido un hijo, y cuando dio a luz, ella lo tuvo en la quebrada.

El niño le había salido feíto, no era como todos los niños, ¿no ve que era preñada del cueche y ¡qué dolores, al tenerlo al niñito!, y como antes los tenían era en los ríos esas mujeres, en el agua dizque nacían unos, y cuando ya estaba pa' salir se le resbaló de las manos, pero como lo vio desfiguradito, la joven se vio desesperada y lo echó al agua para que se vaya, y luego quedó lamentando, porque arrojó a su propio hijo al agua.

De ahí quedó con el nombre de La Llorona, y todas las noches sale a buscar niños, y si encuentra a un hombre, ésta qu' ezque les arranca el corazón con la mano, y se escucha cómo se echa las grandes tetas p' atrás, llora desesperada porque quiere buscar el suyo, anda por las calles llorando desconsoladamente y pregunta: ¿dónde estará mi hijito?*



Figura 20. La Llorona, ilustración tomada del libro *Mitos, leyendas y relatos colombianos*.

Ahora bien, los lugares preferidos en los que La Vieja va a dejar a los niños que ella encuentra en el camino, cuando pasan las seis de la tarde, es el cementerio, como lo señala el siguiente relato sobre este personaje:

*Mariela Alvear, 57 años, Cacique Alto.

A don Ezequiel, cuando tenía ocho años, tenía la costumbre de prenderse de la chiva, una que conducía de la vereda al cementerio y luego regresarse, pero esa noche no regresó el niño; todos buscándolo en las huertas, en los potreros, con petromax, con linternas, creían que se lo habían robado; al otro día, cuenta un señor que iba para El Salado, a trabajar, y ahí lo encontraron al niño, corriendo como loco, y desnudito y chupando un palo de madera; también estuvo varios días sin poder hablar y corrido, sólo se quedaba sentado en el piso; decían que La Vieja se lo había llevado y lo metió en un hueco del cementerio; el niño contaba que se le puso la ilusión que ahí era la casa; La Vieja lo ilusionó, le puso en la vista que estaba en su casa, porque es así, La Vieja pone apariciones que no son.*

Otro relato sobre La Vieja, enamorada, a partir de la memoria, lo refiere así Vicenta Escobar:

Mi mamá también me contaba que La Vieja se había enamorado de un señor, de nombre Juan Evangelista, porque a La Vieja le gustaban los Juanes; cuando él se iba a Yunga, ahí le llegaba La Vieja; él sintió que La Vieja estaba por ahí porque lo llamaba; del susto, se fue al soberado; cuando la sintió que llegó y abrió la puerta y, entrando que entrando, le dice La Vieja: — Juancito, baja, o me subo—, y don Juan le dijo: —Esperáte, ya me voy a bajar y te hago un guagua—.En esas horas, echó un tiro al aire y La Vieja ni supo pa' dónde coger.

En una conversación, se habla también de este personaje con el nombre de La Viuda, que se refiere a esta triada de encanto; muchos moradores también dicen que La Vieja es la misma Viuda; así la conoce Leonor Figueroa, y relata:

La Viuda a yo me corretió, pues; eso, es feísima; tiene colmillos gigantes y filudos y es flaquísima; eso, pelos maposos, enredados. Yo salía en una chiva, un carro que le decían “El Específico”, porque era el último en salir de aquí de Robles y el último en salir de Pasto; el carro salía a las cuatro de la mañana con carga de panela; en esos tiempos, no había ni reloj ni radios, eso era a la luz del sol y la luna, cuando miré que se asomó por la carpa y se desapareció; cuando la miré, es que caminaba por el aire.

En otro relato sobre La Viuda, las cosas se refieren así:

Yo, cuando era pequeñito, me llevaron donde don Rosendo Enríquez; el joven se llamaba Cornelio Cabrera y el papá Alfredo Cabrera; cuando, se había perdido el hijo, lunes por la noche; entonces, tenía que ir a buscar a los huecos, cuando un perro llegó al pie de un roble y raspaba la tierra y latía, y lo vieron subido en una rama alta, con una horqueta, quitado el habla; lo bajaron a punta de rejo, porque no respondía. Apareció el muchacho aruñadísimo, viringuito, y dizque había perdido el conocimiento, no conocía a nadies. La Vieja anda en el trapiche, en el monte y en el cementerio.**

A La Vieja se le atribuye, además, la costumbre de comer la ceniza o los carbones ardientes; dicen que se oyen rechinar los dientes de esta presencia, cuando mastica los

*Balbina Mera, 84 años, Robles.

**Emma Guerrero, 61 años, Cacique Bajo.

carbones; también se la conoce porque lleva en sus manos un “cuscungo”, que es, a la vez, un búho, o la gallina de La Vieja, como lo relata doña Cruz Alvear:

En El Chupadero, nos correteó una Vieja; estaba con un muchachito pequeño; esa vez nos fuimos a trabajar, llevábamos la merienda, íbamos con los peones a echar pala; a eso de las cinco de la tarde, hicimos un sancocho, cortamos un racimo de plátano, y la hoja se la utilizaba como colchón, se dormía ahí; yo me quedé en la tulpa, sentado, descansando; me cogió sueño y me fui a dormir.

El niño comenzó a llorar y a decir que lo estaban rasguñando, y una perrita, que estaba ahí, estaba late y late, cuando se escuchó eh, eeeeeeh, eeeeeeh, un alarido; esa vez nos favoreció la perrita, porque La Vieja dizque es una ilusión, se entra a las casas a lamer ceniza; ya se había cargado a dos personas.

Estaba oscuro, no se podía ver nada, el muchachito nada que se lo sentía; todos pensamos que estaba dormido. Empezó a aclarar y miramos que nada el muchachito, se lo había llevado La Vieja, y se le había olvidado el cuscungo, la gallina que trae en sus manos esa Vieja colmillona. Se reunió harta gente para encontrarlo y resulta que lo encontraron desnudo en un cementerio.*

En la mayoría de estos relatos, la mujer sigue presentando una figura significativa, de seres sobrenaturales con poderes de transfigurarse, que pasa de lo monstruoso a lo divino; es, también, el caso de La Patasola, una historia sobre una mujer que, al invocarla, aparece trasformada en una dama deseable y que descuartiza a los hombres que duermen con ella. En boca de los que saben sobre este personaje, dicen que, en otro tiempo, había sido una mujer dedicada al hogar, pero un día ella le fue infiel a su marido; él, de la rabia, cogió un machete, se lo aventó a la pierna, la hiere y muere desangrada y el alma ha quedado vagando y castiga a los hombres que desean a mujeres bonitas en los montes y los desiertos; narra Don Cruz Alvear este relato sobre la Patasola, esa mujer sanguinaria:

Un par de jóvenes estaban en el monte; esa noche hicieron una fogata, se encontraban comiendo carne, y dijo el uno:

— Quisiera que esta noche llegara una mujer, pero lo más de bonita, esta noche, a hacerme compañía —. El otro joven le dijo:

— Deja de ser tonto y ambicioso, estamos lejos; nadie, y mucho menos una mujer, te va a llegar a esta montaña —. En ese momento escucharon que alguien se acercaba, y era una muchacha, pero lo más de linda, simpática, y el hombre, que anhelaba esa mujer, ahí mismo se le presentó y la invitó a dormir con él.

El joven se fue al segundo piso a dormir con ella, y el otro se quedó durmiendo en el primer piso; cuando, sintió el amigo que, del segundo piso, se escuchó: ¡chaz, chaz, chaz!, las gotas como de agua que caían; pensó que, de la emoción, el joven se había orinado; prendió una lámpara de petróleo y lo que vio fue un gran charco de sangre; después, vio que sólo estaba los huesos: La Patasola se lo había comido al joven ambicioso. En ese momento, el otro joven se echó a correr, despavorido; ya dizque lo alcanzaba La Patasola; ya no era la mujer bonita y alta, de cabellos largos, sino una mujer de una sola pata, pero comode cabra; el joven se refugió en medio del ganado, y ahí se salvó, porque el resuello del ganado ’ezque lo salva.

* Cruz Alvear, 86 años, Cacique Alto.

Esta presencia de La Patasola es común en relatos de varias regiones del país y en Venezuela: en Colombia se la relaciona con personajes como La Tunda, de la Costa pacífica colombiana, y La Madremonte y, en Venezuela, con La Sayona; se la describe, por su ferocidad, como un ser relacionado con una especie de vampiro, con un gran deseo de carne y sangre humana, capaz de atacar y devorar la carne o chuparle la sangre a sus víctimas; tiene una cabellera enmarañada, unos grandes ojos de tigresa, una boca grande y unos colmillos enormes.



Figura 21. La pata sola, tomado del libro *Mitos, leyendas y relatos colombianos*.

También, en esta región, se hace referencia a una historia de un ser sobrenatural, representado en las fiestas, que ha entrado a formar parte de su tradición, llamado el Chuzalongo; el relato se cuenta a raíz de que se encuentran algunas casas abandonadas, de apariencias de construcción de tapia y que, por alguna razón, no las han habitado desde

hace muchos años. Vicenta Escobar dice que el Chuzalongo huele muy feo, ya que habita en las aguas estancadas. Un relato al respecto dice:

El Chuzalongo: se escucha que cuando dejan abandonadas esas casas viejas, y dizque iba una señora, una vez que dizque se había ido a abrir la puerta y cuando abrió la puerta miró al Chuzalongo, así, grandote y de un olor fétido, con un solo ojo dizque es, y ella, como lo pisó, comenzó a hacerse como de tierra todo el cuerpo y se murió.

También, cuando los niños son desobedientes, nos hacían asustar, para que nos vayamos a dormir ligero, que si no lo hacíamos, nos comía el Chuzalongo.

Cuentan que un niño no quería irse a dormir y se quedó en la tulpa, bravísimo; la mamá lo había dejado y se fue a dormir; cuando, al otro día, la madre fue a ver el niño que se quedó al lado de la tulpa, y había hallado una tripa grande encima de la tulpa; los mayores decían que los niños era de llevarlos, de no dejarlos en la tulpa; y ahí se lo había comido el Chuzalongo.

También se conoce al Chuzalongo con un solo ojo, como una bola, que había embarazado a una mujer. Otro relato referente a este personaje cuenta una versión sobre el Chuzalongo, en el país vecino de Ecuador, que dice:

El Chuzalongo, como todos los supay, vive en las urcu-walku, es decir en las quebradas de los cerros, en las cuchillas.

Nuestras mamitas contaban que el Chuzalongodizque decía: Las mujeres buenas no más. Dizque tenía grandote el pene; de ahí que dizque se ha encontrado en una choza y ha estado durmiendo una mujer soltera ya mayor, de ahí dizque la ha dejado matando.³⁸

Otra de las apariciones que cuentan es la del Cuscungo, para referirse al mal, o que vieron algo desagradable en relación con el diablo, o una especie maligna; dice Leonor Figueroa: “¡Virgen santa, era como ver un cuscungo!”. En su relato sobre el Cuscungo, dice:

Este sí es cuento efectivo: verá que el finadito Pedro, se iban para La Florida, era que se iban en junta mucha gente; para irse allá, en esos tiempos no había carros, en esos tiempos eran caminos de a pie; entonces, en el camino dizque chilló un cuscungo tres veces, y el finadito tomó la costumbre de remedar a los cuscungos y, a conforme iba remedando, era más fuerte el sonido del cuscungo, se ponía más arisco; cuando, en una parte que se llama El Hueco de San Pablo, lo había redondeado el cuscungo y no dizque lo dejaba pasar, y a tanto oraciones se habían orillado y se habían ido uno a uno, pero no se libró del mal aire, porque se fue seca y seca y a los tres meses se murió.

Por último, uno más de los personajes que asustan, cuando la noche se ha tornado pesada y muy dura de sobrellevar, es El perro de dos cabezas, cuya historia y relato, según la memoria de Camilo López, dice así:

Una vez, decía don Antidio, dizque bajaba en un caballo; antes no había carretera y el camino era feo, estaba en verano y el pasto estaba bien picado; cuando bajaba, estaba agachado y las manos debajo de la ruana, por el frío que hacía, cuando sintió era el rechinar de una cadenas; don Antidio se puso en alerta al sentir ese ruido tan estremecedor.

³⁸Oswaldo Granda Paz. *Mito y arte rupestre prehispánico en los Andes*. México: ILIE/Universidad de Nariño, 1998, p. 82-83.

De repente miró que salió algo de un matorral; era un perrito chiquito, con un cadenerón en la patica y cuando se había ido acercando al macho, se iba haciendo grandotote el perro, y la cadena aún más, y echaba candela por los ojos el perro; el macho se dio la vuelta y se regresó a toda, y ese perro atrás, arrastrando la cadena: chilín, chilín, chilín; cuando, miró que en el camino estaba un ataúd y al pie del ataúd el perro chiquito, él se había privado, que no podía caminar ni p'atrás ni p'adelante.

En esas horas, el macho empezó a graznar durísimo, en esas horas asustó a los gallos y cantaron antes del amanecer y el día aclaró más rápido, entonces el perro volvió a su forma, se perdió entre los potreros.



Figura 22.El perro encadenado, tomado del libro *Cuentos de espantos y otros seres fantásticos del folclor colombiano*.

En la cotidianidad surgen caminos vertiginosos, y no sólo los relatos hacen parte de ello; la inspiración también está en las coplas, las danzas y los cantos populares que, si bien los recreaba la gente en las reuniones, con la música de cuerda, como único elemento sonoro de aquella época, estos textos los cantaban en las fiestas: mientras unos dicen una estrofa, otros componen otra, en un canto popular entre dos personas, dos esposos que, a través del canto, se van divirtiendo con las funciones de cada uno en la vida diaria; como una muestra de ello, el texto que sigue, que Susana Acosta decía que componían, y los llamaban “sainetes”, como éste, titulado La negra querida, que dice así:

Yo soy la negra, la más querida,
No hay en Cacique mejor que yo,
Barro la casa, limpio los patios
Baño los niños y hago el arró.

Entonces, interviene Ramón, que dice:

Yo siembro yuca, corto banano,
Cojo un repollo y hago un terciado
Y en mi machito yo pongo todo
Para venderlos en el mercado.

Vuelve la Negra y dice:

Yo hago tabaco, en la cocina,
Pa' Ramoncito, que es muy formal,
Mientras cocino los frijolitos
Con chicharrones para almorzar.

Ahora, dice Ramón:

Tengo un puerquito, gordo y bonito,
Que es muy inquieto y juguetón:
Quiebra los platos, bota las ollas
Y juega mucho con doña y yo.

Luego, responde la Negra:

¡Ay!, viejo chocho, viejo sin gracia,
Cuando no tienes ni medio real,
Anda p' al monte que leña no hay.

Y cierra Ramón, que dice:

¡Ay!, no peliemos, doñita mía,
Porque nos llevan pa' la Central.

Otro de los cantos populares, muy reconocidos, sobre todo por el sentimiento y creatividad allí implícito, lo comparte Don Jacinto Mera, quien, a sus 91 años, dice que para él era fácil componer ya sea cuentos o “sainetes”, una recreación de cuando él trabajada en las montañas y lo inspiraba a cantarle a La pobreza y, cómo él dice: la pobreza es como un gorgojo; el texto dice así:

El hombre que está sin plata
no tiene ni sociedad:
cuando el hombre está muy pobre
y llega a pedir trabajo,
el rico, con desconfianza,
lo mira de arriba abajo.
El pobre, con tantas ganas
de hablar con ocasión,
el rico, con desconfianza,
diciendo que es un ladrón,
y si lo ve mal vestido,
que tira buena medida
y le dice caballero,
trabaja por la comida
y el otro, que no es tan bobo,
que le sabe comprender,
le dice que si trabaja
siempre le da de comer.
Ya que estuvo bien comido,

que no se pudo parar,
le pregunta: «Caballero,
¿de a cómo me va a pagar?»
El rico, con tanta rabia,
le dice: «Salí de aquí,
pero primero me pagas
la comida que te di»,
y el otro, que no es tan bobo,
le contesta con empeño:
«Te pago con Padrenuestros,
comopa' cura antioqueño;
yo no lo digo por todos,
si lo digo es con verdad:
hay ricos bondadosos,
que saben de caridad;
hay otros tan envidiosos
que aunque el dinero les sobre
siempre se quieren comer
el trabajo de los pobres;
porque nunca se aprovechan
de los hombres avispados,
el feo conoce al desnudo
y el pobre al amargado.»

Finalmente, la niebla y su noche llevaron a un amanecer, con él el renacer de un día más, la renovación de las palabras que surgieron en los tiempos primigenios y sagrados, que se quedaron en un corazón que ha valorado los relatos, bien como narraciones extraordinarias, como consejos, para enseñar, para educar a través de los relatos, para imaginar dos mundos, el de la historia y el de la ficción que, a fin de cuentas, ambos son válidos en un mundo posible por las letras.

Estos textos, cuando alguien los leyere, ojalá fueran una invitación para proponer otras posibilidades de registro de la oralidad, para reconocer y, a la vez, conocerse un poco más, puesto que si los pueblos han hablado de su pasado a través de estos relatos, que sean estas memorias las portadoras de otro pasado, que quizás anime a las futuras voces, para que sea como los árboles que, aunque en algún momento pierden sus hojas, así mismo les brotan otras nuevas, del mismo modo en la comunidad también afloran narraciones, historias, relatos, cuentos, mitos, leyendas o poemas, y que la memoria no sea un rincón del olvido, sino que se incorporen sus recuerdos y se immortalicen en la escritura.

De esta manera, concluyen por ahora estos caminos de aprendizaje, caminos que antes quizás no existían, pero se han abierto un presente. Así, las madrugadas con su frío mañanero, la mañana con su azul infinito, la tarde con su apacible calma y la noche con su cielo de estrellas grandes y pequeñas, han marcado el trasegar en busca de una experiencia que, al fin de cuentas, nunca va a saberse si es de aquél que llega y cree que se lleva las historias que circulan en un lugar, o en esas narraciones y sus geografías se queda gran parte de lo que ha sido, tras el legado de las voces, de las memorias de Cacique.

CONCLUSIONES

Los relatos propuestos en este trabajo son la representación del ideario de un pueblo que no ha olvidado las voces, la memoria y tradición, pues la oralidad ha permitido intensificar el pensar de cada comunidad; sin embargo el des-contexto que vive Cacique, y seguramente muchos pueblos más, se debe a la falta de identidad que se tiene, pues el imaginario actual se ha permeado de costumbres y visiones ajenas. Para muchos, las reuniones que propicien encuentros, los ritos que contengan el arte de curar y los narradores que entregan su palabra y sentir, son formas de un arte invisibilizado para la mayoría de sus habitantes.

Vivir al margen de las costumbres sabidas y arraigadas es propósito que se ha pretendido desmitigar, dejar de considerar un estigma que padecen con la idea de que el hombre que no sabe leer ni escribir no vale en sociedad; ciertamente, el analfabetismo surge como una barrera para marginalizar los territorios y convertirlos en lugares donde no hay “conocimientos”, pero de ahí parte este camino literario; la mayoría de relatos que aquí se recopilaron, tomados de viva voz, han sido proporcionados por personas ya mayores, que nunca frecuentaron una escuela. ¿Qué cabe deducir de esta problemática? Seguramente, que la forma de acercarse al conocimiento de la siembra, por ejemplo, la agricultura, la ganadería, las medicinas tradicionales, se consideran conocimientos, pero los han aprendido desde otra forma de leer y entender el mundo y, por lo tanto, tienen su validez.

La tradición oral y su importancia estriban no solo en la conservación de una cultura y la comunicación, sino también en una representación de un imaginario llevado a la vida, a las costumbres y las enseñanzas que, en su mayoría, se despliegan a raíz y a través del otro, de la acogida y del donar.

Traducir los símbolos, interpretar y deducir esos hilos narrativos es crear memoria; por ello, tradición (*tradere*) significa entrega, precisamente lo que en las costumbres de la vida diaria y en la educación se cultiva. Indagar sobre el pasado de una comunidad, sobre la existencia y las costumbres aún vigentes es remover y reflexionar sobre esa identidad que se ausenta, que poco a poco ha ido perdiendo su color y encanto, pero surgen las preocupaciones por retomarlas, para preservar estas enseñanzas que hunden su raíz en un pasado ya lejano.

Por su parte, Mircea Eliade señala aspectos importantes en la forma cómo se estructuran los mitos, al incursionar en las tradiciones y en la vida diaria, pues no solamente se trata de los comienzos, sino de las historias que han constituido esencialmente todo lo que tiene

relación con la existencia; es decir, se relata y se ve un despliegue fundamental de concepciones en algunas de las sociedades tradicionales; para ello, Eliade expresa que “la función principal del mito es revelar los modelos ejemplares de todos los ritos y actividades humanas significativas: tanto la alimentación o el matrimonio, como el trabajo, la educación, el arte o la sabiduría.”³⁹De ahí que las mingas, los entejos, los carnavales, las cosechas, la escuela, sean la expresión humana en todas sus dimensiones y con todos los significados que poseen. De esta manera, integrar rito, fiesta, consejo es construir una cultura cimentada en el progreso de un pueblo, en la creación de identidad y reconocimiento como sujetos existentes y pensantes.

El sentido de las cosas, de aprender, de des-aprender también, de vivir y de convivir se daba por su difusión: el ser humano aprendió el trabajo con la tierra, por eso los saberes de cuándo sembrar y cuándo no; el tipo de plantas medicinales, curativas, son saberes heredados; así mismo, el papel de narrar con el que llegaron a la imaginación los relatos, los cuentos, los mitos, las fábulas, las canciones populares. De esto se infiere que el aprendizaje era colectivo y de ahí se fue aprendiendo el deseo de actuar y de narrar, pues: “desde los orígenes del mundo hasta la actualidad la humanidad ha sentido la necesidad de contar cómo es el mundo, de hacernos llegar las historias a través de mitos, leyendas y epopeyas, de cómo es nuestro universo. Todas las formas de la literatura popular han expresado el nacimiento del mundo, los orígenes de la vida y el sentido de las cosas.”⁴⁰

De esta manera el mito y el relato se han incorporado en diferentes culturas; hacen parte de un tiempo primigenio, giran en torno a lo religioso, al culto, al rito; por lo tanto, a toda cultura en su apogeo o en su ocaso. Hacer parte de esta mirada investigativa es adentrarse en dos espacios realmente sorprendentes dentro de la cultura: el mito y la realidad, en especial en el relato, que viene a ser parte de la cultura popular, se difunde y se conserva en el tiempo, por lo que surge un espacio imaginativo y vivencial para quien ha entrañado estas voces en el pasado.

El relato es muestra de una cultura forjada en el contexto de unos valores que tradicionalmente se han dejado entrever; sus huellas han seguido los pasos de los antepasados y la forma de educar, a manera de consejo, para aportar a la vida de alguien por medio del narrar sobre las cosas esenciales para el buen vivir; de este modo, la educación se vería como la reconstrucción de la memoria. Así planteado:

¿Cuáles serían, entonces, esos objetivos educativos más profundos que se persiguen al contar y leer relatos? No es fácil responder esa pregunta, pero algo es seguro: todo se relaciona con lo que queremos que los estudiantes sean como seres humanos, es decir, con los atributos que esperamos que posean cuando terminen de estudiar, por encima y más allá de lo que queremos

³⁹Eliade, *Mito y realidad*, *Op. cit.*, p. 14.

⁴⁰Rodríguez Abad y Prieto, *Op. cit.*, p. 51.

que sepan. Esos atributos incluirían los valores que queremos que sustenten, los rasgos de personalidad que deseamos que posean, la visión del mundo y de ellos mismos que pretendamos que cultiven.⁴¹

Si bien el relato es la narración de sucesos, fantasías, testimonios, lo que lo caracteriza es su forma; el narrador posee el don de tramar, sumergir al que participa de este acto en la imaginación, pasar del tiempo factual al espacio del narrar, al mundo soñado; ante todo, es un devenir de múltiples imaginarios, puesto que: “En todo relato, la base de una versión coherente es la trama, por ser ésta la que anuda todos los motivos y temas desplegados en la descripción del acontecimiento. No importa que se trate de acontecimientos de mundos imaginarios o de mundos factuales: la trama confiere unidad y sentido a lo que de otra forma sería un puro enlistado de secuencias.”⁴²

En esa interrelación, las personas comunican significaciones; entonces, se pretende, a través de la narrativa, dar una posibilidad para crear nuevas sensibilidades, imaginarios cargados de nuevas escrituras pensadas desde la identidad misma, lo que, en últimas, es acercarse al estudio del origen de las múltiples y variadas culturas; en este panorama, no se aprecian y se estudian las culturas que vienen de afuera, sino la cultura que se vive; así, poder comprender que en un territorio no sólo existen las divisiones y distribuciones de áreas, también está el estudio de las características propias de cada comunidad, las incidencias sociales, políticas e imaginarias.

¿Qué enseñan los relatos? Esencialmente lo que le será útil en el porvenir del ser humano; un ejemplo extraído, como es el relato *Los tres consejos*, equipara y sitúa al personaje en tres consejos básicos, a los que deberá recurrir en el camino para poder llegar a su destino; por lo tanto, la apreciación de estos relatos sirve de tapiz para identificarse en una comunidad, a veces sin rostro; se trata de construir una imagen de pertenencia, con sus virtudes y valores.

Los relatos han sobrevivido de generación en generación gracias a la memoria, a la capacidad de retener lo que una vez se contó, se escuchó, se aprendió y, en otro momento, se interpretó de forma diversa.

Los relatos que permiten soñar también son entraña de la literatura popular, han jugado con la fantasía y el deseo de un mejor futuro; relatos que han permitido acercarse de una u otra manera al mundo de las presencias que habitan en los bosques y las chorreras, con los que se ha enseñado a interrelacionarse con la realidad y la fantasía, determinados en Cacique como “las ilusiones”; así se ha difundido el mensaje de que, más allá de ser unos seres sobrenaturales que causan conmoción en las personas, son seres que cuidan de esos sitios,

⁴¹ Egan, *Op. cit.*, p. 26-27.

⁴² Duchesne Winter, *Op. cit.*, p. 101-102.

que salvaguardan el silencio y los protegen para que ningún ser humano entre a hacer daño a los espacios naturales, al ser entornos de admiración, de respeto; en últimas, se trata de propiciar un cuidado del medio ambiente.

Está claro que, en este recorrido, la educación genera y surge de un conjunto de padres de familia preocupados por difundir valores y educadores que fortalecen también esa identidad que se les da, pues a través de seguir oyendo sus pasos, de escudriñar en la memoria y de ir más allá de la historia oficial, siguen en el camino de constituir portadores de memoria; se resaltan las costumbres, la comida típica, se reseñan mitos y leyendas; en este sentido, cabe señalar esta labor, que el docente Aurelio Muñoz ha estado realizando en La Florida, en el municipio y sus verederas, entre ellas la de Cacique.

En un principio, existió el interrogarse sobre las cosas en el mundo, incluso por el ser humano, pero como el arte y la vida han marchado impulsados por un mismo viento, existe la capacidad para hacer desbordar la imaginación, para constituir los artificios que algunos relatos tienen, unos más explícitos que otros, metafóricos o de carácter moral, pero, en todo caso, de finalidades educativas.

Hoy por hoy, quizá las historias que una vez se contaron han pasado a ser poco significativas, de seguro por el ritmo de la época, por los avances tecnológicos, que permiten actuar de forma inmediata; esta problemática es dicente en ámbitos escolares, fundamentalmente. Con mayor acierto e innegable valor, estos relatos abordan otros sentidos y, al despertar otras miradas y puntos de apoyo para la vida, generan un desarrollo en el campo de la sensibilidad.

Los relatos, al ser considerados para un estudio amplio dentro de las escuelas, y en su contenido de valores, son un aporte loable para la educación, ofrecen un ejercicio de lectura-escritura al que muchos querrán medirse, porque, ante la posibilidad de lecturas alternas, asombrosas, llenas de profundas raíces, entran a ser la materia prima para diseñar otras alternativas educativas.

La escritura ofrece un gran privilegio para la comunicación e información que, desde el texto, se puede donar; por ello, la vereda Cacique, lugar y espacio para la vida, sentido y asombro, ha asumido un importante papel en las narraciones que permanecen en la memoria de sus habitantes; desde este punto, se expresa así el deseo de apropiarse de los relatos allí presentes, cuyo efecto envuelve el modo particular de sus palabras, y poder así, y al contar con el ejercicio de la escritura, expresar y difundir el descubrimiento de diversidad de historias, que hoy llegan a ser esenciales de esta investigación.

La incursión en esta propuesta sirve como base para proponer atmósferas creativas, lúdicas, necesarias en la pedagogía, a partir de los relatos, pues la educación, sin ir muy lejos, ha

optado por un enfoque bastante cómodo al arraigarse en un manual, que se ajusta a resultados de corto tiempo y sobre todo acumulativos. Educar a través del relato no se marca por el cumplimiento de unos objetivos, no es una tarea cuantitativa, intenta llenar los entornos educativos de atmósferas, de mapas, de pistas, de interpretaciones, de discernimientos e inevitablemente de creaciones; el relato potencia esta última categoría, pues, en la creación, el narrar es el foco de un mundo en apertura.

La pretensión del relato, al igual que su uso en la educación, consiste en hablar de acontecimientos, y no de simples hechos o sucesos; la narración, en un ir y venir, pone en contacto al que aprende y se educa y al que narra o enseña algo; educador o narrador, en este caso. En estas presencias, el darse al otro es el acto de entrega y responsabilidad, porque se está en una entrega de experiencia.

Se lee a una sociedad, se descifran los símbolos contenidos en las palabras al darse, se escribe la trama de la propia vida y la narración de la vida de los otros, pues, en definitiva, “Somos los textos que leemos y el texto que relata y escribe lo que somos. En la lectura encontramos el hogar del pensamiento. Y como la lectura es siempre lectura de una trama, en ella, en la trama, “tramamos”, es decir, especulamos de algún otro modo.”⁴³ Narrar esos acontecimientos es encontrar las lecturas propias de la existencia humana y, en ese trasegar, formar y formarse en un relato de existencia.

El trabajo *Memorias de Cacique* incursiona en la investigación literaria, con el soporte que la interpretación le adhiere; es decir, la posibilidad, como docentes, de donar atmósferas de interpretación y creación, que se instauran así, o con la propuesta que, al incluir el relato como obra literaria, no sólo implique la realización de una buena lectura, sino que convierta al lector en lector de sí mismo, para que así fluya una re-invencción; en esta medida, si se pudiera llevar a cabo una novedad en la pedagogía, que hiciera una brecha en una situación recurrente en el aula: los problemas que se dan por la inmediatez del tiempo, así como un aprendizaje acumulativo de conceptos áridos que rápidamente desaparecen; entonces, se evoca la capacidad para leer y escribir para una constante creativa.

La propuesta del relato como opción en las aulas de clase surge como una iniciativa para que, desde los propios imaginarios, que se tienen como cultura, y cómo se ven narrados, se expresen en el ejercicio de la palabra y la escritura, pues son temas que tocan a profundidad y en los que la imaginación es el principal motor de creación, de viejos pero nuevos relatos. La educación es el ámbito que propicia los espacios de comunicación, si se difunden conocimientos, también se hace despliegue de expresiones.

⁴³Bárcena y Mèlich, *Op. cit.*, p. 124.

En las sociedades, en efecto, se entiende que se viene al mundo a crear algo, a construir una cultura, a habitar una morada; a expresar una forma de pensar que libere, lejos de la esclavitud de la razón.

Este viaje de memorias enseña que “la leyenda y el mito, no son solo recuerdo, ayer, olvido; son voces de pueblos que aunque muertos o a punto de ser desaparecidos se niegan a silenciarse y por el contrario buscan gargantas y bocas que le sirvan de resonancia para que otros pueblos las recojan y las lleven en su alma como un arma contra la desmemoria y como una brújula en su caminar.”⁴⁴

⁴⁴ Julia Pacheco, *op. Cit.*, p. 15

BIBLIOGRAFÍA

ALVARADO, Deisy. *Voces y rastros de un pueblo*. Pasto: Universidad de Nariño, Licenciatura en Filosofía y Letras, 2010. 145 p.

BÁRCENA, Fernando y MÈLICH, Joan-Carles. *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona: Paidós, 2002. 206 p.

BENJAMIN, Walter. *El narrador*. Trad. Pablo Oyarun R. Santiago: Metales pesados, 2008. 163 p.

BASANTE MUÑOZ, Ana Rita y RUIZ, Oswaldo. *Por los caminos de Chacapamba*. Pasto: Universidad de Nariño, Maestría en Etnoliteratura, 1999. 73 p. (Inédito).

CALERO, Luis Fernnado. *Pastos, Quillacingas y Abades, 1535-1700*. Bogotá: Banco Popular, 1991. 220 p.

CAMPBELL, Joseph. *El poder del mito*. Barcelona: Emecé Editores, 1991. 285 p.

CHATWIN, Bruce. *Los trazos de la canción*. Barcelona: Muchnik Editores, 1994. 345 p.

CIEZA DE LEÓN, Pedro. *La crónica del Perú*. Madrid: Espasa-Calpe, 1922. 367 p.

COLUCCIO, Félix. *El diablo en la tradición oral de Iberoamérica*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2000. 315 p.

CORTÉS, Manuel y PANTOJA, Gonzalo. *Mitos, leyendas y relatos de arriería en Imués y Ospina, Nariño*. Pasto: Universidad de Nariño, Maestría en Etnoliteratura, 1989. 105 p. (Inédito).

DETIENNE, Marcel. *Los maestros de verdad en la Grecia Arcaica*. México: Sexto piso editorial, 2004. 212 p.

DUCHESNE WINTER, Juan. *Narraciones de testimonio en América Latina: Cinco estudios*. Río Piedras (Puerto Rico): Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992. 224 p.

DE LA PORTILLA, Sandra. *Relatos y tradición popular en la Florida (Nariño)*. Pasto: Universidad de Nariño, Licenciatura en Filosofía y Letras, 2009. 114 p.

ELIADE, Mircea. *Mito y realidad*. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1973. 239 p.

_____. *Herreros y alquimistas*. Madrid: Alianza Editorial, 2001. 217 p.

_____. *El mito del eterno retorno: arquetipos y repetición*. Madrid: Alianza editorial 2000. 174 p.

_____. *Imágenes y símbolos: ensayos sobre el simbolismo mágico- religioso*. Madrid: Taurus ediciones, 1965. 196 p.

EGAN, Kieran. *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998. 318 p.

GALEANO, Eduardo. *Memoria del fuego (I). Los nacimientos*. México: Siglo XXI, 1982. 344 p.

GRANDA PAZ, Osvaldo. *Arte rupestre Quillacinga y Pasto*. Pasto, Colombia: Ediciones Sindamanoy, 1985. 34 p.

_____. *Mito y arte rupestre prehispánico en los Andes*. México: ILIE/Universidad de Nariño, 1998. 174 p.

MONTENEGRO PÉREZ, Luis. *Presencia mítica en Nariño*. Pasto: Universidad de Nariño/Sistema de investigaciones, 1987. 290 p.

MUÑOZ, Néstor Aurelio. *La Florida, ayer Moxombuco*. Pasto: Edinar, 2012. 392 p

OCAMPO LÓPEZ, Javier. *Mitos Colombianos*. Bogotá: El Ancora Editores, 1988. 349 p.

ONG, Walter J. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de cultura económica, 1987. 190 p.

ORTEGA MORENO, Juan Pablo. *Abriendo ventanas en el tiempo de Las Mesas*. Pasto: Universidad de Nariño, Licenciatura en Filosofía y Letras, 2012. 90 p. (Inédito).

PACHECO, Julia (comp.) *Subcomandante Marcos. Relatos del viejo Antonio: Mitos contados por un mito*. Bogotá: Ediciones desde Abajo, 2004. 148 p.

PELEGRÍN, Ana. *La aventura de oír: cuentos y memorias de tradición oral*. Madrid: Editorial Cincel, 1982. 208 p.

RAZZETO, Mario. *TutupakaLlakta, o el mancebo que venció al diablo. El relato oral andino del Perú*. Barcelona: Azul, 1999. 117 p.

_____. *Cuento popular andino. Perú*. Quito: IADAP, 1982. 111p.

Relatos y leyendas orales: Kamsá-Emberá-Chamí. Bogotá: Servicio colombiano de comunicación social, 1987. 160 p.

RICOEUR, Paul. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Trad. Gabriel Aranzueque. Madrid: Arrecife/Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999. 119 p.

RODRÍGUEZ ABAD, Ernesto y PRIETO, Benita. *Aprender a oír para aprender a leer: Animación a la lectura y conocimiento de la narración oral*. Madrid: Catarata, 2007. 212 p.

RODRÍGUEZ, Héctor. *Ciencias Sociales y etnoliteratura: Introducción a la teoría de los imaginarios sociales*. Pasto: Unariño, 2001. 131 p.

SEPÚLVEDA, Luis. *Un viejo que leía novelas de amor*. Barcelona: Tusquets Editores, 1994. 137 p.

TORRES MANTILLA, Juan (dir.). *Cuentos de espantos y otros seres fantásticos del folclor colombiano*. Bogotá: Casa editorial El tiempo, 2004. 103 p.

ZÚÑIGA ORTEGA, Clara Luz. El espacio de la etnoliteratura. *Revista Mopa-Mopa*. San Juan de Pasto: IADAP. No. 21, 2012. p. 7-24.

BIBLIOGRAFÍA ON-LINE

ÁLVAREZ H., Francisco. *Dioniso*. Disponible (2013/11/05) en: <http://www.poesiadelmomento.com/luminarias/mitos/19.html>

BLIXEN, Ofal. *Las manchas de la luna y sus explicaciones míticas en Sudamérica*. (Buenos Aires: CIAFIC, 2013. 55 p.) Disponible (2014/07/23) en: http://www.ciafic.edu.ar/documentos/01_Archivos_XI_2013_Las_manchas_de_la_luna_pp_5-65.pdf.

DÍEZ R., Miguel. *Los viejos – y siempre nuevos – cuentos populares*. Disponible (2013/04/21) en: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/hist/diez01.htm>

El ahijado de la muerte. Disponible (2013/12/11) en: https://www.salonhogar.net/Cuentos_de_Puerto_Rico/El_Ahijado_de_%20la_Muerte.html .

El nuevo sol en Tehotihuacán. Disponible (2014/05/19) en: http://college.holycross.edu/faculty/cstone/span312/El_nuevo_sol.pdf.

El venado de oro – Leyenda bogotana. Disponible (2013/10/28) en <http://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/bogotanitos/cuenta-la-leyenda/el-venado-de-oro-leyenda-bogotana>.

GRIMM, Jacob y Wilhelm. El ahijado de la muerte (La muerte madrina). Disponible (2013/11/15) en: http://www.grimmstories.com/es/grimm_cuentos/la_muerta_madrina.

SÁNCHEZ FERRA, Anselmo José. Tareas sobre el cuento folklórico: El cuento de los tres consejos (p. 156-177). Disponible (2014/03/12) en: [file:///C:/Users/MiPc/Downloads/Dialnet-TareasSobreElCuentoFolklorico-2777494%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/MiPc/Downloads/Dialnet-TareasSobreElCuentoFolklorico-2777494%20(1).pdf).